

ESE HIGHLANDER ES MI LUZ

MARTA FLORES

ESE HIGHLANDER ES MI LUZ

MARTA FLORES

Primera edición.

Ese highlander es mi luz

©Marta Flores

©enero, 2026

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Capítulo 1



Cinco años antes…

—No salgas, podemos quedarnos aquí toda la noche, pasaremos un buen rato —Owen me susurró esas palabras al oído mientras colaba su mano por debajo de mi camiseta para amasar mi pecho.

—No puedo, si le digo a tu hermana que no salgo, sospechará que ocurre algo. —Apoyé las manos en el lavabo y acerqué mi trasero hasta él para rozar su ya más que prominente erección.

Estaba desnudo, ni siquiera se había molestado en vestirse después de las dos horas que habíamos pasado en su cama. Yo lo estaba haciendo en su baño, pero, al parecer, y por la manera en que me miraba a través del espejo, eso no iba a suceder hasta que tuviéramos una ronda más antes de irme.

—Si vuelves a rozarme así te voy a follar aquí mismo. Puede que sea lo mejor, así pensarás en mí toda la noche y en lo que te pierdes por no quedarte conmigo. —Me mordió el lóbulo de la oreja al terminar sus palabras.

No me dejó ni responderle. Me giró de golpe y, antes de sentarme en el lavabo, me arrancó las bragas de un tirón.

Owen pasó sus manos por debajo de mis rodillas para que me abriera bien de piernas para él. Conseguido su objetivo y después de mirar mi sexo con deseo, se metió en mí de un solo empellón. Sus embestidas fueron frenéticas

desde el principio; no bajó el ritmo en ningún momento hasta que consiguió que los dos llegáramos juntos al clímax.

Tuve que agarrarme fuerte al lavabo antes de bajarme debido al tembleque de piernas que tenía por la intensidad del momento. Owen, nada más terminar y sin darme un beso o hacerme una caricia, se dio la vuelta para meterse en la ducha.

Esa era una de las pocas cosas que no me gustaban de él. No era nada cariñoso y parecía que para él nuestros encuentros eran solo físicos. Justo todo lo contrario que para mí, ya que llevaba enamorada de él desde ya ni recordaba cuándo.

—¿Hasta cuándo va a durar esto? —le pregunté con un suspiro mientras volvía a ponerme los pantalones de deporte que llevaba antes de que Owen me mandara un mensaje para que viniera a su habitación.

—¿Hasta cuándo va a durar el qué? —De sobra sabía él a lo que me refería, pero, como siempre que salía el tema, se hacía el loco y cambiaba de asunto enseguida.

—Sabes muy bien de lo que te estoy hablando, no me tomes por tonta. Llevamos meses acostándonos y siendo pareja a escondidas. Esto ya dura demasiado. Al principio me pareció bien que se quedara solo entre nosotros, para estar seguros de que funcionaba antes de contárselo a nuestras familias.

»Pero creo que ya está más que demostrado lo bien que nos entendemos, y va siendo hora de dejar de escondernos. Cada vez es más difícil poner excusas para estar un rato a solas y estoy harta de entrar y salir a hurtadillas de tu habitación y de la casa en plena noche.

Vi cómo apoyaba la cabeza en los azulejos y resoplaba. Me fijé en sus manos y tenía los puños cerrados; sus nudillos estaban blancos por la fuerza que estaba ejerciendo.

Lo que no sabía era a qué venía esa reacción, si estaba enfadado por mi insistencia o qué era lo que le pasaba, y eso no me gustó ni un pelo. Llevaba unos días muy raro, más frío, más distante y menos cariñoso de lo habitual, que ya de por sí era poco.

—Ahora tienes prisa. Mi hermana y Ellen se preguntarán qué has estado haciendo si llegas tarde. Ya lo hablaremos en otro momento. —Y ahí estaba la excusa que estaba esperando que me dijera para evitar esa conversación.

—Como quieras —le contesté con tono enfadado antes de recoger las bragas del suelo que, al rompérmelas, habían quedado ahí tiradas.

—No bebas mucho esta noche o mañana no me valdrás para nada —me dijo saliendo de la ducha y, sin mirarme, salió del baño.

Sus palabras… no sabía él hasta qué punto me habían dolido. En primer lugar, por la frialdad con la que sonaron y, en segundo, porque había un motivo muy poderoso por el que no probaría ni una gota de alcohol esa noche.

Era algo que aún no me había atrevido a contarle porque me daba miedo su reacción, pero en ese momento me prometí a mí misma que del día siguiente no pasaría. Le diría la verdad y ya veríamos por dónde salía el sol.

—Hasta mañana —le dije antes de salir de su habitación.

Owen ni se molestó en contestarme, solo me despidió con un movimiento de cabeza.

Antes de salir hice lo que se había convertido para mí en una rutina: mirar a ambos lados del pasillo para asegurarme de que no había nadie que pudiera verme salir de allí.

Nadie se extrañaría si lo hacía a esas horas; era algo normal, ya que nos habíamos criado juntos y había entrado en su habitación, al igual que en la de su hermana, miles de veces a lo largo de los años. Sin embargo, en los últimos meses se había convertido en un gesto casi automático a cualquier hora del día, porque había empezado a hacerlo por las noches o al amanecer, cuando me iba por insistencia de él para que nadie se diera cuenta de mis visitas.

Antes de seguir, voy a poneros en situación y contaros algo de mi vida, para que sepáis quién soy y quién es Owen para mí.

Me llamo Bonnie y tengo veinticinco años. Vivo junto a mi madre, Freya, en una casita situada en los terrenos de la familia Fraser. Dicho terreno se

encuentra en la mejor zona de Beauly, un pueblecito cerca de Inverness, en las tierras altas de Escocia.

Mi madre se quedó embarazada de mí con veinticinco años, de un turista del que se enamoró cuando él vino por trabajo a Inverness, donde por entonces vivía con mi abuela. Cuando le comunicó su estado, él le confesó que estaba casado y que no quería saber nada del asunto, que mi madre solo había sido una aventura durante el tiempo que duró allí el trabajo de arquitectura que había ido a hacer. Y, sin más, días después desapareció sin dejar rastro y nunca más supimos de él.

Por aquel entonces, mi madre trabajaba como cocinera en un restaurante de Inverness, pero sabía que en poco tiempo, cuando su barriga empezara a crecer, no podría conservar ese empleo. Moverse por la cocina de un restaurante, donde el ritmo es frenético en las horas punta, no era lo más adecuado para una embarazada.

Pero, como ella dice siempre, su ángel de la guarda y su mejor amiga, Eleonor, le propuso la solución a su problema, ofreciéndole ser la cocinera de su casa, en la que en ese momento vivía con su marido y su hijo de tres años.

Eleonor, según cuenta mi madre —ya que yo no llegué a conocerla—, era la mejor amiga que alguien pudiera tener. Siempre habían sido inseparables desde que eran niñas y, cuando ella se mudó con su marido a Beauly, no perdieron ni el contacto ni la amistad en ningún momento. Prueba de ello era que mi madre era la madrina de su hijo mayor, Rory.

Aunque en la casa era la cocinera, nunca la trataron como una empleada más, sino como si fuera de la familia. La amistad que tenía con Eleonor se extendía también a su marido, Gregory, con el que se llevó fenomenal desde el minuto uno. Los tres hicieron una piña inseparable.

Para que mi madre tuviera su privacidad, le ofrecieron vivir en una casita que tenían en sus terrenos, y en esa era en la que las dos seguíamos viviendo en la actualidad.

Al mes de mudarse con sus amigos, Eleonor también se quedó embarazada por segunda vez; esa vez fue de mellizos. Aquel parto llenó de alegría y de

tristeza a partes iguales a la casa Fraser. Dos nuevos miembros llegaron a la familia, pero Eleonor perdió la vida al traerlos al mundo.

Shona y Owen eran los mellizos que nacieron dos meses después que yo y de los que mi madre se encargó como si de sus propios hijos se tratara, ayudando a Gregory en su crianza. Además, contrató a Isobel, que fue la niñera de los cuatro, convirtiéndose con el paso de los años en nuestra confidente y en una segunda madre para todos.

Mi relación con los hermanos Fraser había sido muy distinta con cada uno de ellos. Con Rory, al sacarnos cuatro años, nunca habíamos tenido mucha relación. No tenía nada que ver en carácter con sus hermanos; siempre fue un niño solitario y muy reservado. Apenas compartió juegos con nosotros ni nada en realidad. Creo que la muerte de su madre, de la que él sí fue consciente, le hizo ser así.

Eso no había cambiado, porque, aunque nos viéramos a diario, no solíamos compartir charlas que no fueran de trabajo. Además, siempre me miraba de una forma que me ponía los pelos de punta, como si me estuviera estudiando en todo momento y quisiera leerme por dentro.

En cambio, mi relación con Shona, desde que éramos dos bebés, había sido y seguía siendo muy especial. Era mi mejor amiga, mi otra mitad, la persona en la que más confiaba. Mi madre decía que, cuando nos veía juntas, siempre le recordábamos a Eleonor y a ella.

Y por último estaba Owen, con el que, al igual que con su hermana, había compartido amistad desde su nacimiento. Éramos el trío del terror, como nos llamaban los trabajadores de Gregory.

Esa amistad fue cambiando con el paso de los años, por lo menos por mi parte. Al llegar a la adolescencia, ya estaba loca por él, pero Owen nunca dio muestras de sentir lo mismo. Buena prueba de ello era que, cuando creció y se convirtió en un adolescente guapísimo, siempre tenía una chica entre sus brazos; vamos, lo que solemos llamar un mujeriego.

Pero eso había cambiado desde la última fiesta de Navidad, en la que acabamos en su cama, confesándome que no se había atrevido a dar el paso

por miedo a qué dirían nuestras familias, cuando nos habíamos criado como hermanos. Una excusa barata, lo sé.

Me pidió que, hasta que viéramos cómo nos iba juntos, lo mantuviéramos en secreto, y así llevábamos siete largos meses.

Era difícil mantener una relación en secreto durante tanto tiempo. Bueno, tengo que confesar que en secreto del todo no era, porque Shona se dio cuenta de lo que había pasado al día siguiente de Navidad, cuando me acosté con Owen por primera vez.

Me conocía tan bien como yo a ella y, con solo mirarnos, ya sabíamos lo que la otra estaba pensando o sintiendo. Incluso la mayoría de las veces no nos hacía falta abrir la boca; con los ojos nos hablábamos.

Ella me prometió, sin que yo se lo tuviera que pedir, que guardaría nuestro secreto hasta que los dos estuviéramos listos para contárselo a los demás. Era un completo alivio para mí que ella lo supiera, porque me cubría muchas veces sin que su hermano se diera cuenta y, además, me animaba y me apoyaba cuando me quejaba de que parecía no querer dar el paso de contarlo.

Todos pasábamos muchas horas juntos. Aunque no viviéramos en la misma casa, la nuestra estaba a solo unos metros y a ella mi madre y yo solo íbamos a dormir desde mi nacimiento; el resto del tiempo lo pasábamos con la familia Fraser, en la casa grande.

A eso teníamos que añadir que todos trabajábamos en el negocio familiar, ese que Gregory heredó de su padre: una destilería de *whisky* que, desde que estaba en sus manos, había crecido como la espuma, exportando ese mágico licor a varios países del mundo.

En la destilería, cada uno teníamos nuestro puesto. Gregory seguía al mando de todo, con Shona como su mano derecha y la que un día tomaría el relevo en la gestión cuando él se jubilara. Rory había estudiado química, y no porque le hiciera falta, ya que desde bien joven se pasaba las horas muertas en la destilería haciendo mezclas; era un genio en ello, consiguiendo unos sabores únicos.

Owen era el que se encargaba de todo el tema de las ventas y de los tratos con los compradores a los que se les distribuía el *whisky*. Su don de gentes y lo extrovertido que era le ayudaban mucho a conseguir acuerdos inmejorables.

Y por último estaba yo, que también trabajaba allí. Siempre me gustaron los ordenadores y el diseño, y eso es lo que había estudiado. Me encargaba de toda la publicidad, la página web y el diseño de las etiquetas de las botellas.

Solo me falta deciros quién es Ellen. Ella y su familia se habían mudado hacía pocos años al pueblo, porque su padre heredó una gran parte de las casas que había allí, todas en alquiler, por parte de su tía cuando esta falleció. Vamos, que eran los dueños de medio pueblo y los que, además de los Fraser, más dinero tenían.

Shona y yo la conocimos el último año de instituto y desde entonces se había unido a nosotros como otra amiga más.

Os he contado todo esto mientras llegaba a mi casa para prepararme para salir con las chicas, así que ahora tocaba ducha y ponerse mona para salir a disfrutar de la noche en Inverness.

Capítulo 2



Salí de la ducha y fui al armario para elegir qué ponerme esa noche; quería, ante todo, comodidad. Nuestras salidas de chicas siempre solían ser de la misma manera. Primero cenábamos en alguno de los muchos restaurantes que había en Inverness y, de ahí, íbamos a alguno de los *pubs* de la zona que solíamos decir que era la de fiesta. Allí bailábamos, tomándonos algunas copas, hasta que nos dolían los pies o el alcohol nos afectaba demasiado y entonces era cuando dábamos la noche por finalizada.

Algunas veces íbamos en coche, pero eran las menos, porque solíamos beber las tres, aunque fuera una copa. Así que, si Rory o Owen también tenían pensado salir por Inverness, nos llevaban ellos y luego volvíamos en taxi. O directamente, si ese día no salían o tenían otros planes, hacíamos el viaje de ida y vuelta en taxi.

Me decidí por un vestido suelto en color azul cobalto, por encima de la rodilla, con el que me pondría unos zapatos negros que no tenían mucho tacón para poder conducir mejor, ya que, como le había dicho a Owen, no pensaba tomar ni una sola gota de alcohol, aunque estaba segura de que no me había creído.

A la hora de maquillarme opté por lo de siempre: solo rímel en las pestañas y un poco de brillo de labios. Mi madre decía que cuando me pintaba los ojos les quitaba todo el encanto que tenían y, en parte, tenía razón. Mis ojos eran mi mejor rasgo; eran de color turquesa, algo poco común o, al menos, yo no había conocido nunca a nadie con ese color de ojos.

Mi madre sí, claro, porque para su desgracia, aunque no me lo hubiera dicho nunca, era un calco de mi padre: los mismos ojos y el mismo pelo de color negro azabache. Además de compartir también muchas de las facciones y el color tan pálido de piel que él tenía. Siempre he pensado que cuando se me quedaba mirando, pensativa, era porque me veía en él y le recordaba el momento en el que el hombre que amaba le había roto el corazón.

Me perfumé solo un poco, porque últimamente todos los olores me molestaban; incluso los más fuertes me revolvían el estómago. Cogí el bolso, en el que metí el móvil, las llaves y la cartera con dinero y mi identificación.

Apagué todas las luces al salir y cerré la puerta con llave. A mi madre todavía le quedaba un ratito para venir a casa, porque en esos momentos estaría liada con la cena para ella, Gregory y el resto de los trabajadores que vivían en la casa como internos, ayudando en las tareas. Entre ellos seguía viviendo allí Isobel, que, aunque hacía muchos años que dejó de ser nuestra niñera, se quedó trabajando, ayudando a mi madre en la cocina y con algunas tareas más de la casa.

Además, con el paso de los años se habían hecho buenas amigas y confidentes y, junto a Gregory, solían compartir muchos ratos de charla o incluso salían a cenar o a tomar algo juntos los tres.

Entré en la casa grande por la puerta que daba directamente a la cocina. Sabía que mi madre estaría allí y quería verla antes de irme con las chicas.

—Bonnie, hija, qué guapa vas —me dijo mi madre nada más verme, dejando de paso las patatas que estaba pelando para acercarse y darme un beso.

—La que es guapa hasta un saco le queda bien —añadió Isobel, que estaba allí ayudándola con la cena, e hizo lo mismo, aunque ella, además del beso, añadió un abrazo.

—¿Vosotras no salís hoy? —les pregunté a las dos.

—No, hoy toca sesión de cine, palomitas y copas —me contestó Isobel.

—Pues porque las chicas se cabrearían, que si no, me unía a vuestro plan —les contesté, haciéndolas reír.

—Ya tendrás tiempo de hacer esos planes cuando seas vieja como nosotras. A ti te toca disfrutar de la vida, bailar y ligar. A ver si encuentras pronto a un hombre bueno y me haces abuela.

»Tengo yo unas ganas locas de que alguno de los cuatro tengáis hijos para volver a ver a un pequeñín correr por los campos, que no te puedes hacer una idea. —Tragué saliva, pero sonreí para que no notaran mi nerviosismo antes de contestar.

—¿Viejas vosotras? Anda ya, mamá, si estáis hechas dos chavalas. Y si queréis niños corriendo, andad a decírselo a Rory; por edad, a él le toca estrenarse el primero.

—¿El que me toca a mí primero? —preguntó el mencionado detrás de mí, haciéndome dar un respingo porque no le había oído entrar.

—Ser padre —le contestó Isobel, riéndose.

Se nos quedó mirando a las tres y frunció el ceño.

—Entonces ahí sentadas estáis bien, porque si no, de pie os vais a cansar de esperar a que eso pase —le contestó a Isobel, pero haciendo extensiva la respuesta a mi madre.

—¿No quieres tener hijos algún día? —le pregunté por curiosidad, no porque realmente me importara lo que hiciera con su vida.

Sin contestarme, salió de la cocina y nosotras tres nos miramos, encogiéndonos de hombros como si lo que acababa de hacer fuera lo más normal del mundo. Es más, si me hubiera contestado, hubiera sido cuando realmente nos habríamos sorprendido.

—Voy a subir a buscar a Shona; como no le meta prisa, llegaremos a Inverness para comernos los churros del desayuno —les dije, riéndome.

Las dos me acompañaron en mis risas porque sabían que lo que había dicho era muy cierto. No había nadie más indecisa a la hora de elegir ropa que

Shona y siempre me tocaba subir a ayudarle.

—Pasadlo bien, cariño, y tened cuidado —me dijo mi madre, dándome un beso de despedida.

Me acerqué a Isobel y le di otro beso antes de salir de la cocina para subir a la segunda planta, donde estaba la habitación de Shona. Bueno, la de ella y la de todos los demás, porque esa casa era enorme y tenía diez habitaciones.

Iba pensando en lo que quería contarle antes de que llegara Ellen y, aunque sabía que Shona me apoyaría en todo, no dejaba de estar nerviosa por contarle lo que me pasaba y por su reacción. Tan metida iba en mis pensamientos que no vi salir a Rory de su habitación y literalmente choqué con él, haciéndome daño en la frente, que fue con la que me di en su pecho.

Joder con el químico. ¿Qué tenía el pecho, hecho de piedra en lugar de músculos? Me pregunté, frotándome la frente.

—Tan ciega para todo —me dijo, cogiéndome por los hombros con los dedos en forma de pinzas, como si tocarme le diera repelús.

Con ese gesto y la cara que había puesto cuando le dijimos en la cocina lo de ser padre, una idea cruzó mi mente y no me pude resistir. Abrí mi bocaza y le solté la pregunta, que pareció salir sola de mis labios.

—¿Eres gay?

Primero me miró como si estuviera loca, pero ni dos segundos después estalló en carcajadas, y eso sí que me dejó descolocada por completo, porque en veinticinco años jamás le había oído reírse de esa manera.

—¿Qué es tan gracioso? —le pregunté, cruzándome de brazos, enfadada porque el muy idiota no dejaba de reírse.

—Tú. Tú eres de lo más graciosa. Si antes pensaba que estabas ciega, definitivamente con tu pregunta tengo claro que ni con gafas serías capaz de ver nada —me contestó, bajando la intensidad de sus carcajadas.

—No tengo ni idea de lo que me estás queriendo decir con eso —le dije, frunciendo el ceño.

—Lo sé, por desgracia lo sé. Pasadlo bien en Inverness, Bonnie —añadió, perdiendo la sonrisa de golpe, antes de darse la vuelta e irse sin decir nada más.

No dejé de mirarlo hasta que desapareció bajando las escaleras. *¿Qué narices acaba de pasar?*, me pregunté, alucinada por la situación. Tendría que preguntarle a Shona si era posible que su hermano se estuviera intoxicando con alguno de los productos que usaba para crear las recetas de *whisky*, porque normalmente era raro, pero esa noche se había llevado el premio a la rareza por su comportamiento.

Sacudí la cabeza y saqué de mi mente todo lo relacionado con Rory. En esos momentos tenía que centrarme en otra cosa para contarle a mi amiga del alma.

Llamé a la puerta y Shona chilló desde dentro un «pasa», sabiendo que era yo. Ya sin entrar, solo por su tono de voz supe que estaba agobiada porque no sabía qué ponerse. Siempre que salíamos le pasaba lo mismo, así que aquello ya era como un ritual para nosotras.

Ella lloriqueaba un poco y yo revolvía todas las prendas que había ido dejando encima de la cama, sacando medio armario sin poder decidirse por ninguna de las que tenía allí amontonadas.

—¿Aún estás así? —le dije nada más entrar, porque, como supuse, estaba en bragas, sacando prendas y dejándolas en la cama.

—Tía, siempre me pasa igual, no sé de qué te sorprendes —me dijo, poniendo los ojos en blanco.

Me acerqué al montón de la cama, moví las prendas un poco y cogí un vestido precioso en color rojo que le quedaba fenomenal.

—Ponte este. Mientras lo haces, escúchame atentamente, porque vas a flipar con lo que tengo que contarte —le dije, sentándome en la cama.

Capítulo 3



Shona cogió el vestido que le ofrecí de mi mano y me sonrió. Se lo puso por los pies y se dio la vuelta para que le abrochara la cremallera. Tenía un cuerpo de escándalo que podría ser la envidia de cualquier modelo. Sus ojos eran preciosos, de un color miel que le daba dulzura a su cara, haciéndola parecer aún más guapa de lo que ya era.

El color de ojos también lo compartía con su mellizo, que era lo único que tenían igual. En cambio, todos los hijos Fraser, herencia por parte de su padre, tenían el pelo pelirrojo, aunque el de mi amiga era más oscuro que el de sus hermanos. Owen lo tenía solo un poco más claro que ella y el de Rory era de un color que parecía fuego.

Siempre me había preguntado si le pusieron su nombre al ver el color de pelo que tenía al nacer. Si era así, habían acertado del todo, porque significaba «rey rojo». Tendría que preguntárselo alguna vez a su padre, porque a él estaba claro que no se lo haría en la vida; con lo borde que era, a saber por dónde me saldría. Los ojos del hermano mayor también eran distintos, de un color negro tan oscuro que intimidaba.

—Bonnie, ¿a qué planeta te has ido? —me preguntó Shona, riéndose y pasándome las manos por la cara para que reaccionara.

—A ninguno —le contesté, riendo de la misma manera.

—Venga, cuéntame eso que te está reconcomiendo por dentro —me pidió, sentándose a mi lado para agarrarme la mano en señal de ánimo. Hasta ese

punto llegaba nuestra conexión, en la que sabíamos cuándo la otra necesitaba un empujoncito para hablar.

Cogí aire un par de veces y, después de soltarlo de golpe, la miré a los ojos, en los que vi preocupación y comprensión. Ese fue el último empujón que necesité para soltar, sin rodeos, lo que me pasaba.

—Estoy embarazada —le dije, susurrando.

A Shona se le abrieron los ojos como platos y la boca aún más. Intentó decir algo, boqueando como un pez, pero no le salían ni las palabras. Si no fuera por la seriedad que requería esa conversación, me habría reído a carcajadas al verle la cara.

—¿Necesitas agua, un abanico, una torta para reaccionar? —le pregunté, aguantando la risa.

—Joder, Bonnie, es que es muy fuerte esto, pero lo que más fuerte me parece es que no me contaras tus sospechas. Sabes que habría estado contigo cuando te hiciste la prueba, porque me imagino que estabas sola en ese momento, ¿no? —me dijo, acariciándome la espalda.

Sus palabras podían sonar a reproche, pero no lo eran. Lo que me dijo fue porque quería haber estado conmigo en un momento tan duro.

—Me la hice ayer en casa, realmente no pensé que diera positivo, por eso no te llamé —le dije con los ojos cuajados en lágrimas, porque al decirlo en voz alta era como si se hiciera real del todo.

—¿Cuándo se lo vas a decir a mi hermano? Porque quieres tenerlo, ¿verdad? —me preguntó, sabiendo la respuesta de antemano a la segunda pregunta, porque lo habíamos hablado mil veces y ella sabía que ser madre era uno de los sueños de mi vida. Me encantaban los niños y siempre había soñado con tener una gran familia.

—Sabes que sí, no podría deshacerme de él —dije, pasándome la mano por la barriga—. Me enteré ayer y ya lo quiero con toda mi alma. Y si debo tenerlo yo sola, pues mira, seré como mi madre —añadí, limpiándome una lágrima que rodó por mi mejilla.

—¿Por qué dices eso? ¿Pasa algo con mi hermano que no me hayas contado? —Su tono de voz cada vez era de más preocupación.

—No lo sé, hay algo que no va bien, pero no tengo ni idea de qué puede ser. Lleva unos días muy raro. Nunca ha sido muy cariñoso, eso ya lo sabes, pero desde hace días está muy distante y frío conmigo. Tengo un mal presentimiento, Shona —le dije, convencida de mis palabras, porque era lo que había sentido al lado de Owen los últimos días.

—Lo mismo no tiene nada que ver contigo y es porque está preocupado por algo de la destilería —me respondió para darme ánimos, aunque las dos sabíamos que no era verdad lo que me decía.

A Owen le pasaba algo conmigo y no podía quedarme más tiempo sin saber qué era lo que ocurría, mucho más ahora que un hijo de los dos crecía en mi interior.

—Mañana hablaré con él, no puedo seguir así, Shona. Esto de llevar lo nuestro a escondidas ha durado demasiado. Si no me quiere, que me lo diga claro, pero no pienso ser más su sucio secreto.

»Cada vez me siento peor cuando tengo que salir por las noches como una ladrona, a escondidas de la casa. Parece que solo me quiere para tenerme en su cama, porque fuera de ella no tiene nunca ni un solo gesto de cariño.

Shona me miró con tristeza, porque sabía que, si yo sospechaba eso de su hermano, era porque era cierto. Toda la intensidad con la que empezamos parecía haberse ido esfumando poco a poco, al menos por parte de él, porque yo le seguía queriendo igual que siempre.

Si bien era cierto que esas palabras jamás habían salido de su boca, siempre pensé que era porque le costaba expresar lo que llevaba dentro. Pero su actitud de los últimos días me hacía dudar de si alguna vez había sentido lo mismo que yo.

—Vamos a hacer una cosa: ahora nos vamos a ir a cenar y después a bailar en plan tranquis. Por esta noche te olvidarás de todo y mañana yo estaré a tu lado cuando hables con mi hermano, si quieres. —Sus palabras me emocionaron. Sabía que siempre podía contar con ella, igual que ella conmigo. Pasara lo que pasara, siempre estaríamos la una para la otra.

—No quiero que Ellen lo sepa, así que hoy iremos en mi coche y esa será la excusa perfecta para no beber nada de alcohol —le dije, sabiendo que me apoyaría en mi decisión. No sería justo para Owen que se enteraran los demás antes que él, aunque en ese lote su hermana no entrara; ella siempre iba por delante de todos para mí.

—Es lo mejor. Además, Ellen también lleva una temporada muy rara, creo que nos está ocultando algo. —Las dos nos miramos frunciendo el ceño, porque Shona sabía que yo también había notado el pequeño cambio que había dado nuestra amiga. Se la notaba más misteriosa, irritable y, sobre todo, siempre estaba a la defensiva, como si todo lo que decíamos le molestara.

—¡Chicas! Ellen está en la cocina esperando a que bajéis. —Ese grito vino por parte de Isobel desde las escaleras, y las dos nos levantamos de la cama para bajar a dar encuentro a nuestra amiga.

—¿Preparada? —me preguntó Shona, agarrándome la mano.

—Vamos —le dije, empezando a andar hacia la salida.

Bajamos las escaleras y entramos en la cocina. Allí estaba Ellen, hablando con mi madre, Isobel y Owen, que había bajado a por un refresco.

Las dos nos acercamos a Ellen y le dimos un beso en la mejilla, que ella nos devolvió sin mucho entusiasmo. Pero lo que no se nos pasó desapercibido ni a Shona ni a mí fue la manera en que miraba a Owen cuando hablaba, devolviéndole la sonrisa, la misma que él le dedicaba a ella.

Capítulo 4



—¿Nos vamos? —nos preguntó Shona, aunque la pregunta iba más dirigida a Ellen, que se había enfrascado en una conversación con Owen sobre algo de unos compradores de la destilería que ella conocía de antes de venir a vivir a Beauly.

—Sí, porque si no se nos hará tarde para cenar y parece que tengo un león en la barriga del hambre que tengo —le contesté yo, sin pensar mucho en lo que había dicho.

Shona me miró la barriga sin que nadie se diera cuenta y después me guiñó un ojo cómplice.

—No creo que porque vayáis diez minutos más tarde te vayas a morir de hambre —dijo Owen sin mirarme, para después seguir con la charla con Ellen, que ni siquiera se había molestado en contestarnos.

—Voy sacando el coche —dije, dándome la vuelta para coger las llaves de uno de los cajones de la cocina, donde guardábamos las de todos los coches de los integrantes de la casa.

Yo no tenía coche, no me había planteado nunca comprarme uno. Para lo poco que lo usaba, lo veía un gasto innecesario. Además, en el garaje de la casa siempre había alguno que era propiedad de la destilería y que cualquier trabajador podía coger cuando lo necesitara para algo.

Aunque en esa ocasión, igual que hacíamos siempre que salíamos, conduciría el de Shona, que era al que más acostumbrada estaba. Cuando los tres hermanos se sacaron el carnet, su padre, como regalo, le había comprado un coche a cada uno. El que más se usaba era el de Owen, porque solía ir mucho a Inverness o a otras ciudades, algunas veces a reuniones con compradores. Shona lo usaba muy poco, solo en contadas ocasiones para ir a Inverness de compras o a cenar y salir, como en esa ocasión. Y, cómo no, el que menos lo usaba, por no decir nada, era Rory, que lo tenía como nuevo. Su vida estaba entre mezclas de *whisky* y Beauly; apenas salía del pueblo si no era estrictamente necesario.

Shona me acompañó a sacar el coche del garaje después de despedirnos de mi madre y de Isobel. Una vez fuera, nos acercamos ya montadas —yo en el lado del conductor y Shona a mi lado— hasta la puerta de la casa. Tuvimos que esperar otros diez minutos más a que Ellen saliera acompañada por Owen para poder irnos.

Se montó en la parte de atrás y, una vez que pusimos la música que a las tres nos gustaba, giré el volante para salir por el camino de piedra hasta llegar a la carretera.

El viaje hasta Inverness era de apenas media hora. Durante el trayecto casi no hablamos. Le preguntamos a Ellen qué tal su semana y, en pocas palabras, nos dijo que muy parecida a todas las anteriores.

Ella no había querido hacer una carrera universitaria como nosotras, cosa respetable, porque no todo el mundo lo hace, por supuesto; siempre hay otros caminos que seguir, como hacer cursos o prepararse para el futuro laboral de otra manera. Pero ese no era su caso. No había estudiado nada porque sus padres se lo habían consentido, como todo lo que hacía, por supuesto.

Era una niña consentida en toda la extensión de la palabra. No quería estudiar y no lo hacía, no quería trabajar y tampoco lo hacía. Quería viajar o comprarse cualquier capricho, pues antes de abrir la boca ya lo tenía.

Os preguntaréis entonces qué era lo que hacía todos los días, ¿no? Pues su vida consistía en ir de compras, a la peluquería, hacerse mil tratamientos de belleza y quemar tarjeta. Su idea de futuro era vivir de sus padres hasta que se casara y pudiera vivir de su marido.

Shona y yo la habíamos animado mil veces para que hiciera algún curso de algo durante todo ese tiempo. Un par de años antes nos alegramos mucho porque se apuntó a uno *online* de diseño de páginas web. Como estaba relacionado con lo que yo había estudiado en la carrera, le brindé mi ayuda y, al principio, se la vio entusiasmada, pero pasados tres meses, ese entusiasmo se fue tan rápido como había venido. Así que Shona y yo desistimos de animarla para que hiciera nada más.

Apenas había tráfico ese día. Al ser sábado, los trabajadores que normalmente llenaban la carretera al ir y venir a sus puestos de trabajo no habían salido de casa. Aunque estábamos en julio y las temperaturas acompañaban para tirarse a la calle a pasar un buen rato, hasta que no llegáramos a Inverness no veríamos el bullicio de la gente que, como nosotras, había salido a cenar y tomar algo.

Aparcamos cerca de la zona de los *pubs*. La decisión fue unánime. Lo que más nos costaba a las tres después de estar media noche bailando era tener que ir andando a buscar el coche hasta la zona de los restaurantes, donde lo aparcábamos las primeras veces que salimos en ese plan. Así que, como dicen que de los errores se aprende, la tercera vez que nos tocó caminar con los zapatos en la mano hasta el coche, dijimos que sería la última, y desde entonces lo hacíamos así.

Dejábamos allí el coche y caminábamos hasta el restaurante en el que cenaríamos y después volvíamos para el *pub* elegido; así, al salir, solo teníamos que caminar unos pasos.

—¿Qué os apetece cenar? ¿Alguna preferencia? —les pregunté mientras caminábamos agarradas del brazo, esquivando a la gente. Era hora punta y estaba toda la zona hasta los topes.

—Yo voto por unas tapas para compartir acompañadas de una cerveza bien fría, porque vaya calor que hace —dijo Shona, resoplando.

En eso tenía razón. Era verdad que había hecho bastante calor ese día y, aunque al caer la noche la temperatura había bajado, estar allí entre tanta gente daba sensación de agobio más que de calor.

—A mí me apetece lo mismo. No tengo mucha hambre, la verdad, hasta me conformaría solo con la cerveza. Me están sudando hasta las pestañas —añadió Ellen, abanicándose con las manos de forma exagerada, haciéndonos reír.

—Pues decidido, que sean tapas y cerveza helada.

Cuando contesté eso, Shona me miró de reojo y con la mirada ya nos entendimos las dos. Yo sería la encargada de pedir en la barra mientras ellas buscaban sitio para sentarnos; así Ellen no se daría cuenta de que mi cerveza la pediría sin alcohol.

Elegimos uno de los restaurantes menos formales; con eso me refiero a que no había que sentarse en la típica mesa con mantel en la que el camarero venía a servirte. En el que entramos, que ya habíamos estado en muchas ocasiones, las mesas eran altas y nos sentábamos en taburetes también altos.

El ambiente que se respiraba allí, aunque estaba cargado, no podía ser más fiestero. Todo el mundo hablaba y reía sin pensar en nada más que en pasar un buen rato. Nosotras haríamos lo mismo y, por lo menos yo, dejaría de pensar, al menos por un rato, en todo lo que se me iba a venir encima en los próximos días.

Como habíamos acordado sin palabras Shona y yo, ellas buscaron sitio para sentarnos mientras yo me acerqué a la barra a pedir nuestras consumiciones. Pedí tres jarras de cerveza bien frías, la mía sin alcohol, y para cenar, como siempre que íbamos a ese sitio, pedimos lo mismo; ni siquiera me hizo falta preguntarles. Pedí doble ración de *fish and chips*, tres *Scotch pie* y un par de raciones de *black pudding*.

Casi una hora estuvimos allí cenando entre risas. Los chicos de la mesa de al lado se unieron a nosotras y pasamos un buen rato con ellos. Eran españoles y tenían un humor de lo más divertido. Al terminar de cenar, ellos no sabían dónde ir a tomar una copa porque llevaban apenas dos días allí de vacaciones.

Shona, que miraba con muy buenos ojos a uno de ellos, les propuso que nos acompañaran al *pub* al que teníamos pensado ir y aceptaron encantados.

Veinte minutos después de salir del bar llegamos al *pub*. Si el restaurante estaba lleno, el *pub* estaba a reventar de gente. Menos mal que era grande, porque si no, hubiéramos tenido que estar esquivando gente toda la noche.

Uno de los chicos me acompañó a la barra para pedir las copas de sus amigos. Pidió para ellos tres copas con *whisky* y yo dos copas para las chicas y un refresco para mí. Tampoco estaría bebiendo refrescos toda la noche, así que después del segundo me pasaría al agua.

Pasamos una noche estupenda. Los chicos nos hicieron reír hasta que se nos saltaron las lágrimas. La noche a su lado se nos pasó volando. Uno de ellos intentó ligar conmigo, pero con mucha sutileza lo rechacé y, sin que se lo tomara a mal, pudimos seguir con los bailes y las risas. En cambio, Shona sí se dejó dar varios besos y hasta llegó a intercambiar el teléfono con el chico, que se vio que estaba interesado en ella desde el primer momento, igual que ella en él.

A las cuatro de la mañana dimos la noche por finalizada. Todos estábamos cansados, sobre todo yo, que por mi estado arrastraba un cansancio más grande que los demás.

Entre risas llegamos las tres al coche, comentando las anécdotas de la noche. Yo, al no haber bebido, iba totalmente serena. Shona, al haberse pasado media noche hablando con el chico, apenas había bebido, así que iba solo un poco contentilla. En cambio, Ellen se había bebido hasta el agua de los floreros.

De camino al coche tuvimos que agarrarla para que no se cayera en plena calle, porque no dejaba de tropezar y tambalearse. Conseguimos meterla como pudimos en la parte de atrás del coche entre Shona y yo, antes de montarnos nosotras en nuestros asientos para poder irnos de una vez para casa.

En el coche pusimos la música a un nivel muy bajito. Ya habíamos tenido bastante música alta para toda la semana en el *pub*, porque había veces que ni nos oíamos por lo alta que estaba.

—Estoy cansadísima, me muero de ganas por pillar la cama —les dije a las chicas cuando ya llevábamos quince minutos de camino en los que ninguna habíamos dicho ni una palabra.

—A mí me duelen los pies, que si llegamos a quedarnos más tiempo mañana no podría ni andar. Qué mierda de zapatos, no me los pienso volver a poner para salir tantas horas a bailar —añadió Shona antes de poner los pies en el salpicadero y quitarse los zapatos para frotárselos, haciéndome reír por la postura que tenía.

—La cama que vas a pillar hoy será la tuya, ¿no, Bonnie? Porque no creo que sean horas de ir a la de Owen.

Las palabras de Ellen nos dejaron a mí y a Shona paralizadas. ¿Cómo cojones sabía ella que pasaba la mayoría de las noches en la cama de Owen? Si hubiera vivido en la casa, podría entenderlo, me podría haber visto, pero no siendo así solo lo podía saber porque él se lo había contado. Porque de mi boca o de la de Shona esa información no había salido.

—¿Pero qué dices? Estás más borracha de lo que creía si piensas esas cosas —le contestó Shona, intentando echarme una mano.

La reacción de Ellen nos dejó totalmente perplejas. Empezó a reírse a carcajadas de una manera que nos dio hasta miedo. Shona y yo nos miramos un segundo con la misma confusión, haciéndonos las mismas preguntas sobre a qué podía deberse su comportamiento.

—Podéis dejar de haceros las tontas. Sé que Bonnie se acuesta con Owen desde Navidad, pero ya te voy anunciando que vayas despidiéndote de eso. Solo era un acuerdo entre los dos para que él pudiera desfogarse cuando no estaba conmigo, pero eso se acabó. Mañana anunciaremos a todos que en seis meses nos vamos a casar.

La sangre se me heló en las venas al oírla decir eso, no por sus palabras, sino por lo verdaderas que sonaron. Dice el refrán que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad y ella iba como una cuba. Si pensaba que me iba a quedar callada y aceptar lo que estaba diciendo, es que no me conocía ni un poquito.

—Si piensas que me voy a echar a un lado sin luchar por él, estás muy equivocada. Yo llevo queriéndole media vida. Tú solo quieres estar con él por su dinero, para que te mantenga y puedas llevar esa vida de niña caprichosa que tienes.

Lo que hizo a continuación ni Shona ni yo lo vimos venir. Me agarró por detrás del pelo con una fuerza que ni supe de dónde la sacó y me golpeó la cabeza contra el cristal. Después me zarandeó la cabeza sin soltarme, mientras me chillaba cosas horribles, como que yo no era nadie para joderle todos los planes de la buena vida que pensaba tener.

Shona chillaba también y le agarraba del brazo para que me soltara, pero ni aun así ella paró. Y pasó lo que tenía que pasar: perdí el control del coche y segundos después todo se volvió negro, sumergiéndome en una profunda oscuridad…

Capítulo 5



En la actualidad…

Otra vez quince de julio. Otra vez ese día de mierda que odiaba con todas mis fuerzas. Cinco años habían pasado desde entonces, desde el día en que todo cambió. Cinco largos años en los que había vivido muerta en vida, convertida en poco más que una sombra de mí misma, vagando por esta vida anclada a los recuerdos.

Recuerdos que me atormentaban día y noche, recordándome constantemente todo lo que perdí aquel día. Todo lo que ya no volvería: las risas que no compartiría, los abrazos que no volverían a reconfortarme, las confidencias y las miradas que tanto anhelaba cada día, de la que fue mi hermana del alma, mi amiga y mi otra mitad.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al recordar el momento en el que me desperté en el hospital, dos años y dos meses después de aquel quince de julio. Todo ese tiempo había estado sumergida en una oscuridad de la que, según los médicos, había sido un auténtico milagro que hubiera salido, ya que nadie apostaba a que eso pudiera pasar. Los pacientes que suelen estar en coma tanto tiempo tienen cada día más difícil volver a despertar y, conmigo, parecía que ya habían perdido toda esperanza de que eso sucediera.

Pero el destino, ese tan cabrón, quiso que volviera de la oscuridad para vivir en el infierno, porque eso era en lo que se había convertido mi vida desde el mismo momento en que abrí los ojos.

Ese día, al despertar, estaba totalmente desorientada. No sabía dónde estaba, qué día era ni quiénes eran las personas que se movían a mi alrededor. Después vino un día agotador de pruebas de todo tipo, de las que ni recuerdo el nombre ni quién me las hizo. Solo recuerdo estar tumbada en la camilla mientras varios médicos hablaban entre ellos y me tocaban el cuerpo por todas partes.

Noté algo raro en mi cuerpo, pero fui incapaz de mover nada más que la cabeza. Estaba tan cansada y sin fuerzas que mi cuerpo no me respondía. Ellos me hablaban y me hacían mil preguntas que para mí no tenían sentido, y yo solo quería que mi madre y Shona entraran por la puerta para poder abrazarlas.

Hasta el día siguiente mi madre no apareció por el hospital, acompañada, sí, pero no por la mujer que yo quería que viniera con ella, sino por una a la que no conocía. Esa mujer se quedó en segundo plano para que mi madre pudiera abrazarme y llorar en mis brazos como si hiciera días que no me veía.

Cuando se separó de mí la miré con el ceño fruncido. En su rostro se podían apreciar unas profundas ojeras y algunas arrugas que días antes no estaban ahí, pero lo que más me impactó fue la tristeza que transmitían sus ojos.

Un rato después, cuando mi madre consiguió calmarse, ella misma me la presentó como la doctora Campbell, la psicóloga asignada a mi caso. La miré confusa, porque no entendía por qué una psicóloga tendría que hablar conmigo, pero las dos, con mucha paciencia y cariño, me dijeron que tenían que contarme todo lo que había pasado desde que tuvo lugar el accidente.

Yo había intentado que los médicos que me revisaron el día anterior me dijeran algo, pero se cerraron en banda y me dijeron que la persona adecuada vendría para ponerme al tanto de todo y ayudarme a pasar el trance de despertar de un coma. En esos momentos pensé que había estado en coma varios días, pero todas mis suposiciones se fueron al traste cuando la doctora Campbell se sentó a mi lado en la cama y, bajo la atenta mirada de mi madre, comenzó con su explicación.

—Bien, Bonnie, como te ha dicho tu madre, soy la doctora Campbell. Lo primero que quiero que sepas es que estoy aquí a tu entera disposición para todo lo que necesites, hablar o cualquier otra cosa. —Su mirada dulce me

transmitió confianza y supe en ese instante que las cosas estaban peor de lo que yo pensé y que esa mujer se iba a convertir en una persona imprescindible en mi vida.

—¿Cuánto tiempo hace del accidente? —Esa fue la primera pregunta que le hice. No había dejado de mirar a mi madre en ningún momento y me parecía que había envejecido mucho en pocos días, y eso, a mi entender, no era posible.

—Hace dos años y dos meses que tuviste el accidente de coche —me contestó con mucha calma. Tenía una voz tan dulce que no sabía por qué me daba paz.

—¡¿Qué?! ¡Eso no es posible! —le dije alterada, revolviéndome en la cama. No era capaz de asimilar que había estado fuera de juego tanto tiempo.

—Cálmate, cariño, si no lo haces, no te contaremos nada más —me dijo mi madre, con lágrimas en los ojos y con mucho sufrimiento en su mirada por verme en ese estado.

Hice varias respiraciones profundas intentando calmarme hasta que, varios minutos después, lo conseguí. Justo en la última respiración, una realidad llegó a mi mente: si habían pasado dos años, ¿eso significaba que mi hijo no había llegado a nacer? Esa fue mi segunda pregunta.

—¿Mi bebé? —le pregunté mirando de reojo a mi madre, que me sonrió con tristeza.

—Lo siento, Bonnie, pero el bebé no sobrevivió al accidente, pero ahí no tuviste ninguna complicación y podrás ser madre en el futuro. —Mientras me contaba eso, mi madre se sentó a mi otro lado en la cama y me abrazó por los hombros para darme ánimos.

Segunda cosa que tendría que asimilar: la muerte de mi hijo. *¿Cuántas más cosas malas me quedarían por saber todavía?*, me pregunté.

—¿Qué complicaciones tiene mi cuerpo? —Esa tercera pregunta hizo que mi madre, que aún me tenía cogida por los hombros, se tensara de una manera tan evidente que me temí lo peor.

Intenté mover mi cuerpo y, de primeras, sí que pareció responderme. Mis brazos se movían bien, mi cabeza también, pero cuando intenté mover mis piernas noté algo raro. La derecha se movió sin problemas, pero la otra era como si aún estuviera dormida y no quisiera obedecer las órdenes de mi cerebro.

—¿Qué le pasa a mi pierna? —les pregunté impaciente, sin darles tiempo a ninguna de las dos a que hablara primero.

La doctora se levantó y retiró la sábana que cubría mi cuerpo, mientras mi madre, con mucho esfuerzo, tiraba de mí por las axilas para que me incorporara un poco en la cama y pudiera comprobar por mí misma qué era lo que me pasaba.

Cuando vi mi cuerpo de cintura para abajo, lo primero que pensé es que me había convertido en un monstruo. Mi pierna derecha estaba completamente llena de cicatrices que, aunque no eran muy grandes, sí que eran bastante evidentes.

Lo peor llegó cuando me fijé en mi pierna izquierda o, mejor dicho, en lo que quedaba de ella, puesto que de la rodilla para abajo no había nada. Mi respiración se aceleró y el grito que di hizo que mi madre me recostara en su pecho, apretándome muy fuerte contra ella, llorando de la misma manera desgarradora que hacía yo.

Tuvo que pasar bastante rato hasta que las dos conseguimos calmarnos.

—¿Quieres que te cuente qué pasó? —me dijo la doctora, y simplemente asentí porque no era capaz de que ninguna palabra saliera de mi boca.

—El coche en el que ibais dio varias vueltas de campana hasta que acabó estrellado contra un árbol por la parte delantera. La carrocería del coche quedó tan destrozada que tus piernas quedaron totalmente atrapadas entre el asiento y el amasijo de hierros.

»Durante meses intentaron hacer todo lo posible por salvarte la pierna, pero llegó un momento en que la gangrena hizo acto de presencia y ya no se pudo hacer nada más. Decidieron amputar lo antes posible para que no la perdieras entera.

—No podré volver a caminar —me lamenté, limpiándome las lágrimas que seguían saliendo de mis ojos sin control.

—Por supuesto que sí. La medicina está muy avanzada en estos tiempos. Con rehabilitación, esfuerzo, ganas y una buena prótesis, caminarás de nuevo. No te puedo asegurar que lo hagas sin una leve cojera, pero que volverás a ponerte en pie, eso sí que te lo aseguro —me dijo muy convencida de sus palabras.

—¿Qué más tengo? —le dije ya sin llorar, porque había notado que cada vez que lo hacía mi madre se ponía peor y no quería preocuparla más de lo que ya estaba. Bastante mal lo tendría que haber pasado esos dos años sin saber si su hija despertaría o se moriría en cualquier momento.

—En el resto del cuerpo, nada. Lo único que te queda por saber es que tienes una pequeña cicatriz en la cara a consecuencia de los cristales de la ventanilla cuando se rompió. —Con un gesto de la cabeza le pidió a mi madre que fuera a buscar algo.

Del armario de la habitación en la que estaba sacó algo de una bolsa y se acercó a la cama. Me entregó un espejo no muy grande, pero sí lo suficiente para que pudiera verme la cara.

Tragué saliva antes de mirarme y, al principio, me resultó raro. Era yo, pero no lo parecía. Tenía el pelo mucho más corto, la cara mucho más delgada y los ojos muy rojos por el llanto. Giré el espejo y entonces, en mi lado derecho, pude apreciar la cicatriz, que de pequeña no tenía nada; llegaba desde mi sien hasta la barbilla.

No era nada monstruoso, pero sí muy evidente, otra cosa más con la que tendría que aprender a vivir. Le devolví a mi madre el espejo, que estaba a la expectativa, esperando que volviera a venirme abajo, pero saqué fuerzas de donde no las tenía y no dije nada al respecto.

—¿Dónde están Ellen y Shona? ¿Por qué no han venido contigo, mamá? —le pregunté por fin. Era la pregunta que más temía hacer, porque algo dentro de mí me decía que la respuesta no me iba a gustar nada.

Mi madre me miró con pena. Algo hizo que mi cuerpo se tensara y mis nervios se crisparan al máximo. Después miró a la doctora y, con la mirada, le pidió que me respondiera ella.

—Ellen salió casi ilesa del accidente. Solo tuvo unos cuantos rasguños y un brazo roto. Está perfectamente en su casa.

Me alegré por ella, aunque fuera la causante del accidente de ese día. Si no se hubiera puesto como una loca y me hubiera agredido, yo no habría perdido el control del coche. Eso era algo que todavía no le había dicho a nadie y no sabía si ella misma o Shona habrían dicho la verdad, así que, de momento, preferí callar hasta enterarme de todo lo que había pasado durante mi larga ausencia.

—¿Shona? —pregunté ansiosa por querer saber qué consecuencias había tenido para mi hermana del alma el accidente.

Miré a mi madre y vi cómo sus ojos se llenaron de lágrimas y supe, antes de que la doctora hablara, que mi Shona no había venido a verme porque no sobrevivió aquel día.

—Shona murió en el acto, Bonnie. Cuando llegaron los sanitarios, no pudieron hacer nada por ella.

Que yo lo supiera dentro de mí era una cosa, pero oírselo decir fue devastador. Tanto que el ataque de ira, tristeza y rabia que me dio hizo que me cayera hasta de la cama. Tuvieron que venir a sedarme y hacerme dormir unas horas para que mi mente descansara de tanta información como había recibido ese día.

Horas más tarde, cuando me desperté ya sabiendo todo lo que había perdido, lo hice más tranquila, pero sin ser la Bonnie de siempre. Esa luz que siempre tenía en mi mirada se apagó al saber que mi hermana del alma y mi hijo habían partido el mismo día, juntos, al cielo.

Al día siguiente, ya sin importarme nada de lo que me pudiera deparar la vida, me atreví a preguntarle a mi madre por Owen, los demás Fraser y también por Isobel. Recibí su explicación con mucho dolor.

Me contó que Owen no había querido saber nada de mí desde el accidente porque me culpaba por la muerte de su hermana. Al parecer, Ellen se encargó, como me había dicho en el coche, de que él nunca fuera mío, contándole que yo había bebido varias copas y que por eso habíamos tenido el accidente. Mi madre quiso contarle la verdad, que en el análisis que me hicieron no había ni rastro de alcohol, pero él no la dejó ni hablar.

Al ver su actitud, tampoco le había contado que iba a ser padre. Eso me dejó helada, porque mi madre sabía de sobra quién era el padre del bebé, ya que estaba enterada de que nos veíamos a escondidas. Solo ella e Isobel, que seguía al lado de mi madre como la buena amiga que era, sabían realmente mi parte médico.

Rory tampoco había querido saber nada de mí, pensando lo mismo que su hermano. El que sí había venido a verme había sido Gregory, al que acabé confesándole tiempo después la verdad de mi embarazo.

Capítulo 6



—Bonnie, ¿estás preparada? —Ni me moví ni hice amago de abrir la boca para contestar. Si alguien se dirigía a mí por ese nombre, lo ignoraba y hacía como que la cosa no iba conmigo. ¿Una actitud infantil por mi parte? Puede, pero era mi decisión y nadie tenía por qué ponerla en entredicho. Bonnie murió en ese coche hace cinco años y la que estaba allí ahora era Bon, una persona totalmente diferente.

—¿Bon? —dijo mi madre, dirigiéndose ahora sí por el único nombre por el que yo contestaba.

—Dime —le dije sin mirarla, pues en esos momentos estaba sentada mirando por la ventana el paisaje verde que se extendía ante mí, en la habitación que había sido para mí mi refugio y mi cárcel.

Desde que desperté en el hospital hasta que me dieron el alta pasaron dos meses más, en los que los médicos intentaron con todas sus fuerzas que mi cuerpo cogiera musculatura y fuerza para que pudiera salir de allí cuanto antes. Un equipo ortopédico —que tengo que reconocer que se portó de maravilla conmigo— me hizo en tiempo récord una prótesis para mi pierna, o para la ausencia de ella.

La doctora Campbell, o Fiona, como me había pedido que la llamara días después de conocernos, no me dejó sola en ningún momento de todo el proceso, aguantando mi pasotismo, mi negación a colaborar y mis rabietas. Con el tiempo y tras muchas sesiones, me dijo que no había conocido a nadie

a quien le costara tanto ir pasando las fases del duelo que todo el mundo atraviesa cuando pierde a alguien.

Mi madre, Isobel y mi abuela Esme estuvieron al pie del cañón también durante esos dos meses, turnándose día y noche para no dejarme sola en ningún momento.

Cuando me dieron el alta y mi madre me dijo que nos íbamos a casa, me negué en redondo. Por nada del mundo volvería a la propiedad de los Fraser. Saber que Shona ya no estaría allí para compartir nuestro día a día y que, además, tendría que cruzarme en algún momento con sus hermanos y seguramente aguantar sus miradas y palabras de reproche y desprecio porque me culpaban de la muerte de su hermana era algo que no podría soportar.

Todos mis recuerdos con la que era mi hermana de corazón estaban allí y no estaba preparada para estar en ese lugar sin ella.

Mi abuela habló con mi madre y la convenció para que me dejara ir a vivir con ella a su casa de Inverness. Aunque con mucha reticencia y preocupación por no poder verme a todas horas, al final acabó cediendo al comprender que era lo mejor para mí.

Y allí, en casa de mi abuela, fue donde había vivido los dos últimos años y medio. Bueno, más bien donde había estado encerrada. Porque para lo único que había salido de esa casa había sido para ir al hospital las dos veces que intenté suicidarme a los pocos meses de llegar.

Como podéis suponer, no lo conseguí porque mi abuela fue rápida en reaccionar. La primera vez me tomé todas las pastillas que tenía a mi alcance, las que utilizaba mi abuela para sus dolores. La segunda, intenté cortarme las venas en la bañera; ahí tampoco conseguí mi propósito.

Os preguntaréis por qué no hubo un tercer intento. Pues eso se lo tenía que agradecer a Gregory.

El día de mi segundo ingreso por intento de suicidio, el padre de mi amiga se presentó furioso en mi habitación, pidiendo a todos los que estaban allí que salieran porque quería hablar conmigo a solas. Aún recuerdo sus palabras, esas

que me hicieron ver la realidad de que no solo yo estaba sufriendo la pérdida de Shona, sino que todos los demás también lo hacían.

Me hizo darme cuenta del daño que les estaba haciendo a todos los que estaban allí, pero sobre todo a mi madre, queriendo matarme. Me obligó a mirar más allá de mi propio dolor y a entender que mi ausencia también los destrozaría a ellos. Me dijo que ya habían perdido una hija y que no estaban dispuestos a perder a otra.

Referirse a mí de esa manera —porque para él, igual que sus hijos lo eran para mi madre, yo era una hija más— me golpeó donde más dolía. Aquello consiguió que mi parte más egoísta, la que solo pensaba en su propio sufrimiento, se apartara por primera vez. Y fue entonces cuando decidí que no volvería a intentar quitarme la vida, aunque no supiera todavía cómo aprender a seguir viviendo.

Al recibir el alta esa segunda vez, volví a casa de mi abuela y, aunque no volví a salir a la calle para nada y me pasaba las horas muertas mirando por la ventana, sumida en una profunda tristeza, con el paso de los días —que fueron muchos— decidí que, si no iba a salir de casa, desde allí podría trabajar con mi ordenador y ayudar a mi abuela con todos los gastos que suponía cuidar de mí.

Pocos días después encontré un trabajo que se adaptaba totalmente a mi situación. Una empresa muy reciente buscaba gente que creara y reestructurara páginas web, todo ello desde casa. Hice una entrevista *online* con la dueña después de mandarle mi currículum y algunos de los trabajos que había hecho en el pasado y quedó encantada, dándome el puesto.

Esa había sido mi vida en los últimos casi dos años. No salía para nada de casa, pero por lo menos bastantes horas al día estaba entretenida trabajando con el portátil en mi habitación, en el salón o en la cocina. El resto del tiempo ayudaba a mi abuela a cocinar o con las tareas de la casa.

El peor momento llegaba por las noches, cuando me metía en la cama y el silencio se hacía tan presente como los recuerdos. Ese era el momento en el que me permitía dar rienda suelta a mis lágrimas y a mis lamentos sin que mi abuela, mi madre o Isobel me vieran.

Ellas pensaban que cada día estaba mejor y que poco a poco estaba saliendo del pozo en el que ese accidente me había metido, arrebatándome a Shona y a mi hijo. Pero no era así; solo me había convertido en una experta en disimular delante de ellas. No había sonreído ni una sola vez desde que desperté del coma, pero no perdían la esperanza de que Bonnie regresara.

Eso no iba a pasar jamás. Ahora solo era Bon, una mujer vacía y con el corazón roto, que se había vuelto fría, borde y distante con todo el mundo.

Como si no hubiera pasado ya por bastantes cosas, el destino hacía unos días había vuelto a ponerme a prueba para seguir acumulando desgracias.

Exactamente hacía seis días que había entrado en la habitación de mi abuela para decirle que el desayuno estaba preparado. La llamé varias veces, pero no me contestó y, cuando me acerqué a su cama para despertarla, eso no pasó. Estaba fría como el mármol y con el rostro en paz. Los sanitarios que vinieron cuando llamé a una ambulancia nos dijeron que había tenido lo que llaman la muerte dulce.

Su corazón se había parado mientras dormía. No había sufrido, eso sí. Pero, una vez más, mi corazón tuvo que cargar con otra pérdida, la de una de las personas más importantes de mi vida, y sentí que ya no me quedaba espacio para tanto dolor.

Los días siguientes fueron un auténtico torbellino de emociones. Nadie consiguió convencerme para que fuera al entierro. No podía ir al cementerio; era superior a mí y, al final, todos lo comprendieron.

Al acabar el funeral, Gregory, mi madre, Isobel y Fiona —que a esas alturas ya era más una amiga que mi psicóloga— me hicieron sentarme en el salón de casa de mi abuela y, después de dos horas de charla, consiguieron convencerme de que había llegado el momento de volver a la casa de mi madre.

Con mucho miedo acabé aceptando. Total, no pensaba salir de esas cuatro paredes, así que qué más daba aquí que allí.

Los dos días siguientes entraron todos, recogieron mis cosas y las llevaron a casa de mi madre, dejándome solo un poco de ropa y mi portátil para poder

trabajar. Bueno, y mi inseparable muleta —la que se había convertido en una extensión de mí— y mi silla de ruedas, esa que utilizaba en mis días malos.

Eran aquellos en los que tenía unos dolores tan fuertes que no me dejaban estar de pie más de dos minutos, en ambas piernas, debido a mis cicatrices. Sobre todo me pasaba cuando cambiaba el tiempo o si ese día estaba muy húmedo.

—Te preguntaba si estás preparada. Si es así, podemos irnos. Gregory está fuera esperándonos —me dijo mi madre, sacándome de ese estado de abstracción en el que solía quedarme a menudo, sobre todo cuando miraba por la ventana, como lo estaba haciendo en esos momentos.

—Sí —le dije en un susurro y siendo mentira, claro. No estaba preparada para salir de la casa de mi abuela, ni mucho menos para volver a un sitio en el que sabía que me iba a hundir en cuanto pusiera un pie allí.

Cogí la muleta que tenía a mi lado y me colgué al hombro la mochila donde llevaba el portátil y mi teléfono móvil, ese que me regaló Isobel y que apenas había usado en los dos últimos años media docena de veces. No tenía a nadie a quien llamar. Con las únicas cinco personas con las que tenía contacto —bueno, ahora cuatro, porque mi abuela ya no estaba— mantenía contacto muy a menudo y, como mi vida era todos los días igual, nunca tenía nada que contarles.

Mi madre hizo amago de cogerme la mochila para ayudarme, pero negué con la cabeza y ella asintió sin decir nada.

Antes de salir me puse las gafas de sol que llevaba colgadas en el escote de mi camiseta. Al igual que la muleta, las gafas se habían vuelto imprescindibles en mi vida. Y diréis: ¿para qué las quiere si no sale de casa? Pues muy sencillo, para mirar por la ventana cuando la abría en mi habitación.

Una de las secuelas que me quedaron después del coma era la fotofobia que sufría desde entonces. Tenía una total intolerancia a la luz brillante; por eso, en las horas de más luz del día, era incapaz de mirar por la ventana sin que el sol me molestara tanto que llegaba a cegarme y hasta dolor de cabeza me producía.

Caminé hasta el coche todo lo rápido que mi condición me permitió y, con la mano libre, abrí la puerta del coche de Gregory, sentándome yo sola en la parte trasera. Mi madre se sentó a su lado, en el asiento del copiloto, y después de varios segundos Gregory puso el coche en marcha.

Nada más notar cómo el coche empezaba a rodar por la carretera, mi cuerpo se tensó y mi respiración se aceleró. Hacía cinco años que no me montaba en un coche, por razones obvias, y hacerlo sabiendo además cuál era el destino final del viaje hizo que me pusiera aún peor.

Cerré los ojos y llevé mis manos a los oídos para evadirme del mundo que me rodeaba y recé para que los minutos pasaran lo más rápido posible, para poder bajarme del coche de una vez por todas.

Mi madre y Gregory, al verme, me preguntaron con voz preocupada si necesitaba que paráramos. Negando con la cabeza, en un susurro les pedí que no lo hicieran y que no me hablaran más hasta que llegáramos a casa.

Capítulo 7



Noté cómo el coche aminoraba la velocidad y di gracias a todos los santos del cielo porque esa tortura, que es lo que el viaje de media hora había sido para mí, se acabara de una vez.

—Cariño, hemos llegado —me dijo mi madre en voz baja desde el asiento de delante.

Solo asentí. Era incapaz de decir nada. Tenía tal nudo en la garganta que ni saliva pude tragar, mucho menos pronunciar ni una sola palabra.

—¿Podrás bajar o necesitas que te ayudemos? —me preguntó Gregory. Su voz denotaba preocupación al ver el estado en el que me encontraba.

Volví a asentir y, haciendo acopio de todo mi valor, agarré la manilla del coche y abrí la puerta. Sin ni siquiera bajarme ni abrir los ojos, supe que estaba en la propiedad de los Fraser. Había crecido en esas tierras y solo por el olor que se respiraba allí habría sido capaz de reconocerlo en cualquier parte del mundo, aun estando privada de visión.

El olor a *whisky* mezclado con tierra, tan característico, me golpeó como si de una bofetada se tratara. Porque con él llegaron a mi mente miles de recuerdos por esas praderas verdes que, aun sin verlas todavía, sabía que estaban frente a mí, rodeando la destilería. Miles de imágenes de Shona y yo siendo unas niñas, corriendo por esos prados y riendo mientras Owen nos perseguía, llegaron a mi cabeza como martillazos.

Mi cuerpo empezó a temblar y un nudo se me instaló en la boca del estómago. En ese momento vinieron a mi mente las palabras que Fiona siempre me repetía en las muchas sesiones que tenía con ella: *los recuerdos son para que los vivas con cariño y no con pena*.

Hasta ese momento no había entendido lo que me había querido decir con esas palabras, pero tomaron sentido en cuanto posé mi pie en el suelo de esas tierras, de mi hogar, del hogar de las dos. Estar allí, rodeada de todos mis recuerdos con Shona, era como tenerla otra vez conmigo, aunque fuera en mi imaginación, cada vez que mirara a cualquier rincón de la propiedad de los Fraser.

Eso me hizo sentirme un poco mejor de lo que me había sentido en los últimos años. Tal vez la idea de venir allí no había sido tan mala como pensé en un principio. Una idea que me duró poco en cuanto me bajé del todo del coche.

A una distancia considerable, pero no tanta como para que no pudiera verlos, frente a mí tenía a tres personas que pensé que no volvería a ver: Owen, Ellen y Rory.

Ellos no podían saber hacia dónde dirigía mi mirada porque llevaba las gafas de sol puestas. Pude observarlos desde la distancia.

Primero me fijé en Owen. Seguía tan guapo como siempre, pero hubo algo que me sorprendió y que no me esperaba. Había temido ese momento desde que acepté volver a vivir con mi madre. Volver a verle era una de las cosas que más miedo me daba por los sentimientos que removería en mí.

Pero, sorprendentemente, al mirarle no sentí absolutamente nada. Esas mariposas que durante años revoloteaban en mi estómago al verle no aparecieron y mi corazón no se desbocó como lo hacía durante tantos años con su sola presencia. Esa ausencia de emociones me hizo darme cuenta, más que nunca, de que la Bonnie del pasado se quedó en aquel coche. A esa se le habría desbocado el corazón nada más verle, pero a la Bon que ahora le miraba no se le removió nada.

En la segunda persona en la que me fijé fue en Ellen, la que había sido mi amiga, o eso pensaba yo, porque nos había tenido bien engañadas a Shona y a

mí en el pasado. Durante todos los ratos en soledad que pasé encerrada en casa de mi abuela, tuve mucho tiempo para pensar y analizar su comportamiento, llegando a la conclusión de que solo se arrimó a nosotras para estar cerca de los hermanos Fraser.

Necesitaba un hombre con posibles para cumplir sus expectativas de futuro, tener un marido rico que la mantuviera, y al parecer lo había conseguido o estaba en proceso de hacerlo. Porque estaba agarrada de la mano de Owen como si su vida dependiera de ello.

Os preguntaréis el porqué de mis dudas sobre si estaban juntos, si se habían casado o qué era exactamente lo que había entre ellos. La respuesta es sencilla: no quisieron saber nada de mí después del accidente y, cuando desperté del coma, ni siquiera le dieron a mi madre o a mí misma la oportunidad de contar qué pasó aquel día.

Desde el momento en que mi madre me dijo que no querían saber nada de mí y que me culpaban de la muerte de Shona, decidí que yo tampoco quería saber nada de sus vidas. Como ellos no sabían nada de lo que había hecho o dejado de hacer desde mi despertar, yo tampoco sabía nada de ellos. Ni siquiera conocían el alcance de mis dolencias.

Por último, me fijé en Rory. No parecía haber cambiado mucho en los últimos cinco años. La seriedad que siempre había tenido como carta de presentación seguía ahí, al igual que esa mirada intensa que me ponía los pelos de punta en el pasado. Esa mirada no había desaparecido; incluso diría que, por la forma en la que me observaba, había aumentado. En ella había frialdad, reproche y desprecio.

—¿Bon? —me dijo mi madre, haciéndome apartar la mirada de esas personas que para mí ya no formaban parte de mi vida. Si para ellos yo estaba muerta, para mí ellos lo estaban igual.

—Voy —le contesté, sacando las piernas del coche con cuidado.

Me tambaleé un poco y tuve que agarrarme a la puerta abierta del coche. La tensión del viaje me estaba pasando factura y necesitaba tumbarme con urgencia o sentarme en la silla de ruedas. El dolor en mis piernas se estaba volviendo insoportable.

Saqué la muleta del asiento y me apoyé en ella, apretando los dientes por el dolor que estaba sintiendo.

Mi madre, que ya me había visto muchas veces en esos episodios, se acercó rápidamente para sujetarme antes de hablarle a Gregory.

—Gregory, saca la silla, por favor. No podrá llegar andando hasta la puerta de casa.

Había aparcado el coche todo lo cerca que había podido de la casa de mi madre, pero aun así quedaba un buen trecho de hierba hasta la entrada. Gregory fue rápido hacia el maletero, sacó la silla y la desplegó antes de acercarla hasta donde estaba.

Mi madre me ayudó a sentarme y, al hacerlo, solté un suspiro de alivio antes de darle las gracias con la mirada.

—Mamá, ¿me coges la bolsa del portátil, por favor? —le pedí.

—Sí, tranquila. Yo la cojo. Dame la muleta también —me dijo, metiendo medio cuerpo dentro del coche para coger lo que le había pedido.

—Voy a llevar el coche al garaje. Luego nos vemos —nos dijo Gregory con una sonrisa. Mi madre respondió de la misma manera y yo simplemente asentí.

—Vamos allá —me dijo mi madre dando el primer paso hacia su casa.

Agarré las ruedas de la silla con las dos manos y empecé a moverlas para seguirla.

Iba delante de mí y no me dejaba ver lo que había más allá, pero de pronto noté cómo caminaba más despacio y cómo su cuerpo se tensaba. Incliné un poco la cabeza y descubrí el motivo: los dos hermanos Fraser y Ellen se acercaban caminando juntos hacia donde estábamos.

—Bon, digan lo que digan, no les hagas ni caso. Es el dolor el que habla por ellos —me pidió mi madre, colocándose a mi lado, queriéndome proteger.

—Pueden decir lo que quieran. No van a hacerme sentir peor de lo que ya me siento. Pero como me toquen mucho las narices, les suelto cuatro verdades y les dejo con las patas colgando —le contesté.

—¿Qué verdades? —me preguntó mi madre en un susurro, porque ya se estaban acercando demasiado.

La verdad a la que me refería era lo que realmente había pasado dentro del coche aquel día y que todavía no me había atrevido a contarle a nadie. Aunque fue Ellen la que se puso como una loca, la que conducía era yo y fui quien perdió el control del coche. Podría haber hecho más para evitar el accidente, como frenar, pero no lo hice y por eso seguía cargando con toda la culpa.

—Da igual, mamá. Diga lo que diga, nada hará que lo que pasó sea menos horrible, así que qué más da —le contesté, apretando los dientes.

—A mí no me da igual. Sé que hay algo que no nos has contado de aquel día y creo que es algo que podría cambiar muchas cosas.

—Nada de lo que diga cambiará el hecho de que la que iba al volante era yo. Por lo tanto, sigo siendo la responsable de lo que pasó —añadí, zanjando la conversación, porque si decía algo más los tres, que ya estaban muy cerca, podrían oírnos.

—Hay que tener poca vergüenza para volver aquí, Bonnie —me dijo Ellen con furia en los ojos. Aun así, pude distinguir durante apenas dos segundos algo de miedo en su mirada.

Ni me molesté en contestarle. ¿Para qué? No valía la pena discutir allí y hacer sufrir a mi madre, que era lo que pasaría si me veía alterarme y sufrir otro ataque de ansiedad. Y, además, se había dirigido a mí por un nombre que ya no consideraba mío, así que hice como si no fuera conmigo.

—Aparte de lisiada, ¿también te has quedado sorda? ¿Por eso no contestas? —esas palabras vinieron de Rory. Lo fulminé con la mirada, aunque no pudiera verme por llevar las gafas. A mi lado, mi madre soltó un jadeo al oírle referirse a mí de esa manera.

—Mamá, da igual —le dije agarrándole la mano para que supiera que estaba bien y que no iba a dejar que nada de lo que dijeran me afectara.

—Así que sí que oyes, pero no quieres contestar. Además de fea, te has vuelto soberbia y maleducada —añadió Owen mirándome con asco.

—No contesta a nadie que la llame Bonnie —les aclaró mi madre.

Apreté su mano para que no dijera nada más. Ninguno de los tres merecía ninguna explicación.

—¿Y eso por qué? —preguntó Owen frunciendo el ceño.

—Porque Bonnie está muerta —les dije antes de agarrar las ruedas de la silla y empezar a moverlas con rapidez para dejarlos atrás.

Mi madre me alcanzó en dos zancadas y ninguna de las dos dijo nada hasta que llegamos a casa.

—Les has dejado con la boca abierta con tu respuesta —me dijo mi madre mientras me ayudaba a levantarme de la silla para poder tumbarme en la cama.

—No les he dicho nada más que la verdad, y eso es lo último que van a oír salir de mi boca. Porque, como bien sabes y espero que no insistas, no pienso salir de esta casa. Así que no tendré que volver a ver a ninguno de los tres.

La rotundidad de mis palabras hizo que mi madre resoplara, pero no dijo nada más. Era algo que ya teníamos más que hablado. Había aceptado vivir con ella, pero les dejé a todos muy claro que seguiría con mi vida de la misma manera que había hecho en casa de mi abuela.

No saldría y seguiría trabajando con el portátil, como lo había estado haciendo hasta entonces.

Mi madre bajó la persiana para que no entrara demasiada claridad y pudiera quitarme las gafas. Me quité la prótesis para descansar mejor y buscar una postura cómoda durante el rato que estuviera tumbada.

Me quedé mirando el techo y me perdí en mis recuerdos, como tantas otras veces, aunque en esa ocasión llegaron con más fuerza al estar de nuevo en esa casa.

Capítulo 8



Los siguientes días a mi llegada a la propiedad de los Fraser estuve más entretenida de lo normal. Coloqué todas mis cosas en lo que tiempo atrás había sido mi habitación. De lo que fue en el pasado ya no quedaba nada. Cuando me fui a vivir con mi abuela, le pedí a mi madre que, poco a poco, fuera trayéndome todas mis cosas. Bueno, todas no; había una que sabía que seguía estando en el mismo lugar que yo la había dejado cinco años atrás. Mi madre me preguntó en varias ocasiones si quería que me la trajera, pero mi respuesta siempre fue una negativa.

A lo que me estaba refiriendo era a una caja de cartón forrada de papel rojo, pero lo importante no era la caja en sí, sino lo que contenía dentro. Allí había veinticinco años de historia compartida entre los hermanos Fraser y yo, en forma de cientos de fotografías. Había desde el momento de nuestros nacimientos hasta la misma semana en la que todo cambió.

Os extrañaréis de que, viviendo en la era digital en la que estamos, tuviera tantas fotos en papel. Eso es algo que le agradeceré a mi madre toda la vida. Ella era una auténtica fanática de las fotos impresas; siempre decía que no había comparación entre sostener una fotografía entre las manos y poder detenerte en el instante exacto en el que fue tomada, que verla en una pantalla.

En una pantalla todo le parecía demasiado frío, demasiado fácil de borrar, de retocar, de convertir en algo que ya no era del todo real. En cambio, una foto en papel pesaba, ocupaba espacio, se quedaba contigo. Era una prueba de que aquello había existido, de que ese momento había sido nuestro, y de que nadie podía editarlo para hacerlo menos verdadero.

Esa pasión que sentía por retratar todo para luego imprimir las fotos me la había traspasado a mí y también a Shona. Por lo que, cuando le pedimos por primera vez que nos diera a nosotras algunas de esas fotografías, ella hizo algo mejor: nos regaló la caja roja para que la compartiéramos y allí pudiéramos ir guardando nuestra historia.

Cada vez que abría el armario de mi habitación, mi vista siempre se iba a la parte más alta, donde sabía que estaba la caja. Todos los días me decía lo mismo: que tenía que armarme de valor y bajarla para ver las cientos de fotos que había dentro, como tantas veces había hecho en el pasado. Pero aún no había podido, porque me faltaba lo más importante: tener a Shona a mi lado para reírnos o avergonzarnos juntas de todo lo que veíamos retratado en ellas.

Dejé de pensar en eso y me concentré en terminar la página web que estaba haciendo para una tienda de ropa que abriría sus puertas muy pronto en Edimburgo. Los dueños me habían dado vía libre para diseñarla como yo quisiera; lo único que me habían especificado era que quedara bien recalcado que en su tienda tenían disponibles todas las tallas de cada prenda, desde las más pequeñas hasta las de talla grande, esas que a la gente le costaba tanto encontrar en muchas ocasiones.

Dos horas después ya casi la tenía lista, así que decidí descansar un rato y prepararme un café. Fui hasta la cocina y cogí una de las cápsulas de café descafeinado. No es que me gustara mucho, pero ya estaba la tarde muy avanzada y, si me tomaba un café bien negro y fuerte, como a mí me gustaba, no pegaría ojo en toda la noche.

Con el café en la mano, una idea se me cruzó por la cabeza y decidí saltarme mis propias normas por una vez. Fui hasta la puerta de entrada y, cogiendo aire, la abrí. Saqué la cabeza y aspiré el olor que había en el ambiente; el olor a *whisky* me llegó de inmediato. Ese olor siempre me había dado calma porque me hacía sentir en casa. Llevaba cinco años sin olerlo, sin contar el día que llegué hacía ya dos semanas, y no supe por qué, pero necesitaba empaparme de él.

Decidí dar un paso más, atraída por el olor y las vistas que se podían apreciar desde la puerta de la casa de mi madre. Salí despacio, apoyándome en mi muleta, y me senté en una de las sillas de mimbre que mi madre tenía siempre allí, porque, al igual que estaba haciendo yo en esos momentos, le

gustaba salir, sobre todo con el primer café del día, y sentarse ahí a disfrutar de las vistas y el silencio.

Por primera vez en mucho tiempo me sentí un poco más en paz. Los prados verdes se extendían hasta donde me alcanzaba la vista, ya salpicados de hojas marrones que habían empezado a caer de los árboles, anunciando que el otoño había llegado. Poder contemplar aquel paisaje, del que cualquiera se habría enamorado por su belleza, era un auténtico regalo para la vista.

Giré un poco la cabeza para dar un repaso al resto del paisaje, o más bien a todo lo demás que podía ver desde donde estaba sentada.

A la derecha de la casa de mi madre, a unos quinientos metros, estaba la casa grande. En ella había varias luces encendidas. Si las cosas no habían cambiado desde la última vez que la pisé, podía decir con total seguridad cuál era cada una de las estancias que tenían luz en esos momentos.

En la planta baja estaba encendida la luz de la cocina, en la que estarían mi madre e Isobel preparando la cena. En la misma planta se veía también la luz de la tercera ventana, la del despacho de Gregory. Me lo imaginé allí revisando papeles mientras degustaba alguno de los whiskies que habría inventado su hijo, seguramente con sabor amaderado y un toque de alguna fruta, que era lo que más le gustaba.

En la segunda planta solo había una luz encendida: la de la habitación de Owen. Esa que tanto había visitado en el pasado. Se me formó un nudo en el estómago al recordarlo, pero no para mal, sino sintiendo nostalgia de aquellos días en los que era feliz.

Mi vista se fue sin remedio hacia una ventana en la que sabía que la dueña no volvería a encender ninguna luz. Mi última conversación a solas con Shona había sido en aquella habitación, para contarle que dentro de mí llevaba al que sería su sobrino o sobrina. Si cerraba los ojos, aún podía ver nítidamente en mis recuerdos la cara de sorpresa que puso cuando se lo conté, pero también el brillo de alegría que tenía en su mirada y la emoción por la inesperada, pero bienvenida, noticia.

Me gustó la sensación de recordar esos momentos con ella estando en el mismo lugar en el que los habíamos vivido. No sabría cómo explicarlo, pero

era como si se volvieran más reales, más presentes. Tendría que mirar a más sitios en los que habíamos compartido nuestros mejores momentos juntas, y fue entonces cuando supe lo que haría con la caja de mi habitación: la llevaría a nuestro rincón favorito, ese que solo era nuestro, y allí vería todas las fotografías que guardaba en su interior.

Pero eso no lo haría ese día; lo dejaría para la noche siguiente, para poder asimilar bien lo que pretendía hacer, ya que salir de casa suponía para mí un paso de gigante, aunque solo fuera para alejarme unos cuantos metros.

Un movimiento a mi izquierda me hizo girar la cabeza hacia la destilería. A esas horas de la tarde, cuando apenas faltaba media hora para cenar, no debería haber ningún trabajador allí, puesto que su jornada terminaba dos horas antes. Solo había una persona que podía salir de ese lugar a esas horas; alguien que, incluso muchas noches —al menos en el pasado que yo recordaba—, se había quedado allí hasta altas horas de la madrugada, completamente sumergido en alguna fórmula, sin cejar en su empeño hasta dar con el sabor o la combinación que buscaba.

Me estaba refiriendo a Rory, claro.

Aunque en esa ocasión no salió solo. Iba acompañado por una mujer rubia, que me pareció joven, o al menos eso creí, porque desde la distancia en la que me encontraba no podía distinguirla bien. Rory la acompañó hasta un coche que estaba allí aparcado, que supuse sería de ella. Antes de que se montara, hablaron varios minutos y las risas de ella llegaron hasta mí.

Eso me sorprendió bastante, porque Rory podía tener muchas cosas, pero gracioso no era. Eso sí que me intrigó. *¿Qué podría estar contándole para que se riera de ese modo?*, me pregunté.

Pero la mayor sorpresa que me llevé ese día fue algo que me hizo abrir los ojos como platos y la boca casi tanto como un buzón. En un momento dado, Rory agarró a la chica por la cintura antes de besarla. No con una pasión desbordante, por lo que pude apreciar desde la distancia, pero sí con la suficiente intensidad como para que ella se enganchara a su cuello como un koala.

Mira tú por dónde, sin buscarlo, el hermano mayor de los Fraser me había contestado con ese gesto a una pregunta que le hice cinco años atrás y que nunca quiso responder. No era gay. Aquel beso disipó cualquier duda que hubiera tenido al respecto.

Capítulo 9



Seguí sentada en el porche de la casa de mi madre, dando pequeños sorbos al café. Hacía varios minutos que había dejado de observar a las dos personas que se estaban haciendo muestras de cariño en el aparcamiento de la destilería.

No era asunto mío lo que hicieran ninguno de los dos hermanos Fraser. Al parecer, ambos habían seguido con sus vidas y habían encontrado a una mujer con la que compartirlas. O al menos eso pensé; si después de cinco años Owen y Ellen, el día anterior, estaban agarrados de la mano, era porque seguían juntos, tal y como ella me dijo aquel día en el coche.

En cuanto a Rory, para mí había sido evidente por la manera en la que besó a aquella mujer desconocida que era alguien importante para él. Con lo reservado que siempre había sido, que la besara allí, a la vista de cualquiera, solo podía significar que lo que hubiera entre ellos era lo bastante serio.

Saber que ellos compartirían su vida con alguien hizo que mi corazón se encogiera un poquito más. No porque no tuvieran derecho a hacerlo, sino porque la envidia de no poder tener lo mismo se instaló en mi pecho. Aquel maldito día me arrebató tantas cosas, entre ellas la posibilidad de compartir mi vida con algún hombre, porque seamos sinceras: ¿qué hombre en su sano juicio querría estar conmigo? Pues ninguno, me contestó mi cerebro al instante.

No solo por mi aspecto físico, que me resultaba desagradable a la vista, sino también por todo el desastre emocional que cargaba a mis espaldas. ¿Qué hombre iba a querer estar con una mujer muerta en vida? ¿Qué hombre podría

tocarme sin sentir asco? Ese mismo asco que yo sentía cuando me miraba al espejo y veía todas mis cicatrices, aunque las más profundas y las peores eran las que no se veían. Esas las llevaba en el corazón, uno que latía por pura inercia y no porque sintiera nada.

Tan sumergida estaba en todas esas preguntas, mirando al frente hacia los campos verdes —aunque sin verlos—, que no me di cuenta de que alguien se había acercado y se había sentado en la silla a mi lado, hasta que un carraspeo hizo que sacudiera la cabeza para salir de mi ensimismamiento y girara para mirarle, protegida, eso sí, por el cristal oscuro de mis gafas de sol.

Le observé de arriba abajo, pero sin poder mirarle a los ojos. Sabía de sobra lo que encontraría en ellos y no quería verlo. Su mirada estaría cargada de resentimiento y asco, además de reproches y acusaciones. Nunca habíamos tenido una relación especialmente estrecha, pero habíamos crecido juntos y compartido infinidad de momentos importantes para mí. Su rechazo dolía. Dolía de verdad.

Después de todo lo que los cuatro habíamos compartido durante tantos años, que los dos hermanos no hubieran querido saber nada de mí desde la muerte de Shona me dejó claro que, para ellos, no solo ella había muerto aquel día, sino que yo también.

—Ni a los ojos eres capaz de mirarme por la culpa que sientes —me dijo con desprecio en la voz.

—No es la culpa lo que me hace no poder mirarte. Simplemente, ya sé lo que me van a decir tus ojos sin verlos —le contesté, antes de dar otro sorbo a mi café y volviendo a centrar mi mirada al frente.

—¿Cómo pudiste, Bonnie? Joder, mataste a mi hermana por tu estupidez. Si tanto habías bebido, era tan fácil como coger un taxi o habernos llamado a nosotros para que fuéramos a buscaros. —Sus palabras fueron como un mazazo a mi corazón.

—¿Recuerdas nuestra última conversación hace cinco años? —le pregunté sin mirarle, pero pude notar el desconcierto que eso le produjo por su contestación.

—Sinceramente, no. He intentado borrar de mi cabeza todas y cada una de las cosas que tengan que ver contigo. —Una de las cosas que siempre habían destacado en el carácter de Rory es que nunca solía mentir, y si decía eso es porque era cierto. Su contestación fue como otro puñetazo más.

—Me alegro de que haya sido tan fácil para ti borrarme de tu vida. Ojalá yo también hubiera podido hacer lo mismo y… —No pude seguir hablando porque las palabras de una tercera persona se unieron a nuestra conversación.

—¡Rory! ¿Qué haces hablando con esta? —Las palabras de Owen fueron para su hermano, pero me hicieron girar la cabeza hacia él. La manera tan despectiva en la que pronunció la palabra «esta» me hizo negar con la cabeza.

Dejé la taza de café en el suelo y agarré la muleta que estaba apoyada a un lado de la silla. La coloqué a mi lado y me levanté despacio. Apenas llegué a dar un paso cuando sentí el tacto de una mano que conocía demasiado bien, una que en el pasado había recorrido mi cuerpo infinidad de veces. Owen me agarró del brazo y me giró bruscamente para que quedara de frente a ellos; Rory también se había levantado y estaba a su lado.

—¿Por qué has vuelto? ¿No te parece bastante el daño que hiciste a esta familia, que ahora tienes que pasearte por aquí recordándonos que tú sí estás viva y Shona no? —Me zarandeó hasta que mi cuerpo chocó contra la pared de la casa.

—Si me sueltas, me meto en casa y no volveréis a verme nunca más. Está claro que no ha sido buena idea salir —le dije tirando de mi brazo, intentando que me soltara, pero él, en vez de hacerlo, me apretó más fuerte.

—Deberías marcharte de aquí. Ni te imaginas el asco que nos produce tener que verte. Ojalá hubieras sido tú la que muriera ese día y no Shona. —No sé si me dolieron más las palabras de Rory o el apretón que me estaba dando Owen en el brazo.

—¡Basta! ¡Suéltala ahora mismo, Owen! —El chillido de Gregory a nuestra espalda hizo que los tres diéramos un respingo.

Las palabras de su padre hicieron efecto en Owen y por fin me soltó el brazo. Me miré donde su mano había estado apretándome todo el tiempo y vi

cómo una gota de sangre se escurría hasta caer al suelo. Me había apretado tan fuerte que me clavó las uñas hasta hacerme cuatro cortes pequeños.

Todos siguieron mi mirada y vieron cómo la sangre manchaba el suelo. Mi respiración se aceleró y mi corazón empezó a bombear a toda velocidad. Ya sabía lo que vendría a continuación e intenté buscar ayuda en la mirada de la única persona allí presente que me la prestaría.

—Gre… go… ry —le dije con la voz entrecortada porque no podía respirar.

Se acercó a mí a toda velocidad y me agarró la cara con las dos manos para que le mirara a los ojos. Mi cuerpo empezó a temblar de tal manera que la muleta se me cayó al suelo.

—¡Bon, mírame! Respira conmigo, venga, vamos. Cuenta: uno… dos… —Gregory ya me había visto varias veces en esa situación y sabía que, si no conseguía calmarme, acabaría en el suelo.

—¡Bon! ¡Bon! —Esa era la voz de mi madre, que sonaba angustiada por verme así—. ¿Qué le habéis hecho? ¿Eso es sangre? Dios mío… ¿Qué hace fuera de casa? —las preguntas de mi madre, chillando, me llegaban como un eco distorsionado.

—¿Fuera de casa? Lo dices como si lo tuviera prohibido —le preguntó Rory, confundido.

—Ella misma se lo ha autoimpuesto. No sale de casa desde hace dos años y medio, desde que salió del hospital —dijo mi madre llorando, acercándose a mí para sujetarme por la cintura, porque el tembleque ya era tanto que estaba a punto de caerme.

—¿Dos años y medio? El accidente fue hace cinco años. —Esa pregunta vino de Owen, pero no fue mi madre la que le contestó, sino su propio padre.

—Ninguno de los dos ha querido saber nunca qué le pasó a Bonnie. No os podéis hacer una idea de por todo lo que ha pasado —le contestó Gregory, furioso, separando su mirada de mí para volver la cabeza y mirarle.

—Yo solo sé que mi hermana murió por su culpa y ella sigue aquí tan campante —le respondió Rory, con el mismo tono de furia que había utilizado su padre.

—No hace falta estar en una tumba para estar muerta. Shona está descansando en paz, allá donde esté. Bonnie está muerta en vida y no encuentra paz ni descanso ni un solo minuto. —Las palabras de mi madre no podían ser más ciertas, porque así era exactamente como me sentía.

—Pues si está así, debería haberse quitado la vida y nos habría dado paz a todos y a ella misma. —Esas palabras de Owen hicieron que mi madre soltara un jadeo.

—¿Crees que no lo ha intentado ya? Y no una vez, sino dos. Y si no lo ha intentado más veces es porque yo le pedí que no lo hiciera. —Las palabras de Gregory hicieron que los dos hermanos le miraran con la boca abierta.

Mi respiración, poco a poco, mientras todos hablaban, se había ido regulando al ir contando mentalmente como Fiona me había enseñado a hacerlo. Mi corazón, aunque todavía no tenía un ritmo adecuado, sí había bajado las pulsaciones. Agarré las manos de Gregory y las aparté de mi cara antes de hablar.

—Gracias, Gregory. Ya estoy mejor. —Con ayuda de mi madre logré sentarme en la silla en la que había estado tomando un café, bajo la atenta mirada de todos los presentes.

—Yo mejor que nadie entiendo vuestro dolor por perder a Shona; ella era mi hermana también. Todo lo que me digáis o me culpéis os lo podéis ahorrar; ya lo hago yo por todos juntos. Porque aquel día, de todos los presentes, yo fui la que más perdió. —Los miré a los dos a la cara mientras esas palabras salían de mi boca.

A Gregory y a mi madre se les llenaron los ojos de lágrimas al oírme hablar así.

—¿Qué perdiste? ¡Dilo! —me exigió Owen.

—Ahora no vengas exigiendo saber algo que deberías haber preguntado hace cinco años —le contestó su padre.

—Perdiste a tu hermana, sí, pero en ese coche también iba la mujer con la que llevabas acostándote siete meses, de la que no quisiste saber nada. Ni siquiera preguntaste cómo estaba o qué le había pasado. Los dos la juzgasteis sin saber toda la verdad. —Owen me miró furioso, pensando que yo le había contado a mi madre que estábamos juntos.

»No la mires así; ella nunca dijo nada. Guardó el secreto como le pediste. Pero tu padre y yo lo sabíamos desde el principio. Tu manera de mirarla cambió, y también la suya. Sus ojos nunca tuvieron tanta luz como en aquellos meses.

—Nosotros no la juzgamos, ella misma se condenó. La explicación de Ellen fue suficiente para saber que Bonnie había bebido mucho y que no estaba en condiciones de conducir. —Con esa contestación de Owen, mi madre encajó todas las piezas, dándome la razón en mis suposiciones de que fue Ellen la que hizo que los dos me rechazaran por completo para poder salirse con la suya.

—Lo que no entiendo es por qué no quisiste denunciarla. Debería estar en la cárcel por lo que hizo —añadió Rory.

Por primera vez en cinco años, una risa, aunque amarga, salió de mi boca mientras negaba con la cabeza. Mi madre y Gregory, al oírme, me miraron sorprendidos, pero también preocupados por mi reacción.

—Rory —le llamé para que me mirara—. Cuando hemos empezado a hablar, te he preguntado si recordabas la conversación del último día que hablamos. Como me has dicho que no, yo te la recordaré.

»Yo te hice una pregunta sobre tu vida y tú te echaste a reír para después decirme que ni con gafas dejaría de estar ciega si no era capaz de ver la respuesta. Pues creo que esas gafas os harían ahora más falta a vosotros para poder ver la verdad.

Capítulo 10



Con mis últimas palabras a Rory no quise seguir hablando más con ellos; demasiadas cosas se dijeron en el porche de esa casa. Me levanté con esfuerzo y, con ayuda de mi madre y Gregory, entré dentro. Antes de cerrar la puerta, su padre les pidió que me dejaran en paz. Los dos dijeron algunas cosas más, sobre todo reproches hacia su padre por tratarme de la manera que lo hacía y no como ellos esperaban que lo hiciera. Que era de la misma forma en la que ellos me trataban: con resentimiento y odio.

Cuando los tres nos sentamos en el salón de casa, pude ver el disgusto tan grande que se reflejaba en la cara de Gregory por los reproches de sus hijos. Ver su dolor hizo que algo se me retorciera por dentro, pero también provocó que tomara una decisión que cambiaría muchas cosas, o al menos eso esperaba. No podía dejar que Gregory tuviera problemas con Owen y Rory porque yo siguiera callándome la verdad de todo lo que pasó aquel día y que nadie sabía.

Pero antes de contarles a los dos toda la verdad, si es que conseguía que me escucharan, necesitaba saber qué había sido de sus vidas durante esos años. La de Rory era la que menos me importaba; si quería saber algo era por pura curiosidad, no por otra cosa. Lo que de verdad me interesaba era la vida que habían llevado Owen y Ellen. Necesitaba saber toda la verdad de su relación, si es que la tenían, y desde cuándo estaban juntos.

Por petición mía, les pedí a mi madre y a Gregory que dejaran de lado la conversación que habíamos tenido con los hermanos en el porche. Estaba agotada después de la crisis que había tenido y tenía la cabeza tan llena de

malas palabras que no podría pronunciar ni una sola más del tema sin derrumbarme. Los dos lo entendieron, y Gregory se despidió de nosotras, no sin antes asegurarse de que, si necesitábamos algo, le llamaríamos enseguida.

Desde que yo había vuelto a casa, mi madre ya no cenaba nunca en la casa grande. Lo hacía conmigo para no dejarme sola y, por más que le había insistido en que no hacía falta, no me hacía caso. Incluso algunas noches se nos unía Isobel para pasar un rato juntas. Ellas me contaban lo que habían hecho ese día y yo les hablaba de mis avances en el trabajo de la página web con la que estuviera en ese momento.

Había pasado una semana desde que me atreví a salir de casa y no había vuelto a hacerlo. No sabría decir si era por miedo o por qué, pero esa mañana, cuando me levanté, tomé la decisión de que de ese día no pasaría ir, al anochecer, con la caja de fotografías al rincón de la propiedad en el que tantas horas había pasado junto a Shona.

Me pasé el día enganchada al ordenador. Tenía varios encargos y no quería que se acumularan. La verdad es que, por esa parte, estaba contenta; mantenerme ocupada me ayudaba a no pensar en otras cosas. Mi madre vino a comer conmigo, pero se marchó enseguida. Ella e Isobel tenían que ir a hacer la compra grande que solían hacer una vez a la semana. Así que, quitando la media hora que estuve hablando con Fiona por videoconferencia, el resto del día seguí concentrada en el trabajo.

Ella seguía siendo mi psicóloga y, cuando me daban episodios como el que había tenido días atrás, hacía que nuestras sesiones fueran más seguidas. Decía que era mejor analizar qué los había provocado y, a partir de ahí, tirar del hilo para intentar que no volvieran a repetirse, al menos por el mismo motivo.

Las sesiones de esos días habían ido muy bien. Sobre todo se alegró muchísimo cuando le conté que había salido por decisión propia a tomarme un café a la puerta de casa. Podía parecer una tontería a ojos de cualquiera, pero según ella había sido un avance muy importante, sabiendo que durante los dos años y medio anteriores, solo con mencionar la palabra calle, me echaba a temblar.

Esa tarde le conté mis intenciones de salir con la caja de fotos y me animó mucho a hacerlo. Me dijo que no olvidara llevar el móvil por si en algún

momento necesitaba llamarla a ella o a mi madre. Le prometí que lo haría y se quedó más tranquila. Ya solo me faltaba contárselo a mi madre. Temía su reacción después de lo que había pasado, pero necesitaba hacerlo y así se lo haría saber.

A la hora de la cena se nos unió Isobel. En la primera parte de la velada charlamos sobre la compra y sobre mi trabajo, pero cuando estábamos a la mitad decidí preguntarles a las dos qué había sido de la vida de los hermanos durante esos cinco años. Necesitaba esa información para no ir tan a ciegas si se daba un nuevo enfrentamiento.

—¿Qué hay entre Owen y Ellen y desde cuándo? —pregunté.

Isobel me miró con la boca abierta y mi madre se atragantó con el agua que estaba bebiendo.

—¿Por qué quieres saber eso ahora? —me preguntó mi madre una vez recuperada.

Isobel sonrió; supo adivinar por dónde iban mis intenciones. La información, fuera del tipo que fuera, era poder, y yo necesitaba toda la que pudiera conseguir, ya fuera para protegerme o para no dejarme pisar más.

—Ya va siendo hora de saber qué ha pasado estos últimos cinco años. Antes de hablar, debo tener todos los datos —le contesté, y seguí comiendo.

—Lo que te has callado es muy gordo, ¿verdad? —me preguntó Isobel.

—Es algo que puede hacer que las cosas cambien, si es que me creen, claro —respondí, sabiendo de antemano que eso iba a ser muy difícil.

—Ellen y Owen llevan casados cuatro años. Después del accidente, ella buscó su apoyo en él y una cosa llevó a la otra… —me dijo mi madre.

Ese dato era el que esperaba, pero no era el que necesitaba. Lo que yo quería saber era si ya estaban juntos antes, como Ellen me había dicho aquel día, o si se lo había inventado.

Al verme fruncir el ceño y quedarme pensativa, mi madre quiso saber qué pasaba y decidí ser valiente por una vez en los últimos años.

—Aquella noche, como bien sabéis, no perdí el control del coche porque hubiera bebido, sino porque Ellen hizo que lo perdiera. —Al recordarlo, mis ojos se llenaron de lágrimas.

Las dos me miraron con los ojos como platos y, antes de que dijeran nada, les conté todo lo que había pasado desde que nos montamos en el coche hasta que todo se volvió negro para mí.

—¿Bonnie, cómo has podido callarte una cosa así? Todos llevan culpándote de lo que pasó durante cinco años y la única culpable del accidente fue ella —dijo mi madre.

—La que conducía era yo, mamá. Podía haber pisado el freno, pero no lo hice. Yo soy la responsable de lo que pasó —le respondí entre lágrimas.

—Quiero que mañana mismo llames a Fiona y le cuentes esto. Estás cargando con una culpa que no te corresponde —añadió.

No lo veía de esa manera, pero le haría caso.

—Creo que Gregory y los chicos tienen que saber esto, sobre todo Owen —intervino Isobel—. Ese chico no tiene ni idea de con quién se ha casado. Ellen siempre fue una niña caprichosa, eso lo sabemos todos, pero hacer algo así no es normal. Por muy borracha que estuviera, eso no excusa su comportamiento.

—¿Sería verdad que Owen estaba liado con ella al mismo tiempo que contigo? —preguntó mi madre en voz baja.

—Owen llevaba enamorado de Bonnie media vida, igual que ella de él. No creo que la engañara con Ellen —dijo Isobel.

—Si eso es cierto, ¿por qué quiso llevar lo nuestro en secreto tanto tiempo? —pregunté.

—Puede que tuviera miedo a la reacción de los demás. Os habéis criado como hermanos y sabes cómo es la gente del pueblo —respondió Isobel.

—Opino lo mismo, y sé que Gregory también. Lo hemos hablado muchas veces —añadió mi madre—. Owen tenía miedo de que las palabras malintencionadas estropearan lo vuestro.

—¿Y Rory? ¿Quién es la mujer con la que está? —pregunté.

Las dos me miraron como si me hubieran salido dos cabezas.

—¿Qué mujer? Rory no está con nadie, al menos que sepamos —respondió Isobel.

—Vaya, pues entonces sé yo más que vosotras —dije, soltando una risita.

Las dos se miraron, alucinadas.

—Se ha reído, ¿verdad? —preguntó mi madre emocionada.

—Lo ha hecho —confirmó Isobel.

—Venga, que no es para tanto —dije, volviendo a reír, aunque fuera bajito.

—Es para mucho, hija —respondió mi madre—. Llevamos cinco años esperando volver a oír ese sonido.

—Este lugar la está sanando —añadió Isobel.

Asentí. También lo creía.

—Ahora cuéntanos por qué crees que Rory está con una mujer, porque este chisme es de lo más jugoso —dijo Isobel.

Y seguimos hablando, riendo y compartiendo hasta acabar la cena.

Cuando recogíamos los platos, me armé de valor y les conté lo que tenía pensado hacer. Las dos me animaron mucho. Coincidieron en que ver esas fotos me ayudaría y que hacerlo fuera de casa sería aún más positivo.

Capítulo 11



Me despedí de mi madre y de Isobel, que se quedaron en el salón tomando una infusión, esperando a que llegara Gregory, al que habían llamado para ponerle al día del chisme que tenían de su hijo.

Con mi inseparable muleta y la caja roja bajo el brazo libre salí de la casa despacio. Los primeros pasos me costaron, pero solo saber a dónde llegaría y lo que haría minutos después me dio el valor necesario para seguir dando un paso tras otro. Las pisadas sobre la hierba y el olor que envolvía el ambiente me hicieron sonreír; estaba en casa. Estaba donde tenía que estar y, aunque ya no era la misma, a esta nueva Bon le gustaba esa sensación de arropo que le transmitían esas tierras, igual que le había pasado a Bonnie en el pasado.

Diez minutos después llegué al gran árbol que estaba detrás de la casa de los Fraser. Ese árbol llevaba cientos de años en la propiedad; seguramente estaba allí incluso antes de que el abuelo de Shona —el que había heredado la casa de su padre y el que mandó reformarla para que tuviera el aspecto que lucía hoy en día— construyera la casa.

Ese árbol sabía más cosas de Shona y mías que nadie. Había sido testigo de todas nuestras confidencias y charlas importantes. Siempre que algo nos preocupaba o teníamos algo que contarnos, acabábamos sentadas a su sombra. Era un lugar especial, nuestro refugio, ese que solo nos pertenecía y que nunca habíamos compartido con nadie.

Sentarme en el suelo me suponía un gran esfuerzo, no por hacerlo, sino porque después me costaría mucho ponerme en pie. Pero el momento merecía

la pena y lo haría, aunque luego me costara un mundo levantarme.

Dejé caer la muleta en el suelo y me incliné un poco hacia delante para posar la caja en el suelo. Apoyé la espalda en el gran tronco y me dejé resbalar hasta que mi trasero tocó el suelo. Me acomodé con las piernas estiradas y puse la caja en mi regazo. Las luces que años atrás Gregory había mandado instalar alrededor de la casa y que solían estar encendidas casi toda la noche eran más que suficientes para que pudiera ver el contenido de la caja sin problemas. Estar rodeada de silencio era el colofón perfecto para que el ambiente fuera el ideal y poder disfrutar a solas de ese momento tan especial para mí.

Abrí la caja y empecé a sacar fotografías. Elegí mirarlas por orden cronológico, ya que las teníamos separadas en sobres y por años en los que se habían hecho. Había veinticinco sobres en total, uno por cada año de nuestra vida juntas.

Las primeras eran las más tiernas, siendo bebés. En muchas también aparecía Owen al lado, siempre junto a su inseparable melliza. En muchas otras, un Rory serio estaba a nuestro lado y parecía un halcón vigilante, como si fuera nuestro guardián, el que quería protegernos de todo mal.

Los sobres fueron pasando por mis manos, viendo todas las fotografías que contaban nuestra historia, la de los Fraser y la mía. De niños, sin dientes, sonriendo, saltando, compartiendo tartas de cumpleaños. Abrazados. En algunas con gesto de enfado también, pero, sobre todo, lo que más había en ellas eran caras de felicidad e ignorancia de lo malo que nos rodeaba, ya fueran experiencias o personas. Al llegar a las de la adolescencia, se notaba el gran cambio en nuestros cuerpos y también en nuestras miradas, esas que dejaron de ser inocentes para convertirse en pícaras.

Todas y cada una de las fotos hicieron que mi sonrisa apareciera sola una y otra vez. Las lágrimas también se hicieron presentes al mirar muchas de ellas, pero no eran de dolor ni de tristeza, como las que había derramado en los últimos años, sino de alegría y nostalgia al recordar todos esos buenos momentos cargados de cariño.

Llevaba allí sentada más de una hora y ya casi estaba llegando a los últimos sobres, esos que contenían nuestros años de universidad y el paso a

una edad adulta en la que empezamos a trabajar todos juntos en la destilería, cuando unos pasos a mi lado hicieron que perdiera la concentración en la foto que tenía en la mano y levantara la cabeza para ver quién osaba molestarme en un momento tan importante para mí.

Fijé la mirada en él y fruncí el ceño. Iba a pedirle que me dejara en paz, pero no me dio tiempo. Sus movimientos fueron más rápidos que mis pensamientos y mis palabras. Se sentó a mi lado y cogió uno de los sobres que tenía junto a mis piernas.

—Llevo días preguntándome cuánto tardarías en venir aquí —me dijo sin mirarme, con la vista centrada en las fotografías que pasaba una tras otra entre sus manos.

—Tranquilo, ya casi había terminado. Enseguida recojo y me marcho —le contesté, a la vez que empecé a recoger algunos de los sobres que estaban extendidos a mi alrededor.

—No lo hagas —su voz fue firme. Aun así, no sonó como una orden, sino como un ruego. Su gesto al cogerme la mano para que parara fue suave, y eso me dejó totalmente descolocada.

No sé por qué lo hice, pero dejé de recoger. Durante los siguientes minutos, ninguno de los dos dijo nada. Solo seguimos mirando fotos, cada uno con un sobre diferente, hasta que una risita por su parte volvió a romper el silencio que nos envolvía. No era incómodo; era necesario.

Levanté la mirada hacia él y, en su rostro, además de una sonrisa por lo que estaba mirando, había lágrimas recorriéndole las mejillas. Mis ojos, al ver los suyos, hicieron lo mismo. Al oírme sollozar, levantó la cabeza y, sin decir nada, me enseñó la foto que tenía entre las manos.

En ella aparecíamos Shona y yo vestidas con un *kilt*. Concretamente, ella llevaba el de Owen y yo el de Rory. Eran los que tenían guardados en sus armarios y que solo se ponían en ocasiones muy especiales. Llevaban los colores del clan de su familia: rojo, verde y azul oscuro, con detalles en negro por toda la tela. Como buenos escoceses que llevaban la historia de sus antepasados y las tradiciones en la sangre, era una prenda muy importante para cualquier familia. Ese día a las dos nos pareció buena idea hacer el tonto y

representar a dos escoceses tocando la gaita, y nos vestimos acorde a la situación.

—Estabais preciosas ese día, pero sobre todo muy graciosas —me dijo.

—Fue idea de Shona, siempre me arrastraba a todas sus locuras —le contesté sonriendo—. Era pura energía y luz. Daba igual que tuvieras un mal día, ella siempre encontraba la manera de hacerte sonreír —añadí, limpiándome las lágrimas de las mejillas.

—¿Por qué lo hiciste, Bonnie? Tu mala cabeza hizo que la perdiéramos. —Su voz sonó más a lamento que a reproche.

—En breve sabrás todo lo que pasó, Rory, pero te aseguro que aquella noche la que más perdió en ese coche fui yo —le dije, mientras empezaba a meter los sobres en la caja.

—¿Qué más perdiste, Bonnie? —me preguntó en tono suave.

—¿Por qué quieres saberlo ahora? Sabes que tus preguntas llegan cinco años tarde. Si tan solo hubierais escuchado a mi madre entonces… —le respondí, lamentándome.

—El otro día me di cuenta de que eso era lo que deberíamos haber hecho. Creo que a mi hermano y a mí nos faltan muchos datos importantes de esa noche.

No sé qué se me pasó por la cabeza en ese momento, pero sin pensarlo más las palabras salieron solas de mi boca.

—Esa noche no probé ni una sola gota de alcohol, Rory. No porque no quisiera, sino porque no podía hacerlo.

Me miró confundido, aunque en su mirada noté que no me creyó del todo.

—¿Por qué no? ¿Estabas enferma? Eso no fue lo que Ellen nos contó. Ella te vio beber cerveza en el restaurante y copas después en el pub.

—Shona y yo nos encargamos de que ella pensara que lo que bebía tenía alcohol, para no tener que contarle la verdad. Bebí cerveza, sí, pero era sin alcohol, y las copas de después fueron dos refrescos. El resto de la noche solo bebí agua.

—¿Por qué la hicisteis creer algo así? —me preguntó ansioso.

—Lo que me pasaba solo lo sabía Shona, y Ellen no tenía que enterarse antes de que lo hiciera la persona a la que más le interesaba saberlo.

—No entiendo qué quieres decir. Estoy muy perdido. Puedes hablar claro y decirme qué perdiste esa noche, Bonnie —me pidió, sin exigencias, solo con curiosidad y miedo en la voz.

—Te voy a decir todo lo que perdí ese día. Solo te pido que me dejes hablar hasta el final y después me preguntes lo que quieras, ¿sí?

—Claro, no te interrumpiré, pero habla ya porque me estás poniendo muy nervioso —dijo, pasándose la mano por el pelo, un gesto que conocía bien y que llevaba haciendo toda la vida cuando se ponía nervioso.

—Ese día salí del coche con vida, sí, pero sumida en la oscuridad. Esa oscuridad, o el coma en el que estuve, me hizo perder dos años de mi vida en los que permanecí dormida.

Sus ojos se abrieron como platos y se llevó las manos a la boca.

—Al despertar me enteré de todo lo demás que había perdido. Mi pierna. —Levanté un poco el pantalón para que viera la prótesis—. Nunca me he considerado una mujer guapa, pero lo poco que tenía también lo perdí. —Le señalé la cicatriz de mi cara.

»Esas pérdidas físicas para mí son lo de menos. Cualquiera puede aprender a vivir con ellas. Total, no espero tener pareja nunca, así que me da igual cómo esté mi cuerpo.

La mirada que me dedicó al decir eso me descolocó. Había dolor y algo más que no supe identificar, pero no podía detenerme.

—Pero esa noche, lo más importante que perdí fue —cogí aire—: a mi hermana del alma, a mi hijo, al hombre que quería, a ti y a mí misma.

Su expresión al oírme no tenía precio. El horror en su mirada al conocer la verdad se me clavó en la mente.

—No sé ni qué decir, Bonnie. Enterarme de todo esto ahora, no te imaginas lo que supone para mí —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—No hace falta que digas nada. No quiero ni tu lástima ni tu compasión. Sé que no serían sinceras. Aunque te haya contado todo esto, sé por tus palabras del otro día que seguirás pensando que ojalá la que hubiera muerto fuera yo y no Shona.

»Y te entiendo, claro que lo hago. Al fin y al cabo, yo nunca fui nadie para ti, ni siquiera una amiga. Por eso no te ha costado nada borrarme de tu vida. Mañana os contaré a todos la verdad de lo que pasó aquella noche.

No quise seguir hablando. Metí todos los sobres en la caja y, con mucha dificultad, agarrándome al tronco del árbol, conseguí ponerme en pie.

—Creo que a ti también te hace falta saber una verdad que llevo guardando muchos años. Con ella verás lo confundida que estás en algunas cosas.

No añadió nada más. Se dio la vuelta y, con el mismo sigilo con el que había llegado, se marchó.

Capítulo 12



Al llegar a casa, mi madre, Isobel y Gregory me estaban esperando. No me sorprendió; es más, lo que sí me habría sorprendido habría sido que no lo hicieran. Sabían que lo que había ido a hacer sería muy duro para mí y, antes de irse a la cama, necesitaban saber cómo estaba.

—Hija, ¿estás bien? —me preguntó, levantándose del sofá nada más oírme entrar por la puerta. Cogió la caja de mis manos y la dejó encima de la mesa.

Isobel y Gregory hicieron amago de hacer lo mismo, pero con un gesto de mi mano los frené. Abracé a mi madre y, apoyándome en ella, le pedí con la mirada que me ayudara a llegar hasta el sofá. Tanto tiempo sentada en el suelo me estaba pasando factura y me dolía la espalda por la mala postura y la pierna una barbaridad.

—Estoy bien, tranquilos, solo un poco dolorida por estar sentada tanto tiempo en el suelo —les dije, sonriendo para que creyeran en mis palabras.

Sabía que se estaban muriendo de curiosidad por saber cómo me sentía después de pasar una prueba tan dura para mí, como también sabía que ninguno de los tres se atrevía a preguntarme por miedo a que mi respuesta fuera mala. No los hice esperar más y hablé yo sin esperar sus preguntas.

—Ha sido raro estar allí sin Shona, pero no malo, porque en el fondo sé que ella sí que estaba conmigo. Siempre me acompaña; la llevo aquí y aquí —les dije, señalando mi cabeza y mi corazón.

Mi explicación les hizo sonreír. Verme hablar de Shona sin dolor, sino con cariño y nostalgia, era un paso enorme para mí.

—Además, no he estado sola todo el rato; la última media hora Rory ha estado conmigo y hemos hablado un rato.

La preocupación se hizo presente en la mirada de mi madre y de Isobel por lo que hubiera podido decirme Rory.

Pero cuando me fijé en la mirada de Gregory, vi una sonrisa de satisfacción y algo más… ¿Esperanza? Eso me dejó descolocada. ¿A qué venía eso?, ¿qué estaba pensando o qué sabría para mirarme así? ¿Tendría algo que ver con esa verdad de la que había hablado Rory, que en breve sabría? Todas esas preguntas llegaron de golpe a mi mente y fruncí el ceño porque mis ansias por saber se instalaron en mi pecho; solo esperaba enterarme pronto. La paciencia nunca había sido una de mis virtudes y eso sí que no había cambiado en mí, porque seguía siendo igual.

—¿De qué habéis hablado? —Se atrevió a preguntarme Isobel.

Les resumí en pocas palabras la conversación que habíamos tenido. Les dije todo lo que le había contado, lo perplejo que se quedó al enterarse de parte de lo que había pasado: el coma, el bebé, mis dolencias y lo perdida que estaba desde entonces.

—Mi hijo se tiene que estar tirando de los pelos o dándose de cabezazos contra la pared al saber todo eso. Él sí quiso saber qué pasó y sí que quería escuchar lo que tu madre tenía que decir, pero entre Owen y Ellen le convencieron para que no lo hiciera. Sobre todo ella, contando su versión, consiguió ponerles a los dos en tu contra.

»Que sí, que tú conducías, eso lo sabemos todos, pero también sabemos que los accidentes ocurren. Eso fue lo que pasó: un desgraciado accidente por el que no puedes seguir culpándote, Bonnie. —Vi cómo recalcaba las palabras accidente y Bonnie para dejarme claro que quería que ella volviera.

Las tres nos miramos y nos entendimos con la mirada. Cuando contara todo lo que realmente pasó esa noche y mostrara la verdadera cara de Ellen, se iba a liar un buen revuelo en la familia Fraser. Gregory siguió con su mirada las nuestras y frunció el ceño antes de volver a hablar.

—¿Qué me estáis ocultando? —nos preguntó, mirándonos una por una.

—Bonnie —*otra que volvía a usar mi nombre*, pensé, y puse los ojos en blanco—, nos ha contado algo que pasó esa noche y, cuando lo sepáis tú y los chicos, no os lo vais a tomar muy bien —le dijo mi madre, mirándole con preocupación.

—Cuéntamelo, Bonnie —me pidió, agarrándome de la mano.

—Le he dicho a Rory que mañana os lo contaría a los tres; si te parece bien, prefiero hacerlo así —le dije, apretando su mano.

Él asintió con la cabeza antes de darme un beso en el pelo para que supiera que estaba allí para mí.

—Ahora, si no os importa, me voy a la cama. Estoy agotada y necesito tumbarme ya —añadí, poniéndome en pie.

Después de darles un beso a cada uno, me fui a mi habitación. Con un gran suspiro saliendo de mi boca, me senté en la cama y empecé a quitarme la ropa y la prótesis. Tenía pensado darme una ducha, pero después de dos bostezos seguidos, desistí de mi idea; ya lo haría nada más levantarme. Me puse un camisón de tirantes, que era lo que solía usar para dormir, y me tumbé en la cama. Apenas cinco minutos después de posar la cabeza en la almohada, el sueño me venció.

Abrí los ojos y supe que ya era de día por el rayito de luz que se filtraba por la única rendija que tenía la persiana de mi habitación. Tenerlas bajadas casi a tope había sido algo a lo que me había acostumbrado desde que desperté del coma. Si me levantaba por la mañana y toda la claridad del día era lo primero que recibían mis ojos, ya tenía dolor de cabeza para todo el día, así que nunca se me olvidaba cerrar la persiana.

Me senté en la cama y, con el impulso de mis manos, me puse de pie. Saltando a la pata coja, como hacía cada mañana, llegué hasta el baño. Necesitaba una ducha para acabar de despejarme; aún sentía los rastros del sueño nublando mi cabeza. Inexplicablemente, había dormido esa noche mejor que cualquier otra en los años anteriores.

Me metí en la ducha y apoyé mi cuerpo contra los azulejos. Cuando te falta una pierna, como me pasaba a mí, buscas todos los trucos posibles para poder estar lo más firme y segura posible. Eso lo aprendes con el tiempo y después de varias caídas y sustos.

Salí ya vestida y me dirigí a la cocina para ponerme un café bien cargado; ya que el día anterior había roto mi rutina, ¿por qué no hacerlo un día más? Con la taza caliente entre las manos y las gafas de sol puestas, abrí la puerta y salí al porche, donde sabía que mi madre estaba sentada, disfrutando de los primeros rayos de sol y del silencio que, a esas horas, envolvía toda la zona. Aún era pronto para que los trabajadores de la destilería empezaran su jornada, y ese momento de calma parecía suspendido en el tiempo.

Si mi madre se sorprendió al verme salir y sentarme a su lado, no dijo nada. Solo me sonrió y me dio un leve apretón en el brazo. Ese gesto sencillo, tan suyo, fue suficiente para hacerme entender lo orgullosa que estaba de mí por haber dado otro paso hacia delante, por empezar, poco a poco, a dejar atrás mi encierro.

No hicieron falta las palabras entre nosotras. Bastaron las miradas cargadas de cariño que nos dedicamos mientras observábamos el precioso paisaje que teníamos delante y el silencio perfecto que lo acompañaba, impregnado de ese olor familiar que siempre se respiraba allí. Por mi cabeza pasó la idea de que quizá, en ese lugar, en casa, podría volver a ser un poquito más Bonnie y no solo Bon. La idea me gustó tanto que la sonrisa me salió sola, sin esfuerzo, como si hubiera estado esperando su momento.

Capítulo 13



Con mi madre al lado, observándome como una mamá gallina que no le quita la vista de encima a sus polluelos para intentar protegerlos de todo mal, caminamos las dos por el camino de piedra que llevaba hasta la entrada principal de la casa de los Fraser. Le preocupaba mi reacción al cruzar ese umbral después de cinco años; lo notaba en la manera en la que apretaba mi mano, como si temiera que en cualquier momento pudiera venirme abajo.

Inexplicablemente, no estaba nerviosa. Por alguna extraña razón me sentía más calmada que en mucho tiempo, con una serenidad que no reconocía como mía. Tal vez fuera porque sabía que, en apenas unos minutos, todo saldría a la luz y, por fin, dejaría de cargar con un peso que nunca me había correspondido. Me había llevado mucho tiempo darme cuenta de ello, demasiados años culpándome en silencio, pero gracias a la charla que había tenido con Fiona antes de venir, por fin lo había entendido.

Cuando le conté lo que pasó en ese coche, se enfadó muchísimo porque hubiera tardado tanto en decirlo. No levantó la voz, pero me dijo cuatro verdades que dolieron justo donde tenían que doler. Verdades necesarias, de esas que remueven, pero que también abren una rendija por la que empieza a entrar la luz. Quizá eran exactamente las palabras que necesitaba oír para empezar, de una vez por todas, a salir del pozo en el que llevaba años metida.

—Estoy bien, mamá —le dije cogiéndole la mano cuando llegamos a la puerta de la cocina y mi madre la abrió.

—Ya lo veo, se te ve de lo más tranquila. Creo que yo estoy más atacada de los nervios, solo de pensar la que se va a liar en unos minutos.

Nos encaminamos las dos hacia el salón, donde ya nos estarían esperando Gregory y los chicos. Su padre les había hecho llamar para hablar con ellos, sin decirles cuál era el verdadero motivo, ni tampoco les había puesto sobre aviso de que yo estaría presente en esa reunión. Aunque seguramente Rory se lo imaginaría al habérselo dicho yo misma el día anterior.

Al entrar y vernos, las miradas de cada uno fueron muy distintas. La de Gregory, con cariño y ansiosa por saber; la de Rory, en calma, pero con una pizca de curiosidad, aunque, aparte de su mirada, lo que más me llamó la atención fue la sonrisa sincera que me dedicó, esa que por instinto yo le devolví. La peor cara y mirada era la de Owen; en ella había desconcierto y enfado.

—¿Qué hace ella aquí? —le preguntó a su padre, alzando la voz a la vez que se levantaba del sofá en el que estaba.

—Siéntate y cállate —dijo Rory con autoridad antes de que a su padre le diera tiempo a contestar.

—¿Qué pasa, que ahora estás de su parte? ¿Se te ha olvidado lo que hizo? —le rebatió a su hermano, muy enfadado.

—Aquí no hay partes, al menos de momento, aunque tengo la ligera sensación de que eso va a cambiar en breve cuando Bonnie nos cuente toda la verdad. Esa que yo ya sé en parte y que a ti es al que más le conviene saber. —Su respuesta hizo que Owen se callara en el acto.

—Bonnie, siéntate, por favor. Si estás preparada, puedes empezar cuando quieras —añadió Rory dirigiéndose a mí, palmeando el sofá en el sitio vacío que había a su lado para que me sentara allí.

Miré a mi madre y a Gregory, buscando en su mirada el apoyo necesario para hacer lo que Rory me había pedido, y cuando vi la sonrisa y el gesto de asentimiento por parte de los dos, anduve despacio y ocupé el sitio del sofá que Rory me había ofrecido, dejando a Owen frente a mí. Mi madre y Gregory

se sentaron a ambos lados de él y me pidieron con uno de sus gestos que empezara a hablar.

—Bien, allá voy —dije cogiendo aire—. Lo primero, quiero contarle a Owen los datos que le faltan, que los demás ya sabéis, y después os contaré a todos el motivo por el que perdí el control del coche.

—No me interesa saber nada que provenga de ti —me contestó con desprecio.

—Te aseguro que sí quieres saberlo, así que cállate de una puta vez y déjala hablar. —Esas palabras vinieron por parte de Rory, al que miré y le di las gracias con la mirada por ayudarme.

—Owen, esa noche no probé ni una sola gota de alcohol. No podía hacerlo. El motivo de eso te lo iba a contar al día siguiente, pero como todos sabemos, ese día ya no pudo ser, ni los dos años siguientes tampoco, porque estuve en coma. —Cuando dije eso, buscó la mirada de su padre y de su hermano para que le confirmaran mis palabras; cuando los vio asentir, su semblante cambió de enfado a desconcierto total.

—Como le conté ayer a tu hermano, esa noche yo fui la que más perdió. —Levanté el pantalón y señalé—. Perdí mi pierna, se me desfiguró el rostro, aunque eso, al final, es lo de menos. Lo verdaderamente importante fue todo lo demás: perdí a mi hermana del alma, a mi hijo, al hombre que quería, a Rory… y me perdí a mí misma.

Al darse cuenta de que había utilizado las mismas palabras que la noche anterior con él, noté cómo Rory, consciente de lo mucho que me estaban costando, pasó su mano por mi espalda, acariciándomela con un gesto lento y casi protector.

Lejos de tranquilizarme, aquel contacto desató algo en mi interior. Todas las fibras de mi cuerpo reaccionaron al instante y un escalofrío me recorrió entera, inesperado, intenso, descolocándome por completo.

Dios mío… ¿qué había sido eso?, me pregunté, con el corazón latiéndome más deprisa de lo que quería admitir.

—¿De qué hijo hablas? —me preguntó Owen, muy afectado.

—Owen… Bonnie estaba embarazada de casi tres meses el día del accidente y el bebé no sobrevivió. No hace falta que te digamos quién era el padre de ese bebé, ¿verdad? Por eso no bebió nada esa noche.

»Puedes comprobar su historial médico si quieres; lo hemos traído por si dudabais de que fuera verdad —le dijo mi madre, enseñándole una carpeta que sacó del bolso, donde ponía todos mis datos médicos.

—¿Un bebé… nuestro bebé? —me preguntó muy afectado al enterarse de que nuestro hijo había muerto también ese día. No le contesté porque no pude; se me hizo tal nudo en la garganta que ni la saliva me pasaba, así que solo asentí a su pregunta.

—Pero Ellen nos contó que bebiste, y no poco, aquella noche. Si no estabas borracha, ¿qué fue lo que te hizo perder el control del coche? ¿Te quedaste dormida o te desmayaste por tu estado? —añadió, con ansias de saberlo todo.

—Ellen… —dije en un susurro, pero no lo suficientemente bajo como para que no me oyeran.

—¿Ellen qué? —me preguntó Rory en el mismo tono bajo que yo había usado.

—Ella me hizo perder el control del coche —confesé por fin. Eso hizo que los tres me miraran con horror.

—Explícate, por favor, porque estoy a punto de estallar —me pidió Rory.

Empecé a contarles todo lo que había pasado desde que salimos del *pub*: el estado en el que ella se encontraba, cómo me dijo que no fuera a dormir a la cama de Owen porque era tarde y cómo, después, me advirtió de que ya no volvería a hacerlo porque ellos estaban juntos y pensaban anunciar que se iban a casar. Les conté cómo me negué a aceptar aquello, cómo le rebatí que no iba a dejar las cosas así.

Relaté su reacción a mis palabras, cómo me golpeó, la desesperación de Shona intentando que me soltara y, por último, el golpe final contra la

ventanilla, ese que hizo estallar el cristal y me abrió la cara. Les expliqué que, con toda probabilidad, fue el dolor de ese corte lo que me hizo perder el conocimiento y, con él, el control del coche, porque a partir de ahí ya no recordaba nada más. Solo oscuridad.

Cuando terminé de hablar, estaba llorando a mares, con el cuerpo agotado y la garganta ardiendo. Y no era la única. Mi madre lloraba igual que yo, Gregory tenía el rostro desencajado y los dos hermanos mantenían los ojos enrojecidos y las mejillas mojadas por las lágrimas.

—¿Vais a creeros todas esas mentiras? Hay que ser zorra para venir después de cinco años aquí y culparme de algo de lo que solo tú eres la única responsable. ¿Esto qué es, tu venganza por haberme quedado con Owen? Pues entérate bien: me habría quedado con él de todas maneras, porque a la que amaba era a mí. Tú solo eras un simple entretenimiento.

Las palabras de Ellen nos alcanzaron a todos desde la puerta del salón, cargadas de veneno y soberbia. Pero, lejos de asustarme o ponerme nerviosa, lo que provocaron fue que una sonrisa lenta se dibujara en mis labios. Al girar la cabeza hacia Rory, él me devolvió la sonrisa, porque había entendido lo mismo que yo: Ellen acababa de cometer un error imperdonable. Ella sola se había delatado al afirmar, sin darse cuenta, que Owen ya estaba con ella entonces y que todo lo que yo había contado encajaba a la perfección.

Rory entrelazó su mano con la mía, apretándola con firmeza, dándome el apoyo que necesitaba para responder y cerrar aquel asunto de una vez por todas.

—Sabes que todo lo que he contado es verdad. Pero si alguien necesita pruebas, en el atestado del accidente consta claramente que la herida de mi cara me la hice antes de que el coche volcara; los cristales de la ventanilla estaban esparcidos muchos metros atrás de donde acabó el vehículo.

»Y por si eso fuera poco, tú misma acabas de delatarte con tus palabras, dejando al descubierto ante todos que Owen y tú ya estabais juntos en aquel momento, mostrando sin querer tus celos y tu miedo a que él se echara atrás y se quedara conmigo.

—Dime que no es verdad que, por tus celos y tu ambición, esa noche no solo perdí a mi hermana, sino también a mi hijo. ¡Dímelo! —le chilló Owen a

Ellen, cuyo rostro se había descompuesto al darse cuenta de que la verdad, por fin, había salido a la luz.

—Es hora de irse. ¿Te apetece un café en la cocina? —me preguntó Rory al oído al ver que la discusión de la pareja estaba subiendo tanto de tono que lo mejor era dejarles solos.

—Sí, por favor —le contesté, poniéndome en pie sin soltar su mano, esa que él me tenía bien sujeta.

Los dos caminamos hacia la salida, con mi madre y Gregory detrás, cerrando este último la puerta a su espalda.

Capítulo 14



Hay una frase que se ha usado a lo largo de los siglos que dice: *La verdad os hará libres*.

No sabría decir si desde el día en que lo confesé todo en el salón de la casa de los Fraser me sentía libre; lo que sí puedo asegurar es que me sentí con menos peso encima de los hombros, como si la mochila que siempre llevaba conmigo desde entonces, se hubiera aligerado y descargado de unas cuantas piedras.

Habían pasado dos semanas desde aquel día y las cosas habían cambiado bastante para todos, sobre todo para mí.

Las salidas al exterior se hicieron cada vez más continuas. Solía visitar el gran árbol casi a diario cuando caía el sol. Me apoyaba en el tronco durante unos minutos y le contaba a Shona qué tal me había ido el día, le decía en qué página web estaba trabajando, le hablaba de Fiona, de mi madre, de cómo me sentía, de lo mucho que la echaba de menos y de lo que había cambiado el trato de sus hermanos hacia mí.

Uno de los primeros días que fui al árbol, apenas cinco minutos después de llegar, Owen apareció allí buscándome para tener una conversación a solas que, según me dijo, creía que nos debíamos. Estuve totalmente de acuerdo con él. Lo nuestro quedó en el aire cinco años atrás y, al menos yo —y él también, como me reconoció después— necesitábamos cerrar ese capítulo de nuestras vidas para poder seguir adelante sin más rencores, mentiras ni resentimientos por parte de ninguno.

Owen desnudó su alma conmigo aquel día. Me explicó que, cuando estuvimos juntos, al principio creyó estar enamorado de mí, pero que al empezar a verse con Ellen se dio cuenta de que estaba equivocado; lo que sentía por mí era deseo y atracción, mientras que de ella sí terminó enamorándose.

Lo que Ellen me dijo aquella noche en el coche no era del todo cierto. Owen tenía la intención de romper conmigo y contarme la verdad, pero no sabía cómo hacerlo sin herirme, sabiendo lo que yo sentía por él y el daño que podía causarme. Lo que sí era mentira es que fueran a casarse pocos meses después, como ella aseguró; ni siquiera lo habían hablado entonces. Aunque ambos éramos conscientes de que esos eran sus planes y de que ella no descansó hasta conseguirlo, porque, al final, así fue como todo terminó ocurriendo.

Me preguntó mil cosas. Quería saber por todo lo que había pasado durante esos cinco años, y también cómo me había afectado lo del embarazo. Él se había sincerado conmigo y me pareció justo hacer lo mismo, así que me abrí en canal y le conté absolutamente todo.

Al final, los dos acabamos llorando, abrazados, mientras él me pedía perdón una y otra vez por haberme dejado de lado, dejándose manipular por Ellen. También me pidió perdón por todas las malas palabras que me había dicho los días anteriores. Reconoció que lo había hecho todo mal y que, aunque no estuviera enamorado de mí, sí me quería muchísimo y que tendría que haber estado a mi lado como amigo.

Me preguntó si sería capaz de perdonarle y si podría darle una oportunidad para recuperar nuestra amistad.

¿Y cómo no iba a ser capaz de dársela? Claro que sí. Nunca había sido una persona rencorosa y soy de las que piensan que cuando alguien te pide perdón de corazón, como él lo hizo, hay que dejar todo lo malo atrás y darle esa oportunidad que te pide para retomar o empezar de nuevo lo que un día tuvimos; en este caso, la amistad.

Le pregunté cómo estaba respecto a lo de Ellen, aunque las ojeras que arrastraba y el brillo apagado de su mirada ya me daban una pista bastante clara de cómo podía estar. Me contó que habían tenido una bronca terrible, en

la que ambos se dijeron cosas muy feas, y que, por el momento, ella se había marchado a casa de sus padres para pasar una temporada.

No es que hubiera dejado de quererla de la noche a la mañana, porque eso nadie que ama lo consigue, por mucho daño que le hagan, pero sí me confesó que estaba profundamente decepcionado y que incluso se le había pasado por la cabeza la idea de que ella quizá no le había querido nunca, que solo había visto en él al hombre que podía darle la vida que siempre había soñado.

Ahí decidí callarme y no darle mi opinión, porque eso era exactamente lo que yo pensaba: que Ellen solo se quería a sí misma y al estilo de vida que llevaba.

Después de esa larga charla que tuvimos, no os puedo decir que fuéramos los mejores amigos, pero sí que, poniendo un poco de nuestra parte los dos, los días siguientes hablamos casi a diario. O bien Owen se pasaba por el árbol cuando yo iba a mi visita diaria, o nos mandábamos algún mensaje, o también habíamos tomado algún café en su casa o en la mía, mientras charlábamos de cualquier cosa, sobre todo de su trabajo o del mío.

Con Rory también tuve una charla al día siguiente de que todo saliera a la luz. Vino a buscarme a casa y me pidió que le acompañara a dar un paseo. Al igual que su hermano, me pidió perdón por haberme dejado de lado. Él también lo hizo. Me pidió —o, más bien, me rogó— que empezáramos de cero y dejáramos todo atrás y, como hice con Owen días después, le di la misma oportunidad.

En esa conversación le pregunté a qué se refería con aquello que me había dicho días atrás, esa verdad suya que aseguraba querer contarme, y su respuesta me dejó bastante descolocada. Me dijo que aún no estaba preparada para saberla, pero que pronto lo estaría y que entonces, solo entonces, me lo diría.

Desde ese momento, la intriga y las ganas de saber qué era me tenían completamente nerviosa, y mi paciencia se había agotado, así que al levantarme esa mañana decidí que aquel sería el día en el que me lo contaría sí o sí, porque no pensaba dejar de darle la murga hasta conseguirlo.

—¿Dónde vas tan temprano? —me preguntó mi madre al verme con las gafas de sol puestas, la muleta en la mano y guardando el móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

—A la destilería —le contesté encogiéndome de hombros, y ella me miró con la boca abierta como si le hubiera dicho que me iba a la luna.

—¿A qué? —me preguntó, alucinada con mi respuesta.

Os estaréis preguntando por qué, ¿no? Pues la respuesta es que tanto Owen como Rory me habían pedido varias veces que los acompañara para enseñarme los cambios que habían hecho allí en los últimos cinco años y yo siempre me había negado. Y que ahora, de repente, fuera yo sola la que se presentara allí sin previo aviso —así sin más no, me recordó mi cerebro; vas porque te mueres de curiosidad— hizo que a mi madre le extrañara muchísimo.

—Quiero hablar algo con Rory y, ya de paso, hacer esa visita que los dos hermanos me han ofrecido. Owen me dijo que en breve van a sacar un nuevo *whisky* y quiero ver el etiquetado —le contesté antes de salir por la puerta.

—Pásalo bien… —Oí que me decía desde dentro y, sin verla, sabía que lo hacía con una sonrisa en la cara, la misma que hacía días que no se borraba al ver mi cambio para mejor y cómo había retomado mi relación con los chicos Fraser, a los que ella quería como si fueran sus hijos.

No le había mentido a mi madre en lo del *whisky*. Tenía mucha curiosidad por ver qué etiquetado iban a ponerle a la nueva botella, porque, aunque no me había atrevido a decirles nada a los chicos, las últimas que habían sacado al mercado eran, dicho de forma suave, una mierda.

Y lo mismo pasaba con la página web. Sinceramente, no había por dónde cogerla de lo mal desarrollada que estaba. No sabía quién les estaba haciendo ese trabajo, pero desde luego dejaba muchísimo que desear.

No es que yo me considerara más que nadie, pero cualquiera que entendiera un poco del tema se daba cuenta enseguida de que tanto la web como las etiquetas eran una auténtica bazofia.

Entrar en la destilería era otro pasito más para salir de mi pozo, ese que, aunque seguía siendo oscuro, ya empezaba a dejar colarse, a ratos, algunos rayos de luz. Hacía más de cinco años que no ponía un pie allí, pero bastó cruzar el umbral para sentir que el tiempo no había pasado.

El olor a *whisky* era más intenso que en cualquier otro lugar, un aroma denso y familiar que me envolvió al instante. Formaba parte de mí, de mi historia, de mis mejores recuerdos… y quise creer que también lo sería de mi futuro.

—¡Bonnie, qué sorpresa! Al final te has decidido a venir. —La alegría de Owen al verme entrar me arrancó una sonrisa sincera.

Ni siquiera me molesté en corregirle para que no me llamara así. La verdad era que hacía días que todos habían vuelto a hacerlo y yo lo aceptaba sin resistirme. Porque, muy dentro de mí, quería volver a ser Bonnie. Más aún: empezaba a sentir que lo necesitaba.

—Sí, otro pequeño paso —le contesté acercándome a él para darle un abrazo. Eso se había convertido en nuestra rutina cada vez que nos veíamos.

—Tenías que haberme avisado de que venías; ahora tengo una reunión por videoconferencia que no puedo aplazar. —Puso morritos de cachorrito al decir eso, apenado por no poder estar conmigo un rato viendo la destilería.

—Tengo algo que hablar con Rory, pero después, cuando acabes, me gustaría que te unieras a nosotros. Quería comentaros algo a los dos. —Su sonrisa se ensanchó al saber que le esperaría para poder hablar un rato.

—Estupendo, pues me voy ya. Al científico loco lo encontrarás en el laboratorio —me dijo poniendo los ojos en blanco, y eso me arrancó una carcajada. Desde siempre habíamos llamado así a Rory por la cantidad de horas que se pasaba en el laboratorio.

—Luego te veo. Voy a ver con qué líquidos está jugando hoy el científico loco —le contesté, haciéndole soltar otra carcajada.

El laboratorio estaba en el mismo sitio que siempre, y yo me sabía el camino de memoria por la cantidad de veces que lo había visitado en el

pasado, así que me dirigí hacia allí con pasos seguros.

Al pasar por delante de algunos trabajadores, muchos se quedaron con la boca abierta al verme. Me miraban como si fuera un fantasma que hubiera vuelto de entre los muertos y, la verdad, en parte así era. Los más valientes me saludaron con la mano, con un asentimiento de cabeza o con un simple hola. Otros ni siquiera eso se atrevieron a hacer, y no pude evitar que me hiciera gracia. Joder, parecía que me tenían miedo.

Entré en el laboratorio y allí estaba Rory, solo. Aquel era su templo y nunca había querido tener un ayudante ni a otro químico trabajando con él. Solo dejaba pasar a gente de su entera confianza, que, la verdad, eran muy pocos.

Me acerqué por detrás despacio, sabiendo que no se daría cuenta de mi presencia, porque siempre que estaba allí llevaba los cascos puestos con la música alta. Era su manera de concentrarse, o eso nos dijo la primera vez que le preguntamos por qué lo hacía.

Dejé la muleta apoyada en el canto de la mesa, me coloqué cerca de él por detrás, alargué las manos… y le tapé los ojos.

Esperé su reacción, a ver si era capaz de reconocerme. En ese instante —y al haberlo hecho sin pensar— se me hizo un nudo en el estómago. ¿Y si pensaba que era la chica con la que tenía algo y, al descubrir que era yo, le molestaba que le hubiera tocado?

Debió de notar cómo mis manos se tensaban y cómo empezaba a retirarlas, arrepentida de haberlo hecho.

Su reacción fue totalmente inesperada para mí. Alzó ambas manos con rapidez, atrapó las mías y las acarició con suavidad antes de girarse por completo en la silla. Quedó frente a mí, tan cerca que, al hacerlo, nuestras bocas casi llegaron a rozarse.

—Lo siento si te ha molestado que te tocara, lo he hecho sin pensar. No quiero que tengas problemas con tu chica por mi culpa, no volverá a pasar —le dije avergonzada, intentando echarme hacia atrás para separarme de él.

Pero en vez de dejar que me separara, bajó su mano y me agarró por la cintura, haciendo que me quedara encajada entre sus piernas.

Su cercanía, su olor —ese tan varonil que siempre tenía, mezclado con el *whisky* con el que siempre estaba enredando y que siempre me había encantado— hicieron que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo y que volviera a aparecer una sensación que hacía años que no sentía: esas mariposas revoloteando en mi estómago.

Pero ni de lejos lo hacían de la misma manera que lo habían hecho en el pasado con la presencia de su hermano. En esa ocasión era mil veces más intenso. Sentir todo eso en décimas de segundo solo con su toque y su presencia hizo que me asustara muchísimo, porque todas las ideas locas e imposibles que cruzaron mi mente a toda velocidad no podrían pasar jamás.

—Nunca podría molestarme que me tocaras, Bonnie. Es más, me encanta que lo hagas. Antes de hacer algo que me muero por hacer desde hace tantos años que ya ni los recuerdo, te adelanto que no hay ninguna chica en mi vida. —Después de su última palabra, me agarró con la otra mano por la nuca y, sujetándome con firmeza, se lanzó a mis labios para besarme.

Capítulo 15



En un principio me quedé tan paralizada que no pude responderle. Rory, al notar que no le correspondía al beso, aligeró la presión de sus labios para retirarse. Ese fue el momento en el que mi cuerpo reaccionó, porque no quería sentir su ausencia. Subí mi mano hasta su pelo y, después de enredar mis dedos en él, fui yo la que lo besé con hambre.

Si con solo su cercanía las mariposas de mi estómago revoloteaban, con el beso que estábamos compartiendo —que de suave no tenía nada— se volvieron completamente locas.

Con un movimiento lento y casi estudiado, Rory hizo que me sentara de lado en su regazo sin dejar de besarme. La mano que tenía en mi cadera empezó a acariciarme la espalda, mi costado, hasta que llegó a mi pecho, el que acarició por encima de mi ropa, haciendo que mi excitación aumentara como nunca en la vida lo había hecho. Y por el bulto que se clavaba bajo mis muslos supe que Rory estaba igual de excitado que yo.

—Pídeme que pare, Bonnie —me rogó con voz ronca—, porque si sigo acariciándote acabaré sentándote en la mesa y te haré el amor aquí mismo.

Separó sus labios de los míos para pedirme eso y, lejos de querer que parara, mi cuerpo y mi mente me pidieron que le dijera que siguiera, y así lo hice.

—Hazlo, no pares ahora —le pedí, ansiosa por que siguiera tocándome.

Con mi petición ya no hubo más palabras. Giró la silla y retiró con el brazo todos los papeles con miles de fórmulas en los que había estado trabajando hasta que llegué.

Me hizo ponerme de pie y me bajó los pantalones, arrastrando mis braguitas también hasta los tobillos. Aparté la mirada porque no quería ver el gesto que pondría al ver mi prótesis, pero Rory, al notar lo que hacía, agarró mi cara y me miró a los ojos para decirme sin palabras que todo estaba bien. Y yo le creí, porque su mirada fue sincera y llena de cariño.

Antes de sentarme en la mesa, pasó su mano por todo mi centro, de arriba abajo. Sus dedos se empaparon de mi humedad, esa misma que él, con sus caricias, me había provocado. Sus caricias fueron más allá y metió dentro de mí dos de sus dedos. Empezó un ritmo lento, casi tortuoso, que fue aumentando a medida que lo hacían mis jadeos. Era tal el placer que me estaba dando que, dos minutos después, no pude aguantar más y me dejé ir en su mano.

La retiró y la acercó hasta su boca para lamer uno a uno sus dedos, probando mi sabor. Verle hacer eso hizo que mi excitación, que ya estaba alta, se desbordara del todo por lo erótico que me resultó.

—Deliciosa, pero necesito más. —Me agarró por las nalgas y me sentó en la mesa, haciéndome tumbar un poco hacia atrás.

Se lanzó a saborear mi vagina como un sediento lo haría en un oasis en el desierto. Igual que había hecho con sus dedos momentos antes, su lengua me recorrió entera, por fuera y por dentro, sin parar, sin darme un segundo de descanso, hasta que me hizo tener un segundo orgasmo, más intenso que el anterior.

Levantó la cabeza de entre mis piernas y me miró con tal intensidad antes de volver a besarme que mi corazón se saltó al menos dos latidos. Nunca, jamás, ningún hombre me había mirado de aquella manera y eso, lejos de asustarme, me encantó.

Mientras me besaba, mis manos se fueron solas hasta su pantalón y, desabrochándoselo con prisas, conseguí bajárselo, arrastrando su ropa interior de paso. Separó nuestros labios para sacarme con las mismas prisas mi

camiseta por la cabeza y, con un movimiento de muñeca, me desabrochó el sujetador. El deseo que reflejaron sus ojos al ver mis pechos me dijo que lo que veía le gustaba, y mucho.

Rory empezó a succionarme los pezones a la vez que amasaba mis pechos con sus manos, mientras yo, con la mía, le acariciaba el miembro con movimientos firmes de arriba abajo, haciendo un poco de presión para que disfrutara más.

—Para, no quiero acabar en tu mano. Quiero hacerlo dentro de ti, lo necesito, Bonnie —me dijo con la voz tomada por el deseo.

Retiré mi mano y decidí ser un poco atrevida. Subí mi pierna buena y, ayudándome con la mano, saqué mis pantalones y mi braguita. Acerqué el culo al borde de la mesa y me abrí de piernas todo lo que pude para que viera bien mi sexo y supiera que yo también deseaba, tanto como él, que se enterrara en mí.

Al verme así no dudó. Se acercó como un león a su presa y, poniendo la punta de su miembro en mi entrada, se introdujo dentro de mí despacio, saboreando el momento sin dejar de mirarme a los ojos en ningún instante. En esa mirada había deseo y lujuria, pero también amor. La pregunta llegó a mi cabeza con rapidez: ¿desde cuándo sentía eso por mí? Y la respuesta llegó un segundo después, con la misma rapidez: desde siempre. Por eso me dijo aquella vez que estaba ciega, porque yo no había sabido verlo.

Sus movimientos fueron una tortura deliciosa, muy lentos al principio, que fueron aumentando a la vez que lo hacían mis jadeos y sus gruñidos. Sus últimas estocadas, antes de que los dos llegáramos al orgasmo juntos, fueron mucho más rápidas, pero igual de placenteras.

Cuando recuperamos el ritmo de la respiración, tan agitada como los latidos de nuestros corazones, Rory inclinó la cabeza para apoyar su frente en la mía y me susurró en los labios:

—Ahora que sé lo que es tenerte entre mis brazos y lo que se siente haciéndote el amor, no podré vivir sin ello nunca más. Déjame quererte, Bonnie. Déjame enamorarte. Déjame estar a tu lado, déjame…

No le dejé continuar, porque yo también quería todo eso. Me di cuenta en ese momento de que, desde el día que compartimos la charla bajo el árbol, mis sentimientos hacia él habían cambiado y que no solo sentía amistad, sino que me había enamorado de él con el paso de los días.

—Te dejo, con la condición de que tú me dejes hacer a mí lo mismo —le dije, mirándole a los ojos para que viera la verdad en mi mirada.

—Dios, Bonnie, ni te imaginas lo feliz que acabas de hacerme. Llevo esperando que me vieras toda tu vida. —Ahí estaba mi confirmación a la pregunta que me había hecho antes.

—Siento haber tardado en hacerlo y haber estado tan ciega, pero ahora que te veo no quiero perderte de vista nunca más —le dije, dándole un suave beso en los labios.

—Ni de coña me vas a perder de vista, y yo a ti mucho menos —añadió, haciéndonos reír a los dos.

Nos vestimos en silencio, entre besos cortos pero deliciosos, dedicándonos miradas cómplices y caricias que llenaban el alma.

Cuando terminamos, le dije que antes de venir a verle había hablado con Owen y habíamos quedado en que nos veríamos todos después para comentarles algo que llevaba días rondándome la cabeza. Se quedó pensativo unos momentos y me preguntó algo que me dejó descolocada.

—¿Aún sientes algo por él?

Su pregunta vino acompañada de miedo y eso me hizo sonreír por dentro, no porque me riera de sus dudas, sino porque ese miedo supe que era por si no conseguía que le quisiera. Lo que no sabía él es que ya lo hacía.

—Sí, mucho cariño, y lo quiero, pero no de la manera en la que tú estás pensando. Solo es y será un amigo para mí. Nunca, y escúchame bien, nunca podría sentir nada romántico por él otra vez. Eso lo hizo la Bonnie del pasado, y esos sentimientos también murieron ese día en aquel coche.

La sinceridad en mis palabras y en mis ojos —esos que dejé un momento al descubierto, subiéndose las gafas de sol solo unos segundos para que viera la verdad en ellos— le hicieron soltar el aire que estaba conteniendo de golpe y volver a sonreír.

—Yo también tengo una pregunta. ¿Quién es la chica a la que hace unos días le estabas metiendo la lengua hasta la campanilla en el aparcamiento?

Mi pregunta le hizo perder todo el color de la cara. Supuse que era porque no se esperaba que yo le hubiera visto en ese momento tan íntimo con esa mujer misteriosa, de la que los demás tampoco conocían su identidad.

No le dio tiempo a contestar porque la puerta del laboratorio se abrió y por ella aparecieron Owen y una mujer preciosa que, al verme allí, frunció levemente el ceño. La observé unos segundos antes de decir nada, porque no era para menos. Su pelo largo y rubio, que le caía hasta la cintura, brillaba como el trigo bajo el sol; tenía unos ojos azules tan claros que hacían que su rostro pareciera el de un ángel, y de su cuerpo ya ni hablábamos. Solo había una forma de describirlo, una única palabra que se abría paso sin pedir permiso: perfecto.

La oscuridad de mis gafas me daba el privilegio de observar a placer los gestos y reacciones de los demás sin ser del todo vista, y el de Rory, en presencia de aquella mujer, fue tensarse como un palo. Ese gesto, tan automático como revelador, hizo que mi cerebro encajara las piezas al instante. Ese pelo rubio ya lo había visto antes. Eso, unido a la reacción de Rory, me lo dijo todo.

Esa mujer era a la que besaba aquel día en el aparcamiento.

Pero lo peor de todo no fue saber eso, sino ver cómo ella le miraba a él como si fuera suyo. Desde luego, yo al lado de esa mujer no tenía nada que hacer, ni siquiera antes del accidente; ahora, muchísimo menos.

Sonreí con tristeza, sabiendo lo que me esperaba.

Sufrir otra vez.

Capítulo 16



—Hola, soy Lorna. Tú no hace falta que te presentes; solo con mirarte ya sé quién eres. —Sus palabras habrían sonado amables para cualquiera, pero su sonrisa, tan falsa que rozaba lo caricaturesco, y la forma en la que me repasó de arriba abajo me dejaron claro todo lo que necesitaba saber. Esa mujer me odiaba. Ahora solo quedaba averiguar por qué.

—Vaya, no sabía que haberme convertido en la competidora oficial del monstruo del lago Ness me había hecho tan famosa como para que me conocieran en todos sitios —le respondí, y Owen, al oírme decir eso de mí misma, me miró horrorizado.

—Me habían contado muchas cosas de ti, pero no que fueras tan graciosa —añadió con una risita estudiada, de esas que no llegan a los ojos.

—¿Y quién te ha contado tantas cosas de mí? Porque me sacas mucha ventaja respecto a ti, ya que yo no sabía de tu existencia hasta ahora. —Abrió la boca para contestarme, pero Rory se le adelantó.

—Lorna es la prima de Ellen. Trabaja con nosotros desde hace dos años. Ella se encarga de la publicidad, la página web y el etiquetado de nuestras botellas. —Sus palabras hicieron que un regusto amargo me subiera desde el estómago hasta la garganta.

—Comprendo —le contesté con una sonrisa que no llegó a los ojos, pero eso él no lo pudo ver.

Cogí mi muleta, que seguía apoyada en el canto de la mesa, y mi móvil, que había dejado encima cuando me bajé los pantalones, y empecé a caminar hacia la puerta.

—Bonnie, ¿no querías comentarnos algo? —me preguntó Owen, confundido al ver que me marchaba.

—No era nada importante. No quiero molestaros más; estaréis muy ocupados con el nuevo lanzamiento y yo también tengo trabajo pendiente —le contesté, pero su gesto al oírme le delató. No me creyó. Demasiados años de amistad habían hecho que supiera cuándo mentía.

—La verdad es que sí, estamos muy liados; ahora no es momento de distracciones. —La pulla iba claramente dirigida a mí, pero decidí ignorarla—. Las nuevas etiquetas ya están terminadas y solo falta que les deis el visto bueno, chicos.

»Rory, antes de ir a verlas a mi despacho, me gustaría hablar contigo un momento a solas, si es posible —añadió, colocándose a su lado y posando la mano en su brazo con una familiaridad demasiado estudiada para ser casual.

Ese gesto no fue nada inocente; fue uno perfectamente calculado con el que marcó territorio, dejándome claro que había algo entre ellos. Si antes Rory estaba tenso, ahora parecía completamente petrificado. Se hizo a un lado con sutileza, deshaciéndose de la caricia, visiblemente incómodo. Owen, que percibió de inmediato la tensión que se había instalado en el laboratorio, me agarró del brazo y me sacó de allí.

—En unos minutos nos vemos en el despacho de Lorna. Bonnie, quédate, por favor. Me gustaría saber tu opinión sobre el diseño de las etiquetas —la petición de Rory me pilló completamente fuera de juego, pero a Lorna mucho más. Frunció el ceño y apretó los puños con fuerza, dejando a la vista su enfado y su clara disconformidad.

—No creo que ella tenga que opinar de nada que tenga que ver con la destilería. Hace años que no trabaja aquí y, sinceramente, para la mierda de trabajo que hacía, lo mejor que le pudo pasar a la empresa fue que desapareciera. —Sus palabras me golpearon con tal fuerza que sentí cómo se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Ojalá tú hicieras tu trabajo la mitad de bien de lo que ella hace el suyo. Y te recuerdo que aquí las decisiones las tomamos mi hermano y yo. Si queremos saber su opinión es por algo. Si quieres, te puedo sacar los registros de visitas a la página web desde que la cambiaste por completo o las cifras de ventas de todas las botellas desde que eres tú la que diseña las etiquetas.

»A mí no me hace falta mirarlos porque los tengo aquí —dijo Owen, señalándose la cabeza—. Y esos datos son una mierda. Te lo dije en la última reunión. Esto no puede seguir así porque las ventas están cayendo cada vez más, así que si Bonnie quiere y puede ayudarnos, yo personalmente le estaré muy agradecido.

Me quedé pasmada con las palabras tan duras que Owen le dijo a Lorna antes de tirar de mi mano para salir conmigo al pasillo y cerrar la puerta de un portazo a su espalda. Estaba claro que ahí pasaba algo más y que no solo se trataba de trabajo; era algo personal. Eso hasta un ciego podría verlo.

—Owen —le dije tirando de su mano para que dejara de caminar—. ¿Qué acaba de pasar? Te conozco y tu trato hacia ella no es porque estés descontento con su trabajo. Hay algo más, ¿verdad?

—Vamos a tomar un café y te lo cuento todo, pero a cambio me tienes que contar qué tal el polvazo que has echado con mi hermano en el laboratorio. —Sus palabras me hicieron abrir la boca de par en par y ponerme más roja que un tomate, aparte de hacerme resoplar.

Empezó a reírse a carcajadas, haciéndome avergonzarme más de lo que ya estaba porque supiera lo que había pasado en el laboratorio con Rory.

—No te molestes en negarlo, porque no te serviría de nada. Y, por si te estás preguntando cómo lo sé, te lo diré para que no se te pasen ideas raras por la cabeza, como que alguien os haya oído… aunque tampoco habría sido nada extraño.

»Han pasado muchos años, pero que no eras precisamente silenciosa cuando llegabas al orgasmo es una de esas cosas que no se olvidan. —Le miré con horror al oírlo y él se echó a reír todavía más fuerte.

—Eres un capullo —le dije con fingida indignación.

Que pudiéramos bromear así sobre cosas del pasado hizo que una calidez se instalara en mi pecho, porque supe que, pasara lo que pasara, mi amigo había vuelto a mi vida para quedarse.

—Lo soy, pero me quieres igual —me dijo, rodeándome los hombros con un brazo mientras empezábamos a caminar hacia la sala de descanso.

—Sí que lo hago, aunque en estos momentos un poquito menos por avergonzarme. Ahora dime cómo lo has sabido —le exigí, porque estaba muy intrigada.

—Mi hermano tenía toda la mesa descolocada, con los papeles revueltos a un lado; esa es la primera pista. La segunda, muy significativa, por cierto, es que llevaba la bragueta abierta. Y la tercera —y para mí la más evidente—, es que tenías una cara de recién follada cuando he entrado, que te ha delatado por completo.

»Puede que otros no se hubieran dado cuenta, pero yo no soy otros y sé perfectamente cómo es tu cara después de… ya sabes. —*La madre que me parió*, pensé, soltando un resoplido.

—Te gusta mi hermano, y mucho. No me lo niegues, porque he visto cómo le miras. Y cómo te mira él no es algo nuevo; lleva toda la vida haciéndolo. Yo no fui consciente hasta después del accidente, cuando, con calma, pude repasar todo en mi cabeza.

»El día que supimos que Shona murió, en su mirada había dolor, sí, pero no solo por haberla perdido a ella, sino por no verte a ti nunca más. Me encantaría que acabarais juntos. Creo de verdad que estáis hechos el uno para el otro. —Sus palabras sonaron tan sinceras que me hicieron sonreír al saber que esa idea le gustaba tanto como a mí.

—Ni puedo ni quiero negártelo. No sé cómo ha pasado, pero me he enamorado de él, Owen. Creo que él también siente algo por mí, pero cierta rubia nos va a poner las cosas difíciles. Sé que tienen o han tenido algo y no está dispuesta a soltarlo tan fácilmente.

»Ya has visto cómo ha marcado territorio en el laboratorio. No quiero sufrir más —le dije, negando con la cabeza, porque tenía clarísimo que Lorna iba a dar guerra, y mucha.

Antes de seguir hablando, cogimos dos cafés de la máquina que había en la sala de descanso a la que habíamos llegado y nos sentamos en una mesa apartada para estar lejos de oídos indiscretos.

—No han tenido nada serio, solo se han acostado alguna que otra vez. Rory se lo dejó bien claro desde el principio: no quería una relación, ni con ella ni con nadie. Lleva detrás de él desde que llegó y no dejó de intentar seducirle hasta que mi hermano cedió, pero no de la manera que ella esperaba.

»Quiere que le ponga un anillo en el dedo, igual que yo hice con su prima, pero ya te adelanto que eso no va a pasar. El día que mi hermano le ponga un anillo a alguien será a ti… o a nadie.

—¿Qué te pasa con ella? La tensión entre vosotros se puede cortar con un cuchillo —le dije antes de dar un sorbo al café, que por cierto estaba delicioso.

—Esto que te voy a contar no lo sabe nadie. Sé que piensas que Ellen no me ha amado nunca y puede que tengas razón. En estos últimos días he tenido mucho tiempo para pensar y me he dado cuenta de que solo me quería a su lado por el dinero y la posición que le doy, para poder vivir la vida que siempre quiso. Así que agárrate bien para escuchar lo de Lorna, porque creo, sinceramente, que es mil veces peor que Ellen.

Empezó por contarme cómo había llegado Lorna a sus vidas. Era huérfana de padre desde niña y vivía sola en Edimburgo con su madre, que falleció unos meses antes de que decidiera mudarse a casa de sus tíos, los padres de Ellen. Al poco de llegar, insistió mucho en querer trabajar en la empresa. Como Owen llevaba tiempo haciendo su trabajo y el mío, y estaba completamente saturado, decidieron ceder y darle mi antiguo puesto. Hasta ahí, todo parecía lógico y normal.

Lo peor empezó después.

Lorna, al ver la buena vida que llevaba Ellen, sin dar un palo al agua y viviendo a cuerpo de reina, quiso tener exactamente lo mismo. Empezó a perseguir a Rory sin descanso, pero cuando se dio cuenta de que la cosa estaba difícil porque él no cedía, cambió de objetivo e intentó seducir al propio Owen. Él no cayó en la tentación; vio claras sus intenciones desde el principio.

Después de una discusión muy fuerte entre los dos, en la que Owen le dejó claro que debía dejarlo en paz o se lo contaría todo a Ellen —y que, de hacerlo, no solo perdería su trabajo, sino también el sitio en el que vivía—, Lorna volvió a centrarse en Rory para conseguir su objetivo. Y eso era exactamente lo que llevaba intentando, sin éxito, durante los últimos meses.

—Si me pinchan ahora mismo no me sacan ni una gota de sangre. Estoy flipando. ¿Cómo pudo ir detrás de ti? Joder, que eres el marido de su prima. Esta mujer no tiene corazón ni decencia —le dije, muy enfadada.

—No la tiene, no —me respondió con firmeza—. Dentro de ella solo hay ambición y maldad. Le da igual pasar por encima de quien sea con tal de conseguir lo que quiere. Te cuento todo esto, aparte de porque confío en ti, porque quiero que estés preparada.

»Delante de Rory intentará dejarte mal; no se cortará en hacer comentarios despectivos hacia ti o incluso en contarte mil mentiras para que te alejes de mi hermano. No la dejes, Bonnie. Si en algún momento eso pasa y dudas, háblalo primero con Rory antes de sacar conclusiones que puedan llevarte a perderlo.

—Gracias por confiar en mí y contármelo. No me quiero ni imaginar lo mal que lo pasaste. Gracias también por tu consejo; te haré caso, porque sabiendo todo de lo que es capaz, sé que no dejará las cosas estar y hará lo imposible por separarnos.

—Sobra decir que, si las cosas se ponen feas, que se pondrán, estoy seguro, quiero que sepas que estoy aquí para ti y que te ayudaré en lo que haga falta. —Sus palabras me hicieron sonreír, porque me las dijo desde el corazón y supe que era verdad, que estaría ahí para mí en el momento en que le necesitara.

Terminamos el café comentando más en profundidad el tema de Lorna. También le pregunté cómo estaban las cosas con Ellen y me dijo, con mucha tristeza, que estaban totalmente estancadas. Ella seguía con su vida de princesa, sin llamarle y sin querer saber nada de él. Una idea se me cruzó por la cabeza, pero se la comentaría en otro momento; estaba segura de que hablar con Fiona le ayudaría mucho a pasar por ese trance.

—Vamos a ver el desastre de etiquetas que ha hecho Lorna. Estoy seguro de que no nos van a gustar ni a nosotros ni mucho menos a mi padre, que pondrá el grito en el cielo cuando las vea —me dijo lamentándose mientras se ponía en pie.

—Owen, quiero que sepas que a lo que vine hoy es a comentaros que la página web es una mierda —le dije, y él asintió dándome la razón.

Capítulo 17



Al llegar al pasillo de los despachos nos encontramos con Rory y Lorna, que no parecían tener una conversación muy agradable. A ella se la veía furiosa y a él con gesto cansado, como si estuviera hastiado de repetir una y otra vez lo mismo.

Al llegar a su altura, Rory nos dio las gracias con la mirada por haber interrumpido la charla que tenían, pero ella no sé a quién de los dos miró peor, si a Owen o a mí. Nos dedicó una mirada de asco y desprecio que fue digna de enmarcar entre las peores miradas de la historia.

—Acabemos con esto cuanto antes, pero desde ya os digo que no pienso consentir que esta —dijo señalándome con desprecio— meta su fea cara en mi trabajo.

Que hiciera referencia a cómo tenía la cara me jodió mucho y, por primera vez en mucho tiempo, no fui capaz de callarme. Aun así, tuve que frenar con mi mano a Rory, que ya había dado un paso al frente dispuesto a enfrentarse a ella.

—Mi cara, por desgracia, ya era fea antes de que tu queridísima prima me regalara este adorno —dije, señalando mi cicatriz—. No todas tenemos la gran suerte de tener una cara de ángel como la tuya, aunque, al parecer, no va a juego con tu corazón; ese lo tienes de demonio.

Owen tuvo que disimular su risa carraspeando, Lorna soltó un jadeo de indignación y Rory me miró con una mezcla de admiración y orgullo por

cómo me había defendido, dedicándome después una sonrisa tan preciosa que se la devolví sin pensarlo.

—Id pasando, quiero hablar un par de minutos con Bonnie. Ahora nos unimos a vosotros —les pidió Rory, abriendo el despacho de Lorna para ella y para su hermano.

Owen entró primero y se quedó en la puerta sujetándola para que, cuando entrara ella —que lo hizo un par de minutos después, a regañadientes—, poder cerrar y darnos a Rory y a mí la privacidad que necesitábamos.

Nada más quedarnos solos, Rory se acercó a mí de dos zancadas y me agarró de la cintura, pegándome a él, para a continuación darme varios besos cortos en los labios.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente. Quiero decirte muchas cosas, entre ellas todo lo que siento por ti, pero antes de entrar ahí dentro necesito que te quede clara una cosa. Sé que te has dado cuenta de que entre Lorna y yo ha pasado algo; eso también te lo explicaré después.

»Pero lo más importante es que sepas que no habrá nada nunca más entre nosotros, porque aquí y aquí —dijo señalando su cabeza y su corazón— siempre has estado solo tú y, a partir de ahora, ni en mi cama ni en mi vida habrá ninguna otra mujer.

No pude responderle con palabras, pero sí lo hice con un gesto, porque algunas veces demuestran más que mil palabras.

Dejé la muleta apoyada en la pared y levanté mis manos hasta su cuello para abrazarle, pegándome a él todo lo que pude antes de lanzarme a sus labios, volcando todo lo que sentía en mi interior en ese beso. Rory me lo devolvió de la misma manera, demostrándome también el amor que sentía por mí.

—No te asustes, pero si no te lo digo ahora mismo reviento. Te amo, Bonnie, ni te puedes imaginar cuánto —me dijo, mostrando su lado más vulnerable, pensando seguramente que yo no le correspondía.

Verle así hizo que mi corazón se encogiera. Rory siempre había sido muy hermético y no dejaba que nadie viera nunca ese lado suyo, que era todo

dulzura.

—No me asustaré si tú tampoco lo haces, porque yo también te amo. Te has colado en mi corazón sin permiso, pero con fuerza, y eso hace que, por una vez en mucho tiempo, lata por algo más que por inercia. Late desbocado por todo lo que me haces sentir.

Con esas últimas palabras cogí su mano y la puse en mi pecho para que viera que era verdad, porque en esos momentos mi corazón latía a toda velocidad.

—Bonnie… —las palabras se le quedaron atascadas en la garganta por la emoción que sentía, esa que se reflejaba en sus ojos.

Cogió mi mano e hizo lo mismo que yo: me la puso en su pecho y me susurró:

—Vamos al compás.

Esas fueron sus palabras antes de volver a besarme.

Terminamos el beso no porque quisiéramos hacerlo, sino porque los dos sabíamos que después de ese vendrían muchos más y, en esos momentos, teníamos que entrar en el despacho de Lorna para ocuparnos de otras cosas.

—¿Estás lista? Diga lo que diga, pasa de ella. Owen y yo no estamos nada contentos con su trabajo, y no te digo ya mi padre.

—Algo me ha contado Owen mientras tomábamos café. Rory, yo no quiero desprestigiar el trabajo de nadie, pero… —Dejé la frase sin acabar porque no sabía cómo decírselo sin que se lo tomara a mal.

—Habla claro, Bonnie. Dime lo que piensas antes de entrar —me pidió, agarrándome la mano para transmitirme la confianza que me faltaba para seguir hablando.

—Antes se lo he dicho a Owen: la página web que tenéis es un desastre. Para que tenga visitas, tiene que ser atractiva a la vista, llamar la atención y

resaltar lo más importante; debe tener gancho. La vuestra no tiene nada de eso, pasa totalmente desapercibida.

»Y ya puestos, quiero que sepas que he mirado las etiquetas de las botellas de los últimos años y no os representan en absoluto. Vuestro *whisky* tiene alma, el alma que tú le pones al hacerlo, y el etiquetado no está a la altura, Rory.

»Lo siento si te molesta mi opinión, pero es lo que pienso y, sabiendo lo que la destilería significa para vosotros, no podía callarme más. Esa era mi intención hoy al venir aquí: deciros esto y ofreceros mi ayuda, si la queréis.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo y sé que mi padre y Owen piensan lo mismo. Claro que queremos tu ayuda; es más, creo que la necesitamos con urgencia. Este *whisky* que vamos a sacar tiene que venderse bien o nos iremos a la mierda antes de que acabe el año. Las ventas han bajado en este último año de manera preocupante.

Verle tan afectado por el miedo que le causaba no solo perder su trabajo, sino que todo el legado familiar se fuera al garete, hizo que un nudo se me instalara en la garganta.

—Voy a ayudaros todo lo que pueda, Rory. Me dejaré la piel si hace falta. Contad conmigo para todo lo que haga falta. Vamos, cuanto antes empecemos, mejor.

Cogí la muleta y, sin soltarle de la mano, abrí la puerta del despacho.

Cogí aire antes de dar un paso dentro. En ese despacho había compartido tantos momentos con Shona, Owen y Rory que todos vinieron de golpe a mi cabeza. Las risas, las confidencias, las preocupaciones, las largas horas de trabajo y otros cientos de momentos allí vividos hicieron que me abrumara de tal manera que apreté fuerte la mano de Rory sin querer.

Él debió de notar lo que me pasaba y, sin pensárselo, me apretó contra su cadera y me preguntó, susurrándome al oído:

—¿Demasiados recuerdos?

Asentí con la cabeza porque palabras, no fui capaz de pronunciar ni una.

—¿Quieres que vayamos a otro sitio? —me preguntó preocupado.

—No —dije demasiado rápido, y eso le hizo sonreír—. Son todos buenos recuerdos, solo necesito un par de minutos para disfrutarlos en mi cabeza.

Capítulo 18



Una hora después de habernos sentado los cuatro a ver los diseños de las etiquetas seguíamos en el mismo punto muerto. La tensión que se respiraba allí dentro desde que nos sentamos era impresionante. La soberbia y el ego que tenía Lorna eran dignos de estudio; no aceptaba ni un solo consejo ni una sugerencia, vamos, que no aceptaba ni una sola palabra, sobre todo si estas salían de mi boca o de la de Owen.

El cabreo de Owen cada vez que Lorna se negaba a escuchar nada de lo que le decíamos fue en aumento, hasta llegar a un punto en el que Rory tuvo que pedirle que se calmara; incluso yo misma tuve que hacerlo un par de veces.

Rory, en cambio, que siempre había sido el menos impulsivo de los dos, tenía más temple a la hora de hablar, pero con los mismos resultados que su hermano. Cero colaboración por parte de Lorna.

Yo apenas había intervenido; solo lo hice para dar mi opinión y apuntar los fallos que tenía el diseño al principio de la conversación, pero viendo que Lorna, con sus dos siguientes comentarios, lo único que quería, más que sacar el trabajo adelante y solucionar los problemas, era insultarme y dejarme en evidencia delante de Rory —cosa que no consiguió en ningún momento—, decidí observar más que hablar.

La discusión que ambos hermanos estaban teniendo con ella, que no se achantó en ningún momento, llegó incluso al punto de chillarles que no tenían ni idea de diseño y que, si yo no hubiera llegado para querer recuperar mi

puesto a base de artimañas —entre ellas, la de desprestigiar su trabajo—, no habrían dudado ni un segundo de que el diseño de las etiquetas era magnífico. Dicho comentario nos hizo poner a los tres los ojos en blanco, porque la verdad era que aquello era una auténtica mierda, hasta un niño pequeño lo habría hecho mejor.

Las voces debían de estar oyéndose en toda la destilería y alguno de los empleados más antiguos, que tenía buena amistad con Gregory, debió de llamarle, o eso supusimos todos cuando se presentó allí golpeando la puerta contra la pared y entrando furioso.

—Recoge tus cosas y lárgate —le dijo a Lorna, cruzándose de brazos delante de la mesa del despacho.

—¿Qué? ¿No estarás hablando en serio? Llevo aquí dos años dejándome la piel y trabajando sin descanso y ahora que ha vuelto la pobre lisiada, queréis echarme para devolverle el puesto que tenía hace cinco años.

—¡No vuelvas a llamarla así! —le chilló Owen, dando un golpe en la mesa. Su paciencia estaba tan al límite que, si no hubiera sido una mujer, estaba segura de que le habría dado un puñetazo.

—Owen, tranquilo. —Le agarré de la mano, apretándosela para que se calmara—. No hace daño quien quiere, sino quien puede. Y ella no puede, al menos conmigo, que estoy curada de espanto.

—Ya has oído a mi padre. Recoge tus cosas y lárgate de aquí. Te mandaremos tu liquidación y el cese de tu contrato —le dijo Rory con esa voz ronca que tenía, esa a la que no le hacía falta alzar para intimidar o imponer.

—No debería darte explicaciones, pero por esta vez voy a hacerlo para que te quede muy claro que tu despido no tiene absolutamente nada que ver con la aparición de Bonnie.

»En primer lugar, la página web funcionaba y estaba bien cuando tú llegaste, pero te empeñaste en cambiarla por completo incluso después de decirte, en más de una ocasión, que no nos gustaba.

»En segundo lugar, todas y cada una de las etiquetas que has diseñado no están a la altura de nuestros whiskies ni representan lo que somos. En la última te indiqué claramente qué quería que modificaras y, aun así, imponiendo tu

soberbia una vez más, no lo hiciste, echando la culpa a la imprenta y asegurando que se habían equivocado al usar una versión sin retocar.

»Todo para salirte con la tuya y hacer lo que te daba la gana. Pero eso se acaba hoy.

Oírle contar todo aquello me dejó alucinada. *¿Cómo podía ser así una persona y hasta dónde podía llegar para salirse con la suya?*, me pregunté.

—Y tercero, y para mí lo más importante, estoy hasta los cojones de verte pasearte por aquí como si te creyeras la dueña y levantar la voz a mis hijos, entre los que incluyo a Bonnie porque así la siento. Eso sí que no te lo voy a consentir ni a ti ni a nadie.

»Así que solo te lo voy a decir una vez más: recoge tus cosas y lárgate de aquí de una puta vez. Y cuidadito con hacer nada que pueda perjudicar a alguno de los míos, porque entonces vas a conocer mi peor cara. ¿He sido claro o quieres que te lo repita?

Rory, Owen y yo nos miramos pasmados y, por la mirada que compartimos los tres, supe que pensaban exactamente lo mismo que yo. Jamás, en mis treinta años, había visto a Gregory en ese estado de enfado, ni tampoco le había oído decir una palabrota. Era el hombre con más temple y saber estar que conocía, y verlo así nos demostró hasta qué punto Lorna había agotado su paciencia. Algo que nadie había conseguido nunca.

Las palabras tan contundentes de Gregory hicieron su trabajo. Lorna no dijo nada más. Recogió su bolso y el móvil y, con la cabeza alta y la mirada cargada de odio, pasó por delante de todos sin dignarse a decir una sola palabra. Estaba segura de que lo que acababa de pasar tendría consecuencias. No era una mujer que se quedara con el golpe, y aquel había sido muy grande para su orgullo. Buscaría venganza, fuera como fuera, y los cuatro estábamos en su punto de mira. Solo quedaba esperar para ver de qué forma lo haría.

—Joder, papá, nunca te había visto ni oído hablar así a nadie —le dijo Owen, dándole una palmada en la espalda para que supiera lo orgulloso que estaba de él por habernos defendido de esa manera.

—Demasiado he aguantado —respondió Gregory con firmeza—. Esa mujer no me ha gustado nunca. Solo vino aquí para intentar enredar a alguno de los dos, sin contar que su trabajo ha sido pésimo durante todos estos años.

»Si no la he echado antes ha sido por Ellen, pero a la vista de los acontecimientos, lo mejor es que las dos estén bien lejos de vosotros, de la destilería y, sobre todo, de Bonnie.

Leches con Gregory. No era un hombre de muchas palabras, pero cuando hablaba lo hacía con conocimiento de causa. Y por lo que acababa de insinuar, parecía saber mucho más de lo que había dejado ver hasta ahora, incluso que Lorna también había intentado algo con Owen.

—Bonnie, ¿podrás echarnos una mano con la página web y el etiquetado? Sé que tienes tu propio trabajo y que esto quizá te suponga un esfuerzo extra, pero si pudieras al menos darnos unas pautas, entre los tres intentaremos arreglar lo que podamos.

»Estamos muy pillados de tiempo para buscar, a la carrera, a otra persona que sustituya a Lorna. —Su petición, a la que ni quería ni podía negarme, me hizo una ilusión enorme. No solo por lo que me pedía, sino por la confianza que Gregory estaba depositando en mí.

—Podéis quedaros tranquilos —respondí con una seguridad que me sorprendió incluso a mí—. Hace días que tengo las ideas rondándome la cabeza. En dos días, como mucho, tendré todo listo y, si os gusta y me dais luz verde, haré todos los cambios que creo que necesitan tanto la página como las nuevas etiquetas.

—¿En dos días? Vaya… eso sería fantástico —me dijo Owen, ilusionado.

—Cualquier cosa que necesites, solo pídelo, ¿vale? —me dijo Rory, agarrándome por la cintura antes de darme un suave beso en los labios.

No me esperaba que hiciera eso delante de su padre y me puse roja hasta la raíz del pelo.

—¿Estáis juntos? —nos preguntó Gregory, emocionado.

Verle así me dio la paz que necesitaba. No es que necesitáramos su aprobación, pero siempre está bien saber que le gustas como pareja a los padres del hombre con el que quieres compartir tu vida.

—Lo estamos —le contestó Rory con seguridad.

—Ya era hora, hijo. Llevo desde que eras un crío esperando que dieras un paso al frente. Los últimos años llegué a perder la esperanza, pero el día que Bonnie se bajó del coche y vi tu mirada, esa esperanza volvió con más fuerza.

»Anda que no hemos rezado Isobel, Freya y yo para que esto por fin pasara. Y tú, Bonnie, ya era hora de que dejaras de estar tan ciega y te dieras cuenta de una vez de quién debía ocupar tu corazón.

Los tres nos quedamos mirándole con la boca abierta, sin poder articular palabra. Joder, mira que dicen que sabe más el diablo por viejo que por diablo y, en esta ocasión, así había sido. Gregory, Isobel y mi madre lo habían visto todo antes que nosotros.

—Me voy a casa, tengo que revisar unos papeles que he dejado a medias. Cualquier cosa que necesitéis, decídmelo. Y Bonnie, bienvenida a la familia… bueno, siempre lo has sido, pero ahora te la doy como nuera —me dijo, dándome un beso en la mejilla antes de salir del despacho.

—Bien, tortolitos. No sé vosotros, pero yo necesito un trago antes de seguir trabajando. Creo que los acontecimientos de hoy se merecen un brindis.

Owen sacó una botella de *whisky* de un armario que estaba en la pared del despacho y tres vasos. Sirvió unos tres dedos del delicioso líquido ámbar y nos pasó un vaso a cada uno. Los tres chocamos los vasos y, antes de beber, cada uno dijo una cosa. Owen brindó por nosotros, Rory por el futuro y yo por los Fraser.

Minutos más tarde y después de hablar un poco de todo lo que había pasado, me despedí de ellos y me fui a casa. Por el momento, prefería trabajar desde mi sitio seguro, aunque ambos hermanos me ofrecieron quedarme en el despacho para trabajar tanto en lo mío como en lo suyo, pero rechacé la oferta. Aún no estaba preparada para volver a sentarme en ese sillón y así se lo hice saber.

Antes de irme y ya en la puerta de la destilería, Rory me pidió que esa noche fuera a cenar a la casa grande y no me pude negar, aunque después de besarme, me dijo que no pensaba dejarme volver a casa tras la cena, que sería la primera de muchas noches en las que dormiría en su cama.

Capítulo 19



Por una vez en mucho tiempo, quizá demasiado, dejé mi ropa deportiva en el armario y me puse algo más formal para ir a cenar a casa de los Fraser. No porque las cenas en su casa fueran así —en el pasado incluso alguna que otra vez habíamos cenado hasta en pijama—, sino porque ese día me apetecía arreglarme un poco, sentirme diferente, mirarme al espejo y reconocerme aunque solo fuera un poco.

Saqué del armario unos pantalones anchos de color negro que mi madre me había regalado la última Navidad y que aún no había tenido ocasión de estrenar. Moví un poco más las perchas hasta que encontré la blusa de tirantes color turquesa que estaba buscando. Otro regalo que tampoco había estrenado, aunque ese vino en Navidad de parte de Isobel. Me gustó pensar que, de algún modo, ellas también estaban presentes en esa elección.

Zapatos de tacón no podía usar, como podéis suponer, y por una parte era un alivio. Siempre llevaba deportivas especiales que se podían encajar a la perfección en mi prótesis; un par de los muchos que tenía en color negro fue el que me puse. No eran muy elegantes, pero cuando tienes lo que yo tenía, la elegancia se quedaba en segundo plano y la comodidad se volvía una prioridad incuestionable.

También hacía cinco años que no me maquillaba y esa fue otra de las cosas que decidí cambiar ese día. Como yo no tenía nada de maquillaje, ni siquiera una triste barra de labios, fui al baño que utilizaba mi madre y tomé prestado su rímel y una barra de labios en rosa clarito. En el pasado no me ponía nada

más y ese día tampoco iba a ser la excepción. No necesitaba disfrazarme, solo recordar que, pese a todo, seguía siendo yo.

Miré el reloj en mi muñeca y vi que ya era hora de partir hacia la casa grande. Mi madre seguramente ya tendría, con la ayuda de Isobel, la cena preparada y no quería hacerles esperar. Además, estaba ansiosa por decirles a los Fraser que ya tenía lista la etiqueta para el nuevo *whisky*. Había pasado toda la tarde trabajando en el diseño y estaba muy contenta con el resultado; solo esperaba que a ellos les gustara tanto como a mí.

Salí de casa y caminé despacio hasta la casa grande. A esas horas de la tarde, casi noche, el sol ya se había escondido y todo el terreno estaba iluminado por las luces que rodeaban la propiedad. El paisaje, acompañado por el silencio —ese que, en lugar de parecer abrumador, a mí me regalaba paz —, era digno de una postal, de esas que venden en las tiendas para turistas que visitan las Tierras Altas.

Recorrí todo el lugar con la mirada y la sonrisa me salió sola. Ese campo verde que se extendía ante mí, que parecía no tener fin y que tantas veces había recorrido corriendo, siempre acompañada por alguno de los hermanos. Ese campo impregnado de ese olor amaderado y único del *whisky*. Ese campo que me devolvía tantos recuerdos, todos buenos. Ese campo era parte de mí, de mi historia; era mi hogar. Un hogar del que no quería volver a marcharme nunca.

Entré por la puerta de la cocina como tantas veces había hecho en el pasado. Antes incluso de girar el pomo, los recuerdos de la última vez que crucé ese umbral llegaron de golpe a mi cabeza. Ese día… ese maldito día fue la última vez que entré por esa puerta. Y ahora estaba allí otra vez, atravesándola de nuevo. Parecía la misma —y en realidad lo era—, pero la que no era la misma era yo. Tampoco lo era lo que me esperaba dentro, porque sí, estarían en esa casa los mismos de aquella noche, con una única y dolorosa excepción: la de mi Shona.

Aunque no estaría ausente del todo, porque todos los que nos reuniríamos alrededor de la mesa nos encargaríamos de que ella estuviera presente, recordándola de una manera u otra, como se había vuelto habitual cada vez que nos juntábamos. Comentaríamos alguna de sus trastadas de niña, esas en las que siempre nos arrastraba a su mellizo y a mí, y contaríamos mil y una

anécdotas de su vida que nos harían reír y emocionarnos a partes iguales. Pero, sobre todo, hablaríamos de lo contenta que estaría de vernos allí a todos juntos.

Para Shona, la vida familiar y que permaneciéramos unidos siempre fue muy importante, y su padre estaba convencido —porque ella se lo había dicho en muchas ocasiones— de que, allá donde estuviera, habría estado muy disgustada por esos cinco años de separación que habíamos vivido sus hermanos y yo.

Me acerqué a la puerta y, antes de entrar, cogí aire, llenando mis pulmones todo lo posible para soltarlo de golpe segundos después. Entré y me encontré la misma escena que cinco años atrás: allí estaban mi madre e Isobel dando los últimos toques a la cena. Al oírme entrar, las dos levantaron la cabeza y me miraron con ternura y mucho amor.

—Bonnie, hija, qué guapa vas —me dijo mi madre nada más verme. Dejó la cuchara de madera en la olla en la que estaba removiendo —seguramente un guiso exquisito, por el olor que desprendía— y se acercó para darme un beso.

—La que es guapa, hasta un saco le queda bien —añadió Isobel, que estaba decorando una tarta con arándanos que podría apostar, sin perder, a que sería el postre de esa noche.

Esas dos frases hicieron que tuviera un *déjà vu*. Eran exactamente las mismas palabras con las que me saludaron cinco años atrás, cuando entré aquella noche para buscar a Shona, que, como siempre, estaba en su habitación probándose mil prendas sin decidirse por ninguna.

Me quedé ausente durante unos segundos, recordando el resto de la conversación de aquella noche, que, sorprendentemente, conservaba en la memoria palabra por palabra. Recordé cómo les pregunté si ellas no salían, y cómo me contestaron que les tocaba noche de cine. Cómo mi madre soñaba despierta diciendo que tenía ganas de ser abuela y cómo yo le respondí, medio en broma, que por edad eso le correspondía a Rory, que él debería ser el primero.

Recordé su aparición sigilosa en la cocina, preguntando de qué tenía que ser el primero. Cómo Isobel le contestó que de ser padre y la respuesta tan

seria que nos dio a continuación:

—*Entonces ahí sentadas estáis bien, porque si no, de pie os vais a cansar de esperar a que eso pase.*

Esas fueron las palabras exactas que utilizó, consiguiendo que las tres pusiéramos los ojos en blanco al mismo tiempo.

—Bonnie, ¿dónde te has ido, hija? Te has quedado ausente —me preguntó mi madre, preocupada.

Sacudí la cabeza, volviendo al presente al oírla llamarme, y antes de contestarle le sonreí para tranquilizarla, para que viera que estaba bien.

—Estaba recordando la última conversación que tuvimos en esta cocina cuando entré aquel día —les expliqué.

Las dos se quedaron pensativas unos segundos, rebuscando en sus recuerdos, y cuando dieron con ellos sonrieron al mismo tiempo.

Ambas abrieron la boca para contestarme, pero no les dio tiempo, porque alguien que estaba apoyado en la puerta de la cocina, con los brazos cruzados y quién sabía desde cuándo escuchándolo todo, se adelantó y habló primero.

—Ahora sí que quiero ser el primero en cumplir ese deseo que tenía Freya aquel día, pero solo si es contigo.

Lo dijo mientras se acercaba hasta mí y me dejaba un beso suave en los labios, de esos que no hacen ruido, pero lo dicen todo.

Sus palabras y su gesto dejaron a mi madre e Isobel completamente pasmadas. Y no era para menos: todavía no sabían que estábamos juntos. Teníamos intención de contárselo esa misma noche.

—¿Pero esto cuándo ha pasado? —nos preguntó mi madre, emocionadísima.

—Oficialmente desde esta mañana —respondió Rory sin dudar—. Extraoficialmente, puedo decirte que llevo toda la vida queriéndola.

Lo dijo sonriendo, mientras me rodeaba la cintura y me apretaba contra él, como si no pensara soltarme nunca más.

—Verás tu padre cuando se entere, con las ganas que tenía de que esto pasara —dijo Isobel, dando un pequeño salto, igual de emocionada que mi madre.

—Ya lo sé, y no podría estar más feliz —intervino Gregory, apareciendo por la puerta de la cocina acompañado de Owen.

—Shona estaría alucinando si os viera juntos, aunque puede que no tanto. Días antes de partir me dijo que yo no era el hombre destinado para Bonnie. Creo que ella ya se había dado cuenta de cómo Rory la miraba y que solo era cuestión de tiempo que ella lo viera a él —añadió Owen.

Saber que mi amiga había visto mucho más de lo que yo fui capaz de ver en su momento me hizo sonreír. Siempre fue la más espabilada; lo cazaba todo al vuelo.

—Seguro que estará sonriendo y celebrando que estéis juntos, allá donde esté —dijo Isobel.

Sus palabras nos hicieron sonreír a todos, imaginándola feliz, como si de algún modo estuviera allí con nosotros.

—Pues espero que, cuando se entere de lo que tengo que deciros, lo celebre también —añadió Gregory, muy serio de repente.

Los tres nos miramos expectantes, intentando adivinar qué era eso que tenía que contarnos. Cuando giré la cabeza hacia Isobel y vi la sonrisa cómplice que se le dibujaba en la cara, supe que ella ya lo sabía. En cambio, al mirar a mi madre, la encontré pálida, con la mirada cargada de un miedo que me encogió el estómago.

—¿Qué ocurre, papá? —se atrevió a preguntar Owen.

Gregory no respondió con palabras. En lugar de eso, hizo algo que nos dejó a los tres con la boca abierta, tan abierta que se nos podría haber visto hasta la campanilla.

Se acercó a mi madre, la agarró por la cintura y, pegándola a él sin darle tiempo a reaccionar, le plantó un beso de los que solo se ven en las películas.

—Esto ocurre —dijo al separarse de ella—. Y espero que os parezca bien, porque estoy harto de esconderme como si fuera un adolescente al que van a regañar sus padres.

Aunque se lo dijo a Owen, su mirada y sus palabras iban dirigidas a los tres.

Capítulo 20



Después del *shock* inicial, Rory, Owen y yo nos miramos y nos sonreímos. En sus miradas vi la misma alegría que yo sentía porque nuestros padres estuvieran juntos. Puede que en otros casos esto hubiera sido como si los dos estuvieran traicionando, en este caso, a la madre de ellos, que era la mejor amiga de mi madre. Pero a nosotros no nos pareció eso ni mucho menos. Mi madre llevaba sola desde antes de mi nacimiento, cuando mi padre salió huyendo como un cobarde, y Gregory llevaba también solo más o menos el mismo tiempo, porque su mujer había muerto al nacer los mellizos.

—Ahora soy yo la que te lo pregunto. ¿Esto cuándo ha pasado? —le dije a mi madre, sonriéndole para darle la confianza que necesitaba para que se le pasara la cara de susto que tenía.

—Desde hace diez años —contestó con un hilillo de voz, pero con el silencio que se había instalado en la cocina, todos la oímos perfectamente.

—¡¿Qué?! ¿¿Diez años?? ¿Pero cómo no nos habéis dicho nada antes? —Owen se adelantó a mi pregunta y creo que a la de Rory también, porque tenía la boca abierta para hablar, pero la cerró al oír a su hermano.

—Cuando empezamos, erais aún muy jóvenes y temimos que no lo entendierais. El tiempo fue pasando y nos acostumbramos a vivir nuestro amor escondidos. Cuando por fin nos pareció que ya erais lo suficientemente mayores para entenderlo y nos decidimos a contároslo, pasó lo que pasó y lo dejamos para más adelante, cuando las cosas se arreglaran.

»Ninguno de los dos nos imaginamos que tendrían que pasar otros cinco años para ello. Por eso no queremos demorarlo ni un día más; creo que ya hemos esperado bastante para decirlo y para poder vivir nuestra vida sin miedos, sin pensar en el qué dirán y sin pasar un día o una noche más separados.

La explicación de Gregory me dejó un regusto amargo en la boca solo de pensar en lo mal que lo tenían que haber pasado, escondiendo un amor que, por lo que parecía, era puro y sincero. Un amor que se había cocido a fuego lento durante años y que deberían haber disfrutado sin miedos ni límites desde el principio. Pero, como los buenos padres que eran, primero habían pensado en nosotros y no en sus sentimientos, dejándolos en segundo plano.

—Bonnie, puedes venir a vivir aquí si quieres o quedarte en la casita pequeña; eso será decisión tuya. Pero tu madre no se va de aquí ni un solo día, y mucho menos va a pasar una noche más fuera —me dijo, provocando que mi madre se ruborizara hasta la raíz del pelo.

—Prefiero quedarme allí, si no os importa —le contesté, dándole las gracias con la mirada por darme las dos opciones.

—Buena elección, porque yo tampoco pienso pasar una sola noche sin ti y allí tendremos la libertad y la intimidad que necesitamos sin que nadie nos oiga. —Las palabras de Rory me hicieron soltar un jadeo y a su hermano una carcajada.

—Ya sabe que eres una chillona y eso que en el laboratorio no has levantado mucho la voz; verás cuando te oiga de verdad —me dijo Owen al oído para que solo le oyera yo.

—Cállate —le dije entre dientes, y eso le hizo reírse más al muy capullo.

En ese momento llamaron al timbre y todos, menos Gregory y yo, se sorprendieron de que viniera alguien a esas horas. Había querido guardar el secreto hasta el final, aunque a él, como dueño de la casa, sí le había preguntado si podía invitar a una amiga a cenar. Me contestó con una sonrisa cómplice y un «por supuesto» que decía mucho más de lo que parecía. Fiona le caía fenomenal y, por el guiño que me dedicó justo cuando sonó el timbre,

creo que compartía conmigo la misma esperanza de que ella y Owen congeniaran.

No os he hablado todavía de la que empezó siendo mi psicóloga y acabó convirtiéndose en mi amiga. Cuando desperté del coma, Gregory y mi madre contrataron a alguien del consultorio en el que ella trabajaba y, por una de esas casualidades que parecen escritas a propósito, fue Fiona a quien le asignaron mi caso. Cada día que pasaba daba gracias al cielo por ello, porque sin ella y sin su ayuda no estaría hoy aquí.

Fiona me sacaba solo cinco años. No había tenido una vida fácil: era huérfana desde niña y se había criado en un orfanato hasta cumplir los dieciocho. Al salir de allí, trabajó sin descanso para poder pagarse los estudios y, como la mujer fuerte, tenaz y perseverante que era, lo consiguió. Durante los primeros años trabajó en el consultorio que os he mencionado, pero desde hacía un año y medio había abierto su propia consulta de psicología y le iba realmente bien; tenía la agenda casi siempre completa.

A mí seguía dándome sesiones cuando las necesitaba o cuando ella consideraba que podían ayudarme, pero desde que se puso por su cuenta se negó en redondo a que le pagara, por mucho que yo insistiera. Decía que a las amigas se las escucha gratis, que yo era una de ellas y que no pensaba volver a aceptar mi dinero, aunque insistiera hasta el aburrimiento.

—¿Quién vendrá a estas horas? —preguntó en alto mi madre.

—Lo mismo es tu mujer —le dijo Isobel a Owen, al que se le oscureció la mirada porque no le hizo ninguna gracia que eso pudiera ser verdad.

—Ellen sigue teniendo llaves —añadió Gregory, torciendo el morro, dejándonos claro que no le gustaba lo más mínimo que eso fuera así.

Mientras ellos hablaban, todos habíamos ido saliendo uno por uno y nos habíamos acercado a la puerta principal. Rory se adelantó dos pasos y abrió la puerta. Fiona, con todo el poderío que tenía, entró como si de una reina se tratara y se plantó delante de todos, sonriendo.

—¿Y tú quién eres? —le dijo Rory, frunciendo el ceño.

—¿Y tú? No me lo digas, déjame adivinarlo. —Le hizo un gesto con la mano para que no le contestara—. Por tu gesto serio, esos ojos negros intimidantes y ese brillo de enamorado que desprendes, eres el amor de mi chica.

Las palabras de Fiona dejaron a Rory pasmado, que se dio la vuelta para buscar respuestas en alguno de nosotros. Owen soltó una carcajada y se adelantó hacia Fiona para ofrecerle su mano.

—No sé quién eres, pero si con dos frases has dejado a mi hermano sin palabras, cosa que nadie había conseguido nunca, ya tienes mi admiración de por vida. Soy Owen, por cierto.

—Fiona —le contestó estrechándole la mano—. Y espero tener más que tu admiración, como tus manos recorriendo mi cuerpo, por ejemplo —añadió sin soltarle la mano, guiñándole un ojo.

—¡Leches, Bonnie! Ya me podías haber dicho que el yogurín estaba tan bueno. Habría venido antes a verte para alegrarme la vista de paso. —Sus palabras hicieron que esa vez fuera Owen el que me mirara con la boca abierta y Rory el que soltara una carcajada.

—Si esto es una encerrona y pretendes unirles, cuenta con mi apoyo. Esta mujer es la ideal para mi hermano. —Rory me susurró eso al oído, riéndose bajito. No le contesté; solo le miré a los ojos y asentí sonriendo para que viera que esa era mi intención.

—Fiona, no asustes a mi chico —le dijo Gregory, acercándose a darle un abrazo.

Tanto mi madre como Isobel y Gregory le tenían mucho cariño a Fiona, no solo por lo mucho que me había ayudado, sino porque ella se hacía querer. Su carácter tan descarado y abierto te envolvía de tal manera que se ganaba a la gente con cuatro palabras.

—Fiona, qué sorpresa, ya era hora de que vinieras —le dijo mi madre, abrazándola cuando Gregory la soltó.

Cuando mi madre se retiró hacia atrás, Gregory la agarró de la mano y automáticamente la mirada de Fiona se clavó en sus manos unidas y soltó una risita.

—¿Ya lo habéis hecho oficial? —les preguntó a los dos, dando saltitos de alegría.

—¿Tú lo sabías? —le pregunté extrañada.

—No por su boca, desde luego, pero las miradas que se dedicaban el uno al otro lo decían todo. Sabes que observar es parte de mi trabajo; me di cuenta al poco de que salieras del coma —su respuesta me dejó completamente descolocada.

A ver si iba a ser verdad y Rory tenía razón y yo llevaba ciega toda mi vida. No había sabido ver lo de Ellen y Owen, ni lo que Rory sentía por mí, ni tampoco lo que había entre mi madre y Gregory. Todo había estado ahí, delante de mis narices, y yo no me había enterado de nada.

—Debe ser verdad que soy una cegata, porque no me entero de nada —le dije a mi chico, lamentándome.

—Pero una cegata preciosa, que me vuelve loco. Esta noche ya te demostraré cuánto —me contestó, dándome un beso en el cuello y haciéndome estremecer.

—Vamos a cenar, la mesa ya está puesta y la comida calentita —dijo Isobel, y con esas palabras empezó a caminar hacia la cocina.

Cenaríamos en la cocina, en la mesa enorme que había allí y donde más nos gustaba a todos hacerlo. La casa tenía otra en el salón, pero, quitando en Navidad o en alguna celebración especial, no solía usarse.

Capítulo 21



Nos sentamos alrededor de la mesa. Como era de esperar, Fiona se sentó al lado de Owen. El resto nos miramos unos a otros y, con complicidad y sin palabras, nos dijimos que ese era el principio de algo entre los dos. Hasta yo lo había visto, y eso que me costaba ver esas cosas. La tensión que se había creado entre ellos y, sobre todo, el brillo que tenía Owen en la mirada —ese que llevaba mucho tiempo apagado— presagiaban que de ese encuentro iba a salir algo muy bueno.

—Qué bien huele. Como sepa igual de rico, me plantearé mudarme aquí. Estoy harta de los precocinados o de comer en el bar que está al lado de la consulta —dijo Fiona riéndose.

Fiona tenía muchas cosas buenas, pero la cocina no estaba entre sus talentos. Sobrevivía a base de precocinados, comida a domicilio y, cuando yo vivía en Inverness, de los táperes que se llevaba de la casa de mi abuela.

Esa noche mi madre había hecho su plato estrella, *haggis*, y estaba segura de que, como cada vez que lo preparaba, todos acabaríamos rebañando el plato. Le quedaba de muerte. Para acompañar, también había preparado *neeps and tatties*, el típico puré de nabos y patatas que estaba para chuparse los dedos. Para beber, Gregory había traído a la mesa dos botellas de vino, aunque también había agua y refrescos.

Todos nos servimos raciones abundantes de las dos cosas y dejamos que fuera Fiona la que diera el primer bocado para ver su reacción. Nada más

llevárselo a la boca, cerró los ojos y, tras degustarlo y saborearlo unos segundos, la oímos jadear.

Todos nos echamos a reír. Bueno, todos no, porque Owen, al oírla hacer ese ruido, se removió incómodo en la silla y desvió la mirada. Los demás quizá no supieran qué le pasaba, pero yo sí. Se le acababa de despertar cierta zona que quedaba oculta bajo la mesa por el sonido de placer de mi amiga.

—Tú sabes que soy una gritona cuando ya sabes… —le susurré para que solo él pudiera oírme—, pero te recuerdo que yo también sé qué cara pones cuando cierta zona de tu cuerpo tiene ganas de fiesta.

—Joder, Bonnie, no sé qué me pasa con esta mujer —me respondió también en un susurro, con tono lastimero.

—No creo que haga falta que te lo explique, ¿o sí? —le contesté, apretando los labios para no reírme.

—Puff… que estoy casado —añadió con pesar.

—Esperemos que eso sea por poco tiempo —le dije.

Al oírme, su mirada se tornó triste. No por perder a Ellen, sino por sentirse un tonto por haberse dejado engañar por la mujer de la que se enamoró. En nuestras últimas conversaciones, repasando toda su relación con ella, por fin había abierto los ojos y se había dado cuenta de que nunca le había querido.

—¿Vuelves esta noche a Inverness, Fiona? —le preguntó mi madre.

Dimos por zanjada la conversación porque Owen volvió la cabeza hacia ella, muy interesado en su respuesta.

—No. Cuando Bonnie me invitó a venir insistió mucho en que me quedara todo el fin de semana y acepté encantada. Tengo ganas de ver el paisaje de este lugar con la luz del sol y también la destilería. Nunca he visto ninguna y tengo mucha curiosidad. Me dijo que Gregory estaba de acuerdo en que me quedara estas dos noches aquí —le contestó a mi madre, muy ilusionada.

—Si quieres, mañana yo te llevaré a la destilería y te haré un recorrido completo —se ofreció Owen.

—Acepto eso y mucho más, si tú quieres —le contestó guiñándole un ojo.

—Espero que esas palabras no sean solo eso, palabras, porque antes de que te vayas el domingo vas a comprobar que sí quiero ese mucho más.

Toma ya. Ese sí era el Owen que yo conocía, directo y descarado.

La cena continuó con un buen rollo increíble por parte de todos. Hablamos de todo: de Shona, de la destilería… También les enseñé una foto en el móvil del diseño de la etiqueta que había hecho. Gregory y los chicos hasta me hicieron una reverencia por lo mucho que les gustó. Fiona también nos contó cosas de su trabajo y de su solitaria vida en Inverness.

El tiempo, cuando estás a gusto, se pasa volando y casi sin darnos cuenta terminamos de cenar. Isobel sacó la tarta de la nevera, esa que estaba decorando cuando yo llegué. Nos gustó tanto que hasta repetimos un trozo pequeño.

Pero como todo lo bueno se acaba pronto —o eso dicen—, en esa ocasión no fue porque se hiciera tarde, sino porque, en pleno postre, oímos cómo alguien entraba por la puerta principal y la cerraba de un portazo. Se acercaba con pasos rápidos, haciendo sonar sus tacones en el suelo camino de la cocina.

Solo podía ser una persona.

El silencio se instaló en la cocina momentos antes de que Ellen hiciera su aparición por la puerta.

—Vaya, vaya… cuánta gente hay en esta cocina —dijo con retintín nada más entrar—. Owen, querido, qué mal por tu parte no decirme que estabais de reunión —añadió, mirándole con inquina.

—¿A qué has venido, Ellen? —le preguntó él, con cansancio en la voz.

—A quedarme. Creo que ya te he dado suficiente tiempo para que te retractes de tus palabras y me pidas perdón. Esta también es mi casa y no

tengo por qué estar fuera más tiempo. Así que déjate de fiestecitas y ayúdame a sacar mis cosas del coche para subirlas a nuestra habitación.

La carcajada de Gregory nos pilló a todos por sorpresa y volvimos la cabeza para mirarle, a ver por dónde iba a salir.

—¿Tu casa? —preguntó poniéndose en pie—. Esta no es tu casa y nunca lo será. Estás peor de lo que creía si piensas eso. Deberías mirártelo, porque lo tuyo es preocupante.

»Después de lo que hiciste y de llevar cuatro años engañando a mi hijo, haciéndole creer que le querías solo para ser una mantenida que vive a cuerpo de reina, todavía tienes la poca vergüenza de venir a mi casa —hizo énfasis en esas dos palabras— exigiendo que te pida perdón, cuando deberías ser tú la que, de rodillas, nos lo pidiera a todos.

»Y para colmo no pides, exiges que te ayude. Mira, Ellen, será mejor que te marches y no me hagas perder la poca paciencia que me queda.

Sus últimas palabras fueron en un tono tan enfadado que hasta a mí me dieron miedo.

—¡Owen! ¡Di algo! ¿Vas a dejar que hable así? —chilló ella.

Al oírla gritar, me tensé de inmediato. Los recuerdos de aquella noche acudieron a mi cabeza.

Rory se dio cuenta enseguida de mi cambio y me agarró por los hombros para intentar calmarme con su cercanía. Ese gesto no pasó desapercibido para Ellen, que nos miró de una manera que no me gustó nada.

—Mira la mosquita muerta —dijo echándose a reír como una loca—. ¿Ahora te estás tirando al otro hermano? ¿Qué será lo próximo, acostarte también con el padre?

»Luego dicen que yo soy ambiciosa… pues anda que la cojita se lo ha montado mal. Va a pasar por todas las camas hasta que enganche a uno de los tres —añadió mirándome con asco.

Rory hizo el amago de levantarse, pero le frené con la mano. Su cara y sus ojos destilaban furia, pero esa vez fui yo quien debía contestarle.

—No te confundas, Ellen. No todas las mujeres somos como tú, capaces de estar con un hombre al que no quieren por su dinero. Eso tiene un nombre, ¿sabes?

—¿Me estás llamando puta? —me preguntó acercándose a la mesa, apretando los dientes y los puños.

—Has estado casada con un hombre al que no quieres y acostándote con él a cambio de dinero. Si eso no es vender tu cuerpo, que baje Dios y lo vea.

El enfado por el daño que le había hecho a Owen me hizo decirlo sin poder contenerme.

—Eso es mentira. Eres una despechada que solo quiere meter mierda entre mi marido y yo para vengarte de mí por quedarme con él.

Era indignante que hablara de Owen como si fuera un objeto.

—A esta no la arreglo yo ni con veinte años de terapia. Está para que la encierren —comentó Fiona tranquilamente, llevándose otro trozo de tarta a la boca.

—¿Y tú quién coño eres? Aquí no pintas nada, así que ¡cállate! —le gritó Ellen—. Mírale ahí, sigue como un calzonazos sin decir nada. ¡Que le digas algo a tu padre, a la lisiada y a esta otra meticona! —le escupió a Owen—. ¿Eres gilipollas o qué?

Owen se levantó, a punto de explotar, pero Fiona le agarró de la mano para hablar ella primero.

Y supe que se iba a liar.

—Esta —dijo señalándose— sabe absolutamente todo lo que pasa. Sabe lo que hiciste en aquel coche, sabe que nunca has querido a Owen, sabe que eres una narcisista, ambiciosa y ególatra. Pero ¿quieres saber lo que sabe y tú no? Tranquila, que te lo diré.

Se puso en pie y se acercó a ella.

—No tolero jamás y bajo ningún concepto las faltas de respeto. Y tú no has hecho otra cosa desde que has entrado por esa puerta. Te aconsejo que te calmes, dejes de chillar, de insultar y te vayas por donde has venido.

»Estás agotando mi paciencia, y no me temblará el pulso en sacarte de esta casa a rastras después de cruzarte la cara de una hostia, esa que deberían haberte dado tus padres en lugar de tantos caprichos que han hecho de ti una mujer vacía y sin valores.

Cuando terminó de hablar, todos nos acercamos a Ellen y la rodeamos en silencio, cruzados de brazos.

—Ellen, márchate y no vuelvas a esta casa. Mi abogado se pondrá en contacto contigo para que firmes los papeles del divorcio, que ya tiene preparados.

Al verse acorralada y vencida, se dio la vuelta y salió chillándonos insultos hasta dar un portazo.

Todos soltamos el aire a la vez.

—Creo que nos vendría bien una buena copa de ese *whisky* nuevo que has hecho, hijo —dijo Gregory a Rory.

—Sí, para pasar el mal rato y celebrar que por fin voy a librarme de la garrapata que tengo por mujer —añadió Owen.

Capítulo 22



La copa de *whisky* que nos tomamos todos en el salón, sentados en el sofá mientras comentábamos los pormenores de lo que acababa de pasar con Ellen, relajó el ambiente y también a nosotros. Sobre todo a Owen, al que se le veía taciturno y muy abochornado por el lamentable espectáculo que había dado su todavía mujer delante de todos.

Nos explicó lo de los papeles del divorcio, ya que ninguno teníamos ni idea de que hubiera empezado a preparar los trámites. Según nos contó, su abogado los tenía redactados y listos para que Ellen los firmara desde el día anterior. Por sus explicaciones, todos supimos que ella no se lo iba a poner fácil y que no querría firmar a la primera.

Cuando se casaron y por recomendación de Gregory, habían firmado un acuerdo prematrimonial en el que Ellen no recibiría nada en caso de divorcio de lo que Owen tuviera antes del matrimonio. Ella, en esos momentos, y solo pensando en la vida de parásito que la esperaba —en la que no haría más que gastar dinero en sus cosas y caprichos—, firmó sin poner ninguna pega, creyendo que Owen estaba tan enamorado y ciego por ella que esa vida no se acabaría nunca.

Owen, del dinero que había ganado trabajando en la destilería antes de casarse, en vez de guardarlo, lo invirtió comprando dos propiedades que tenía alquiladas: una en Inverness y otra en la isla de Skye.

Pero como he dicho, eso fue antes de casarse, así que de esos beneficios que él sacaba todos los meses, a ella no le pertenecía nada. De la destilería

tampoco sacaría nada, porque estaba puesta a nombre de Gregory. Este tenía hecho testamento y sus hijos no recibirían su parte hasta que él faltara.

En resumidas cuentas, Ellen saldría de ese matrimonio de la misma manera que había entrado: sin nada. Tendría que volver a casa de sus padres con una mano delante y otra detrás, cosa de la que todos nos alegramos, porque bastante dinero le había sacado ya a Owen durante cuatro años, gastando en todo lo que le dio la gana, sin medida ni control.

Cuando terminó de explicárnoslo, todos le mostramos nuestro apoyo y le dejamos claro que no tendría que enfrentarse a aquello solo, que estaríamos a su lado si Ellen decidía ponérselo difícil.

—Creo que es hora de irse a la cama. No sé vosotros, pero yo estoy agotada. Tantas noticias y emociones son más que suficientes para una sola noche. Necesitamos descansar para digerirlo todo. —La sugerencia de Isobel nos pareció perfecta y, haciéndole caso, nos pusimos en pie para irnos a las habitaciones.

Como ya era muy tarde y después de todo lo que había pasado, Rory me propuso que nos quedáramos allí esa noche, en su habitación, y que a partir del día siguiente pasaríamos todas las demás juntos en la casa pequeña. Acepté encantada y, sin decir mucho más, empezamos a subir las escaleras, cada uno rumbo a su cuarto.

La primera en despedirse fue Isobel, ya que su habitación era la primera del pasillo. Antes de entrar, le indicó a Fiona que la última habitación de la derecha estaba preparada para ella; era una de las que usaban como cuarto de invitados y siempre la mantenían lista y limpia para cuando hacía falta.

Los segundos en darnos las buenas noches fueron mi madre y Gregory, deseándonos un buen descanso a todos, aunque el guiño final en la cara de él nos decía claramente otra cosa.

Al llegar a la puerta del cuarto de Shona, me paré bajo la atenta mirada de todos, que no dijeron ni una palabra y me dejaron hacer. No me atreví a entrar, claro. Solo pasé la mano por la puerta y, en un susurro, le dije a mi amiga del alma: *buenas noches*.

Owen abrió su habitación y, antes de decirnos a Rory y a mí buenas noches, hizo algo que nos dejó pasmados. Agarró a Fiona de la mano y tiró de ella para meterla con él en la habitación. Ella soltó una pequeña carcajada, dejándonos claro que estaba encantada de pasar la noche acompañada.

—Vaya, que han saltado chispas entre ellos toda la noche estaba claro, pero no me esperaba yo que acabaran la noche juntos —me dijo Rory sonriendo.

—Se nota que no conoces a Fiona —le dije riéndome—. Si tu hermano no la hubiera metido en su habitación dando él el primer paso, ella hubiera entrado igual. Conociéndolos a los dos, va a haber hasta fuegos artificiales en esa cama. Y me alegro muchísimo de que así sea. Los dos se merecen ser felices y creo que juntos lo serán. Están hechos el uno para el otro.

—Yo también pienso lo mismo, y también creo que no va a ser solo en esa cama donde haya fuegos. En la nuestra, también —me dijo, cogiéndome en brazos antes de cruzar la puerta de la habitación.

Entramos y Rory cerró la puerta con el pie a nuestra espalda. Caminó despacio hasta la cama y me bajó con suavidad, dejándome sobre el colchón. El miedo a lo que sabía que vendría a continuación se instaló en mi interior, y debió de verlo reflejado en mi mirada, porque me observó con ternura y amor antes de hablar.

—Bonnie, quiero que borres de tu cabeza todos esos pensamientos negativos que estás teniendo. Te quiero como eres, con tus cicatrices, las que se ven y las que no. Esas que solo me dicen que eres una guerrera, una mujer que ha sobrevivido a todas las batallas que la vida le ha puesto delante.

Supo leer en mi mirada todo lo que estaba sintiendo en esos momentos, y no porque temiera que viera algo que no conocía —porque ya me había visto, ya me había deseado sin reservas—, sino porque me asustaba la calma, el tiempo sin prisas, la intimidad verdadera de quedarme desnuda sin defensas, de quitarme la prótesis para dormir como necesitaba mi cuerpo y permitirle verme así, completa y vulnerable, no desde el deseo urgente, sino desde el amor.

No me dejó seguir pensando en nada. Se acercó a mí y, con mucho mimo, empezó a quitarme la ropa. Primero se deshizo de mi camiseta, a la que le

siguió mi sujetador. Todo eso lo hizo acompañado de besos cortos que repartió por mi cuello, mi clavícula, mi boca, bajando después a mis pechos, que besó y lamió con adoración.

Cuando notó que empezaba a relajarme y que mi cuerpo se destensaba, dio un paso más allá. Me bajó lentamente los pantalones y arrastró mis braguitas con los dientes, dejando un reguero de besos por mi abdomen, mis caderas y mis muslos, antes de hundir su cabeza entre mis piernas.

Las pasadas de su lengua por mi zona me arrancaron los primeros jadeos. Noté cómo sonreía contra mi sexo, feliz por el placer que me estaba dando. Acercó su mano y con dos dedos pellizcó mi clítoris, haciéndome sentir tal placer que mis jadeos aumentaron. Al introducir dos dedos en mi interior, también aumentaron sus movimientos, que acompañó succionando con su boca mi clítoris para darme el máximo de los placeres. Ni dos minutos después consiguió arrancarme el primer orgasmo de la noche.

Se incorporó en la cama y cuando me miró a los ojos, en ellos había puro fuego. Sus pupilas estaban tan dilatadas que apenas se distinguían del negro de sus ojos.

—Quítatela —me pidió señalando mi prótesis.

Tragué saliva y desvié la mirada porque, al fin, había llegado el momento más temido para mí.

—Bonnie, mírame. —Agarró mi cara para clavar sus ojos en los míos—. Eres hermosa. Para mí lo has sido siempre, y no solo por fuera, sino también por dentro. No quiero que te avergüences delante de mí por cómo está tu cuerpo. Amo todo de ti, incluso esto —me dijo tocando mi pierna mala—, porque es parte de ti y de tu historia.

Mis ojos se llenaron de lágrimas por la cantidad de emociones que me hizo sentir con sus palabras. Rory no veía solo lo que me faltaba o la cantidad de cicatrices que tenía mi cuerpo; me veía a mí. Eso hizo que me sintiera segura y confiada a su lado y que le amara más de lo que ya lo hacía.

Con la agilidad que ya tenía por la cantidad de veces y días que llevaba haciendo lo mismo cada noche, desabroché las tiras de la prótesis y la separé

de mi pierna. La coloqué en el suelo, al lado de la cama. Al mirar a Rory, vi que no se había perdido detalle de nada de lo que había hecho y, cuando le sonreí, él hizo lo mismo, además de asentir con la cabeza, agradeciéndome que confiara en él.

Sin apartar la mirada de mí ni yo de él, se fue desvistiendo poco a poco, dejándome recorrer con los ojos cada parte de su cuerpo, no como aquella vez en el laboratorio, cuando todo fue urgencia y necesidad y apenas hubo espacio para detenernos, sino ahora, con la promesa silenciosa en su mirada de que esa noche no habría prisas, solo tiempo, placer, amor y la dedicación de quien no piensa marcharse.

Desnudo del todo, se puso de rodillas entre mis piernas y empezó a acariciar todo mi cuerpo con absoluta calma, recreándose en cada parte, haciéndome sentir un placer y un deseo que no había sentido nunca. Cuando le pareció suficiente y después de volver a llevarme al orgasmo otra vez con sus dedos y su boca, abrió mis piernas y se situó encima de mí.

Antes de entrar lentamente, sin apartar su mirada de la mía, me susurró con la voz más ronca de lo habitual:

—¿Estás preparada? Porque te aviso que no voy a dejar de hacerte el amor durante toda la noche, ni tampoco voy a dejarte salir de mi vida nunca más.

—Lo estoy —le contesté antes de besarle con auténtica pasión, mientras él entraba en mí, uniendo nuestros cuerpos por primera vez aquella noche, a la que le siguieron muchas más veces, no solo en la cama, sino también en el suelo, contra la pared y bajo la ducha, sin prisas, sin límites y sin querer que amaneciera.

Capítulo 23



Las caras de sueño de todos al día siguiente rivalizaban con las de felicidad que se reflejaban en nuestras miradas por haber pasado una noche maravillosa. El agotamiento que sentía en mi cuerpo era de esos que sabes que está ahí para recordarte los buenos momentos que has pasado al lado de la persona amada, envuelta entre sus brazos, compartiendo placer, confidencias y miradas que prometían no ser las últimas, sino las primeras del futuro que se nos abría juntos.

Gregory y mi madre se quedaron en la casa grande, él en su despacho, ese que era su centro de operaciones, como él mismo lo llamaba, y mi madre acompañada de Isobel en la cocina, empezando a preparar la comida que después compartiríamos todos.

Owen y Fiona se marcharon a la destilería nada más acabar el suculento desayuno que Isobel nos había preparado a todos para reponer fuerzas. Mis amigos, esos que durante el desayuno nos habían dicho sin palabras —solo con las miradas cómplices y prometedoras que se dedicaron— que la noche que habían pasado juntos no sería la última, porque no había sido un simple calentón del momento, sino un flechazo en toda regla. Juntos, y de la mano, entraron en la destilería para hacer el recorrido que Owen le había prometido la noche anterior, con esa sonrisa nueva que solo aparece cuando algo importante acaba de empezar.

Rory me acompañó a casa y aprovechó el viaje para llevar algo de ropa y un neceser completo con todos sus productos de higiene, demostrándome con ese gesto sencillo, pero cargado de intención, que sus palabras de la noche

anterior —que no volvería a dormir una noche más solo, sino que lo haría a mi lado— no eran únicamente una promesa dicha al calor del momento, sino una decisión firme que ya estaba empezando a cumplir.

Después de colocar toda la ropa en mi armario, se despidió de mí, quedando en pasar a buscarme al mediodía para ir a comer a la casa grande con todos. Según me dijo, solo iría a la destilería ese día, que era sábado por la mañana, para rematar algunas cosas del nuevo *whisky* que saldría en pocos días a la venta y que por la tarde haríamos planes los dos solos, para ir donde quisiéramos o quedarnos en casa si era lo que nos apetecía.

Cuando me quedé sola, decidí que, antes de ponerme con la página web, que era lo que tenía pensado hacer esa mañana, tenía que hacer una cosa más importante.

Cogí mi muleta y mis gafas de sol y salí de la casa. Por el camino hasta mi destino repasé en mi mente todos los momentos que había pasado la noche anterior. La cena maravillosa que habíamos compartido, la entrada triunfal de Fiona en la casa y en el corazón de cierto Fraser, el mal rato que nos hizo pasar a todos la aparición de Ellen. Pero, sobre todo, vinieron a mi mente las imágenes de la noche sublime —porque no la podía describir de otra manera — que había pasado con Rory.

Al llegar al gran árbol, dejé caer el cuerpo contra el tronco y me deslicé hasta sentarme en el suelo. Solté un suspiro y, como si Shona estuviera sentada a mi lado —porque así la sentía—, empecé a contarle todo lo que había pasado en mi vida desde la última vez que había ido allí, solo dos días atrás.

Le hablé de su hermano, de todo lo que me hacía sentir no solo cuando me abrazaba, sino con su sola presencia; de cómo había conseguido colarse en cada rincón de mí sin hacer ruido, y de lo mucho que lo amaba.

También le hablé de Owen, del desastre en el que se había convertido su vida por el mal matrimonio que tenía con Ellen, pero quise tranquilizarla enseguida. Le dije que no se preocupara por su mellizo, que Fiona había entrado en su vida pisando fuerte y para quedarse, que había algo entre ellos que se sentía distinto, real, y que estaba segura de que ella le ayudaría a sanar y a sentirse querido como siempre se había merecido.

Una hora después, tranquila y con el corazón más ligero por la charla que había tenido con mi amiga, me fui de vuelta a casa para trabajar un poco.

Puede que cualquiera pensara que estaba loca o que se me había ido la cabeza por hablar con alguien que ya no estaba en este mundo, pero, sinceramente, la opinión de los demás me daba exactamente igual. Aquello me ayudaba, me acercaba a ella y hacía que doliera un poco menos su ausencia. Y no pensaba dejar de hacerlo.

Además, mi familia lo sabía y, lejos de asustarse o mirarme raro, hacían justo lo contrario: me animaban a hacerlo si era lo que necesitaba para sentirme mejor. Rory incluso me había dicho que le gustaría venir algún día conmigo y hacer lo mismo… y Owen ya lo había hecho en más de una ocasión, cuando se había unido a mí durante esos días desde que volví a estas tierras.

El trabajo con la página web fue sorprendentemente bien. En apenas dos horas avancé tanto que la dejé lista para enseñársela a los chicos y a Gregory después de comer; solo faltaba su aprobación y que me dieran luz verde y, si eso ocurría, el lunes a primera hora estaría todo listo y publicado.

El diseño de las etiquetas que les había mostrado la noche anterior les había encantado y no quisieron añadir ni quitar nada. Gregory me pidió que le enviara los dos diseños, tanto el grande del frontal como el de la parte trasera, además del pequeño que iba en el cuello de la botella, para mandarlos a la imprenta y que empezaran cuanto antes con la impresión y el posterior etiquetado.

La comida fue igual de bien que la cena del día anterior, todos juntos compartiendo las delicias que mi madre siempre cocinaba, acompañadas de historias divertidas y anécdotas de nuestra infancia que los más mayores le contaron a Fiona, avergonzándonos —sobre todo a Owen—, que siempre había sido el que en más líos se había metido.

El resto del fin de semana fue igual de especial y bonito, compartiendo momentos todos juntos, pero también reservándonos algunos solo para Rory y para mí.

El sábado por la tarde dimos un paseo por todas las tierras Fraser, disfrutando del paisaje, de la charla y de los silencios. Esos silencios que entre nosotros no eran incómodos ni fruto de no saber qué decir, sino todo lo contrario: necesarios. Silencios en los que a cada uno se le colaba un recuerdo, una imagen o un deseo de futuro, y que, después de saborearlos en calma, acabábamos compartiendo con el otro.

Hablamos mucho del pasado, de cuando aún vivía Shona, y también de los cinco años en los que ambos habíamos estado ausentes en la vida del otro.

Él me contó todo lo que había hecho en la destilería, la vida tranquila que había llevado sin apenas salir de sus tierras, salvo en contadas ocasiones en las que había ido a Inverness con algún amigo o con su hermano para cenar o tomar unas copas. Me confesó que en algunas de esas noches había estado con alguna mujer, más por necesidad que por un deseo real de conocer a nadie.

También me habló de la no relación que había tenido con Lorna, de encuentros esporádicos y sin ningún tipo de sentimientos, al menos por su parte, aunque los dos estuvimos de acuerdo en que por la de ella tampoco los había habido nunca; solo el deseo de tener lo mismo de lo que disfrutaba Ellen.

Yo, por mi parte, le hablé de mi despertar, del tsunami de emociones que supuso para mí descubrir que me había perdido dos años de mi vida y de la de los demás, y del dolor inmenso que sentí al enterarme de la muerte de Shona y de mi hijo.

Le hablé también de los dos intentos de suicidio y, cuando llegué a esa parte, vi cómo se le ensombrecía la mirada, pensando que, si lo hubiera conseguido, ahí sí me habría perdido para siempre.

Le conté la vida de pura rutina y encierro que había llevado durante los dos años siguientes a mi despertar, en los que los días pasaban sin pena ni gloria. Cómo decidí buscar un trabajo para ayudar a mi abuela con los gastos, no porque me apeteciera hacer nada, y cómo aquello acabó convirtiéndose en una vía de escape que me mantenía la mente ocupada durante unas horas al día, sin dejarme regodearme en el dolor más de lo necesario. En definitiva, nos pusimos al día de nuestras vidas.

Los dos meses siguientes fueron una auténtica locura por el lanzamiento del nuevo *whisky*.

La tensión y los nervios que se respiraban en la destilería afectaron a todos los que trabajaban allí, que se dejaron la piel, trabajando a contrarreloj y dando lo mejor de sí mismos para que todo saliera perfecto. Llevaban tantos años trabajando bajo el mando de Gregory que no eran solo compañeros o empleados, sino una pequeña gran familia.

El lanzamiento se retrasó un mes más; prefirieron hacerlo bien, sin prisas y con el cuidado que merecía, antes que sacarlo con prisas y que se notara la presión, porque todos sabíamos que, en algo así, correr nunca había sido buena idea.

El día de la presentación de la botella, como era tradición cada vez que se lanzaba una nueva al mercado, se celebró una pequeña fiesta en el jardín trasero de la casa de los Fraser, que era enorme. Se sirvió una cena tipo catering y se organizó una cata del *whisky*, todo ello acompañado de música y un ambiente festivo que se alargó hasta bien entrada la madrugada. A la celebración acudieron todos los empleados de la destilería, algunos proveedores y compradores —sobre todo los de la zona—, además de otros invitados que podían convertirse en futuros clientes si el producto conseguía conquistarlos.

Todos nos jugábamos mucho en esa presentación. Confiábamos en que el *whisky* —del que yo estaba segura de que triunfaría, porque Rory se había dejado el alma y muchas horas de trabajo y sueño para convertirlo en algo especial— conquistara a los asistentes. Y lo mismo ocurría con el etiquetado, el diseño que yo había creado y que, a simple vista, resultaba llamativo y diferente.

Allí estábamos todos, de pie, conteniendo la respiración, esperando a que Gregory retirara la tela roja que cubría la botella de presentación, esa que nadie, salvo él, había visto terminada tras todo el proceso.

Gregory subió a la tarima que habían preparado en el jardín y dio un discurso de agradecimiento a todos los asistentes por haber acudido, a sus trabajadores por estar siempre al pie del cañón durante tantos años, y a su familia, en la que nos incluyó a Fiona y a mí, porque nos sentía como dos hijas

y nueras al mismo tiempo. Así nos lo hizo saber, emocionándonos a las dos delante de todos.

Al terminar, retiró la tela que cubría la botella y el murmullo general fue inmediato ante lo bonito que había quedado el diseño final. Yo, sin embargo, tuve que agarrarme a Rory para no caerme allí mismo cuando leí el nombre que habían elegido, cambiando solo unas letras del que se suponía que iba a ser el definitivo y que yo había diseñado. NewBon. Así se llamaba el nuevo *whisky*.

Para el resto de los asistentes no tendría mayor significado, pero para mí fue un golpe directo al corazón, de los buenos. Un homenaje silencioso a mí y a la nueva vida que había empezado a construir desde que volví a casa.

Capítulo 24



El *whisky* fue un éxito total entre los asistentes, tanto por el diseño como por el sabor que tenía, o eso decían todos. Yo solo pude fiarme de la palabra de los demás porque no lo probé; el motivo, pues el mismo por el que no bebí alcohol cinco años atrás aquella noche que salí.

Sí, es lo que estáis pensando: estaba embarazada. Me había enterado hacía una semana, pero no se lo había querido contar a nadie todavía.

Si la otra vez tuve miedo, en esta ocasión estaba aterrada, no solo por la reacción de Rory, sino por si mi cuerpo no era capaz de soportar todo el proceso. Eran miedos infundados y lo sabía, pero ahí estaban, y mi cabeza era como una olla a presión que no dejaba de darle vueltas a todo.

Cuando me hice la prueba días atrás, en la soledad del baño de mi casa, exactamente como lo hice la vez anterior, lloré como una niña al ver las dos rayitas que me decían que dentro de mí crecía un pequeño o pequeña.

Ni en mis mejores sueños habría pensado que eso sería posible después de todo lo que me había pasado. Ser madre era una de las cosas que mi mente había descartado de lo que sería mi futuro porque, después del accidente, no pensaba que ningún hombre querría estar conmigo.

Pero el destino es caprichoso y me devolvió no solo la posibilidad de volver a amar y ser amada, sino la de ser madre, y aunque el miedo estaba ahí, también lo estaba la felicidad y la emoción de tener una familia, la mía propia.

Había tanta gente repartida por el jardín que resultaba agobiante. Había pasado de estar prácticamente sola las veinticuatro horas del día a estar siempre acompañada por alguien, y en esos momentos tanto jaleo me estaba abrumando.

Gregory, Rory y Owen, como dueños de la destilería, no dejaban de hablar con todos los que requerían su atención. Por otra parte, mi madre, Isobel y Fiona se estaban encargando de que a nadie le faltara de nada: ni bebidas, ni comida, ni cualquier cosa que necesitaran.

Así que decidí escaparme un rato y respirar aire en soledad. Nadie notaría mi ausencia durante unos minutos y sabía del sitio perfecto donde podría esconderme un rato para hacerlo: el gran árbol.

Solo llevaba allí unos minutos cuando, apoyada en el tronco, con la cabeza reclinada hacia atrás y los ojos cerrados, respirando el maravilloso olor que había en el ambiente y escuchando la suave música que se oía de fondo, unos pasos me hicieron incorporarme para saber quién era la persona que se acercaba.

—¿Te estás escondiendo? —me preguntó Owen, preocupado.

—Demasiada gente. Estaba un poco abrumada y necesitaba un poco de espacio y soledad para poder seguir sin sentir ansiedad. —Mi respuesta fue sincera. No me habría valido de nada mentirle; era una de las personas que mejor me conocía y habría visto la mentira en mis ojos a la primera.

—Bonnie, ¿qué te pasa? Sé que hay algo más que te preocupa, llevas rara unos días —me preguntó, poniéndose a mi lado y agarrando mi mano para que viera que podía confiar en él, que fuera lo que fuera no estaba sola.

Mi relación con Owen en el último mes había crecido tanto que volvimos, casi sin darnos cuenta, a la complicidad de antaño, a ese lugar en el que siempre habíamos sido los mejores amigos.

Al igual que con su hermano, en una de nuestras muchas conversaciones nos pusimos al día de nuestras vidas y nos contamos todo lo que había ocurrido en esos cinco años de ausencia. Él me habló de su matrimonio, que no había sido ni de lejos tan idílico como todo el mundo pensaba, de lo

atrapado que se había sentido en muchas ocasiones y de lo solo que había estado incluso estando acompañado.

También me confesó cuánto había echado de menos a Shona, pero cuánto me había echado de menos a mí, en quien siempre había tenido una confianza ciega.

Durante el último mes, en el que Ellen se las había hecho pasar canutas hasta que por fin firmó el divorcio —sacándole un buen dinero que a él no le importó pagar con tal de librarse de ella—, ninguno le habíamos dejado solo.

Pero, sobre todo, yo estuve a su lado todo lo que pude, igual que su hermano, que lo apoyó en cada paso. Y, cómo no, también Fiona, que había permanecido al pie del cañón y con la que, de manera ya oficial, hacía unos días había comenzado una relación seria.

—Siempre has sabido leerme muy bien —le contesté, riéndome para quitarle hierro al asunto.

No era que Rory no me leyera igual de bien que Owen, porque lo hacía. Pero yo me había cuidado mucho de ocultarle mis preocupaciones y mi estado.

Llevaba los últimos días demasiado estresado por la presentación y por todo lo que se jugaban en ella, y no quise darle más motivos para preocuparse por mí cuando bastante tenía ya con el trabajo. Por eso había decidido que, hasta que no terminara todo, no le contaría lo que me pasaba.

—Sabes que sí, y que además soy muy observador. Incluso podría arriesgarme a decir qué es lo que creo que te pasa.

Eso me pilló completamente fuera de juego.

¿Podría ser que Owen se hubiera dado cuenta de lo que ocurría o solo estaba lanzando un farol para pincharme y conseguir que se lo contara? No supe qué pensar.

—¿Ah, sí? Pues prueba a decirlo. Si aciertas, te regalo una botella del mejor *whisky* que hay ahora en el mercado. Tengo enchufe donde lo fabrican, ¿sabes? —Mi broma le hizo reír, pero al momento se puso serio y,

colocándose delante de mí para mirarme a los ojos, le vi tragar saliva antes de volver a hablarme.

—Te refieres a ese *whisky* que tú ni has probado.

Joder… pues sí que era observador, y yo pensando que nadie se habría dado cuenta de eso.

—Owen… —le dije, bajando la mirada.

—Bonnie, mírame —me pidió, levantando mi cara con su mano—. Dime que el motivo por el que no lo has probado es por la misma razón por la que no bebiste alcohol esa noche. Dímelo y hazme muy feliz, por favor. —Sus palabras no sonaron a petición, sino a ruego.

No pude ni quise seguir ocultándoselo. Sabía que enterarse de que iba a ser madre, después de lo que había sufrido perdiendo a nuestro bebé, le haría muy feliz, porque se alegraría mucho por mí.

—Vas a ser tío —le susurré antes de que mis ojos se llenaran de lágrimas por la emoción.

—¿Sí? —me preguntó para asegurarse de que me había escuchado bien. Yo asentí—. ¡Sí, joder, sí! ¡Qué alegría, Bonnie!

Sin que lo viera venir, me cogió de la cintura y, mientras se reía y chillaba «¡sí, sí, sí!», empezó a dar vueltas conmigo en el aire, haciéndome reír a carcajadas, hasta que un pico en los labios me dio de la emoción que sentía antes de bajarme al suelo para abrazarme muy fuerte.

—No sabes lo contento que estoy por ti. Vas a ser una madre estupenda, Bonnie —me dijo susurrando en mi oído, porque seguía abrazado a mí.

—Tú también serás un padre estupendo y espero que no tardes mucho en serlo. Yo también quiero ser tía.

A Owen siempre le gustaron mucho los niños. Desde crío había dicho que soñaba con ser padre de una familia numerosa, y esa era una de las grandes penas que arrastraba de su matrimonio, porque Ellen nunca quiso ser madre:

no quería sentirse atada ni renunciar a su estilo de vida teniendo que encargarse de un hijo.

Pero ahora las cosas habían cambiado. Con la mujer con la que había empezado una nueva vida compartía los mismos sueños, los mismos anhelos de futuro. Estaba convencida de que el hecho de que Fiona se hubiera criado en un orfanato tenía mucho que ver con eso, con esa falta de familia que había marcado su vida desde niña.

Si es que no me había equivocado: estaban hechos el uno para el otro, y el tiempo ya empezaba a darme la razón.

—Mi hermano no lo sabe, ¿no? —me preguntó, limpiándose las lágrimas de las mejillas antes de hacer lo mismo con las mías.

—No. He querido esperar a decírselo cuando se pase todo este lío de la presentación. Demasiado estresado estaba ya como para meterle más presión y preocupaciones encima.

—Has hecho bien, porque le va a dar un patatús cuando lo sepa. Por favor, déjame estar delante cuando se lo digas; quiero ver su cara de pasmo más que nada en el mundo —me pidió, riéndose a carcajadas—. Conociéndole como es, no te va a dejar ni ir a mear sola. Vaya meses que te esperan —añadió sin dejar de reírse.

Lo peor de todo es que, aunque lo decía en broma y entre risas, los dos sabíamos que tenía razón. No había nadie más protector ni más pendiente del bienestar de los suyos que Rory, y cuando lo supiera…

Tanto como no dejarme ir a mear sola no creía que llegara, pero que intentaría meterme en una urna de cristal, de eso no me cabía ninguna duda.

—Supongo que si no se lo has dicho a mi hermano, tampoco se lo has contado a nadie —asentí confirmándoselo—. Entonces tu secreto está a salvo conmigo —me dijo, cogiéndome por los hombros para empezar a andar de vuelta a la fiesta, de la que ya nos habíamos ausentado demasiado.

—Bueno, eres el segundo en enterarte en realidad. Igual que la otra vez, ella —dije, apuntando al cielo— ha sido la primera a la que se lo he contado y

le he prometido que, si es una niña, se llamará Shona como ella. —Me miró emocionado y volvió a abrazarme.

—Owen, ahora que lo sabes, quiero pedirte un favor. Llevo un par de días dándole vueltas y no sabía qué excusa poner para ir con alguien a Inverness. Sabes que yo no puedo conducir y necesito que me lleves para ir a la ginecóloga y asegurarme de que todo está bien antes de contárselo a tu hermano y a los demás.

—Mañana diremos que necesito que me acompañes a ver a un amigo que necesita de tus consejos con su página web —asentí y volvimos a la fiesta.

Capítulo 25



—¿Seguro que estarás bien? —me preguntó Rory, preocupado, al lado del coche de Owen, en el que me iba a montar para acompañarle a Inverness.

—Tengo que empezar a superar esto, si no, nunca podremos ir a ningún sitio —le dije para que se quedara tranquilo.

Rory sabía el pánico que tenía a montarme en coche desde aquella noche y lo mal que lo había pasado en el corto trayecto desde Inverness el día que volví. Yo misma se lo había contado en una de nuestras muchas conversaciones.

—¿No podéis ir mañana? Hoy me es imposible ir con vosotros, tengo unas mezclas que necesitan ser revisadas cada dos horas —nos dijo, lamentándose por no poder venir.

Precisamente por eso habíamos elegido ese día, porque sabíamos que no podría acompañarnos y así no se enteraría de dónde íbamos en realidad.

—Mi amigo mañana se marcha a Londres y no puede reunirse otro día, Rory. Quédate tranquilo, estaré pendiente en todo momento y, si Bonnie se siente mal y quiere parar o volver, me daré la vuelta. Pero soy de la misma opinión: tiene que empezar a superar ese miedo que tiene, no porque sea imprescindible que viaje, sino porque es algo bueno para ella.

—Está bien, pero cualquier cosa, llamadme, y quiero que me llames en cuanto bajes del coche en Inverness —me pidió, agarrándome por la cintura

antes de darme un beso y un abrazo.

—Te quiero —le dije susurrándole en los labios.

—Yo también te quiero —me contestó de vuelta.

Rory me ayudó a subir al coche. En esa ocasión no me senté en la parte trasera, como cuando volví, sino en el asiento del copiloto, al lado de Owen. Los dos pensaron que era lo mejor porque así él podría estar más pendiente de mí y yo podría distraerme poniendo música.

Nada más oír el ruido del motor, mi cuerpo se tensó, pero intenté controlar la respiración mientras contaba mentalmente, como me había enseñado Fiona, para controlar la ansiedad.

—No te hagas la valiente. Si necesitas parar, llorar o gritar, hazlo. Yo estoy aquí, ¿vale? —me dijo Owen, apretando mi mano antes de pisar el acelerador lentamente.

Durante todo el camino, Owen no se calló ni un segundo. Me preguntó un montón de cosas y me contó otras tantas, todo para mantenerme distraída y evitar que mi mente se fuera a pensamientos negativos o a los recuerdos de aquella noche.

No puedo decir que fuera un viaje maravilloso en el que no sentí ansiedad, porque sí la sentí, pero entre las respiraciones y la ayuda de Owen llegamos a Inverness sin incidentes. No tuvo que parar y no necesité ni llorar ni gritar en ningún momento.

Lo primero que hice nada más bajarme del coche con la ayuda de Owen fue sacar el teléfono y llamar a Rory. Debía de estar ansioso esperando mi llamada y, con el teléfono en la mano, contestó al primer tono. Le aseguré que estaba bien y que no había sido tan malo como esperaba. Se quedó más tranquilo, pero yo sabía que era una verdad a medias: no lo estaría del todo hasta que volviéramos a casa y me viera con sus propios ojos.

La cita con la ginecóloga ya la tenía cogida desde el día siguiente a enterarme de que estaba embarazada. La había pedido por teléfono en una

clínica de Inverness que ya conocía, porque era donde siempre habíamos ido Shona, Isobel, mi madre y yo a hacernos todas las revisiones.

Al llegar, y como tenía la cita programada, no tuve que esperar ni diez minutos en la sala de espera cuando salieron a llamarme.

—¿Entras conmigo? —le pregunté a Owen, poniéndome en pie cuando la enfermera dijo mi nombre.

—Claro, me muero por ver al bebé, pero no sabía si te sentirías cómoda conmigo ahí dentro y por eso no te he dicho nada —me contestó Owen, un poco avergonzado.

—No se me va a ver nada, Owen, y me sentiría mejor si estoy ahí dentro acompañada —le dije sonriendo para que viera que estaba todo bien.

—Vamos a ver a esa pequeña. —Se puso en pie con prisas, haciéndome reír. Estaba incluso más nervioso que yo.

La ginecóloga que me atendió ya me conocía y, el día que hablé con ella para concertar la cita, le conté lo que me había pasado. Ella me pidió que le mandara mi historial médico para estudiarlo bien y ver si podría haber algún problema al haber tenido el aborto años atrás.

En cuanto entramos, le presenté a Owen como mi cuñado y mi mejor amigo, y ella nos dio la bienvenida con amabilidad.

Nada más empezar a hablar, ya sentados en la consulta, lo primero que me dijo para tranquilizarme fue que el aborto había sido consecuencia del golpe y del estrés que sufrió mi cuerpo el día del accidente, y que no influiría para nada en un nuevo embarazo. Después de hacerme varias preguntas, todas rutinarias, me mandó entrar en el baño para desvestirme de cintura para abajo y ponerme una bata con la que no se me vería nada.

Owen me ayudó a subirme a la camilla y después se sentó a mi lado, en un taburete que le ofreció la doctora, para que viera la pantalla en la que saldrían las imágenes de la ecografía al mismo tiempo que yo.

La ecografía, como estaba de muy poco tiempo, tuvo que ser vaginal. Según nos explicó antes de empezar, era lo mejor para verlo todo con más claridad.

Empezó con el proceso y se quedó mirando la pantalla, en la que ni Owen ni yo sabíamos qué teníamos que mirar, porque la verdad es que solo veíamos manchas blancas y negras. En uno de los momentos en los que se quedó observando fijamente, frunció el ceño. Owen, que se dio cuenta igual que yo, me dio la mano para transmitirme calma.

—¿Hay antecedentes de partos múltiples en la familia? —me preguntó la doctora, que seguía mirando la pantalla mientras movía el ecógrafo dentro de mí.

Al preguntarme eso ya me pude imaginar lo que pasaba y me quedé muda de la impresión, así que fue Owen el que contestó por mí.

—Yo soy mellizo y mi abuelo tenía también un hermano gemelo —contestó frunciendo el ceño, igual que estaba haciendo ella, porque él no se estaba imaginando a qué se debía la pregunta de la doctora.

—¿Son dos? —mi pregunta salió en un susurro, pero lo suficientemente alto como para que Owen me oyera y girara la cabeza de golpe hacia mí, impactado.

—Pues sí, son dos. Mellizos, como sus tíos, para ser más exactos. Está todo perfecto, Bonnie. Los bebés están sanos y todo marcha bien. Estás de nueve semanas, día arriba, día abajo —nos contestó la doctora sonriendo.

¿Nueve semanas? Me quedé unos segundos calculando y me quedé de piedra cuando supe la respuesta: me había quedado embarazada el primer día que me acosté con Rory. Madre mía, vaya puntería tenía este hombre. A la primera y, encima, de dos.

—¡Vaya pasada! ¡Dos bebés, Bonnie! Madre mía, cuando lo digas en casa… Mi hermano, mejor que esté sentado, porque le veo cayéndose redondo al suelo. Y tu madre… ya verás, se van a oír sus gritos en toda la finca —dijo Owen riéndose, contentísimo al saber que tendría dos sobrinos.

—Ya puedes pasar al baño a vestirte. Mientras sales, te iré preparando unas recetas para que tomes durante todo el embarazo. Son vitaminas para ayudar a tu cuerpo; al ser un embarazo doble, el cuerpo tendrá más desgaste y una ayuda nunca viene mal.

»También te programaré la siguiente cita para dentro de un mes. Al ser dos bebés, me gusta controlar más estos embarazos que los que son de un solo bebé, por eso te citaré todos los meses. Y, por supuesto, si notas algo raro o necesitas venir o llamarme para cualquier cosa, hazlo sin pensarlo.

Una vez vestida y con todos los papeles en el bolso, en los que estaban incluidas varias copias de las fotos de la ecografía, nos despedimos de la doctora dándole las gracias y salimos de allí todavía alucinando.

—¿Quieres tomar una tila antes de irnos? No sé tú, pero yo la necesito —me preguntó Owen riéndose, pero no con una risa normal, sino con una de esas flojas que te salen cuando estás muy nervioso.

—Sí, por favor. Y que se doble —le contesté riéndome de la misma manera.

Una hora después, ya más calmados, llegamos a casa. Del viaje en coche ni me enteré; no tuvo nada que ver con el de ida. Venía tan contenta con la noticia y con unas ganas locas de ver a Rory que no tuve ni un poquito de ansiedad por el camino.

Al bajar del coche, allí estaba Rory esperándonos, pero cuando Owen y yo le vimos la cara, nuestras sonrisas se borraron de golpe. Algo pasaba y, por su gesto, no era nada bueno.

—¿Lo habéis pasado bien? —nos preguntó de muy malas maneras.

—Rory, ¿qué te pasa? ¿A qué viene esto? —le preguntó Owen, confundido.

—No te hagas más el tonto ni me tomes a mí por uno. Lo sé todo —contestó mirándonos con… ¿odio?

Dios mío, ¿podía ser cierto eso que veían mis ojos?, me pregunté muerta de miedo.

—¿Y qué se supone que sabes? —le preguntó Owen de vuelta, empezando a enfadarse también por la manera en la que nos estaba hablando.

En ese momento, y antes de que contestara, mi madre, Gregory e Isobel salieron a la puerta de la casa al oír el jaleo que Rory estaba montando.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Gregory, cruzándose de brazos.

—Esto está pasando —le contestó Rory a su padre, enseñándole algo en su móvil.

—¿Qué significa esto? —preguntó mirándonos con horror.

—Pues está bien claro: los dos —dijo señalándonos a Owen y a mí— están liados y nos están engañando a Fiona y a mí. De ella me lo podía esperar, porque seguramente Ellen tenía razón y lo que quiere es cazarnos a uno de los dos, o puede que sea un plan de venganza por ignorarla y despreciarla estos años. La pobrecita enamora a los dos hermanos para después romperles el corazón.

»Pero que Owen se haya dejado liar… eso sí que no me lo hubiera esperado por nada del mundo. Hay que ser gilipollas para dejarse engatusar y, de paso, hacer daño a su propio hermano.

Mientras Rory decía todas esas cosas horribles, Owen se acercó de dos zancadas a su padre y le quitó el móvil de la mano. Volvió a mi lado y me enseñó lo que había en la pantalla.

Eran varias fotos de Owen y mías en distintos sitios: abrazados, en otra me daba un beso en la mejilla y, en la última, salíamos justo en el momento en que él me dio ese beso inocente junto al gran árbol, cuando le acababa de contar que iba a ser tío.

—Ya he recogido mis cosas de la casita. No quiero que vuelvas a acercarte a mí para nada, ni que me dirijas la palabra —me dijo mirándome con desprecio—. Ni tú tampoco —añadió, mirando a Owen.

—Te estás equivocando, Rory —le dijo Owen, pero él no quiso escucharle.

—Déjale, Owen —le rogué, al ver lo enfadado que estaba por todo lo que nos había dicho, con los ojos llenos de lágrimas.

Capítulo 26



Durante lo que parecieron horas, y no solo unos minutos, se instaló un silencio incómodo entre todos los presentes mientras veíamos cómo Rory se marchaba furioso por el camino que llevaba a la destilería.

Owen me miraba con cara de incredulidad por lo que acababa de pasar. En ese momento se me vinieron a la cabeza unas palabras que me dijo muchos días atrás, cuando me advirtió que Lorna intentaría separarnos al sentirse despechada y que, si dudaba de Rory en cualquier momento por algo que viera o por algo que me dijeran, lo hablara con él antes de sacar conclusiones precipitadas. Yo aquel día le prometí que lo haría, pero en lo que no pensamos ninguno de los dos fue en que pudiera pasar eso que temíamos al contrario: que fuera a él al que le fueran con cuentos en los que era a mí a la que dejaban en mal lugar.

El sonido de un coche llegando a la casa nos sacó a todos de ese estado de estupefacción en el que estábamos, haciéndonos girar la cabeza para ver quién era la persona que venía.

Fiona se bajó del coche con su preciosa sonrisa habitual, esa que siempre tenía en la cara y que pocas veces se le borraba. Cuando nos vio allí a los cinco, con caras de funeral, fue una de esas veces. Caminó rápido para llegar a nuestra altura con el gesto muy serio y al primero que se acercó fue a Owen, para darle un pequeño beso en los labios, antes de preguntarnos a todos:

—¿Qué ha pasado?

Mientras preguntaba, su ojo clínico —ese que siempre observa las reacciones de todo el mundo— pasó de unos a otros hasta que llegó a mí.

—Bonnie, respira despacio y cuenta —añadió, acercándose a mí a toda velocidad, preocupada.

Había sido la única que se había dado cuenta de que mi respiración había empezado a cambiar, porque estaba empezando a darme un ataque de ansiedad.

—No… no… pue…do —intenté contestar, pero no me salían ni las palabras.

Por más que empecé a contar, no conseguí regular la respiración. Di gracias a que tenía la muleta en la mano y estaba apoyada en ella, porque las piernas empezaron a fallarme y me tambaleé.

—Owen, cógela en brazos y llévala al salón. Si no controla la respiración en dos minutos, se desmayará.

No le hizo falta que se lo repitiera. En cuestión de segundos noté cómo Owen me alzaba en brazos, dejando caer mi muleta al suelo, y con pasos rápidos pasó delante de todos para entrar en la casa y llevarme al salón, donde me tumbó en el sofá.

Los demás corrieron detrás de nosotros y, en nada, me vi rodeada por todos, mirándome con cara de preocupación.

—¿Qué ha pasado para que esté en este estado? —les preguntó Fiona a todos, enfadada, a la vez que se sentaba a mi lado, dándome una mano y poniéndome la otra en el pecho para notar mis pulsaciones, que estaban totalmente desbordadas.

—Lo he per… di…do —intenté contestarle.

Fiona miró a todos, confundida por mis palabras, buscando en alguno de ellos una mejor explicación de lo que estaba pasando.

—No le has perdido. Aunque tenga que atarle a una silla y amordazarle, me va a escuchar. Es más, voy a ir ahora mismo —dijo Owen, enfadado, y sin dejarnos replicar o pedirle que no lo hiciera, salió del salón a toda velocidad.

—No le dejéis ir, por favor —les pedí a todos, echándome a llorar.

—Tranquila, Bonnie. Owen estará bien. Tú llora todo lo que necesites, eso te ayudará a desahogarte.

Fiona me envolvió en sus brazos para darme esa seguridad y ese consuelo que sabía que necesitaba en esos momentos, como tantas y tantas veces había hecho a lo largo de los años que hacía que me trataba.

—Voy a buscar a mis hijos. No quiero que acaben matándose por tu culpa —dijo Gregory, enfadado, saliendo del salón y dando un portazo.

Que él tampoco confiara en mí hizo que se me rompiera el corazón. Vale que las fotos podían hacerle creer lo que no era, pero joder, me conocía bien y ni el beneficio de la duda me estaba dando.

—Bonnie, ¿qué has hecho? —me preguntó mi madre con los ojos llenos de lágrimas.

Si las palabras de Gregory me habían dolido, la pregunta de mi madre me destrozó. Que todos dudaran de mí era horrible, pero que lo hiciera mi propia madre era devastador.

—Dejadnos solas —les pidió Fiona a las dos, y no de muy buenas maneras al ver en mi cara lo rota que estaba.

Las dos salieron sin decir nada tras la petición —o, más bien, la exigencia — de Fiona, dejándonos a solas.

Tuvieron que pasar varios minutos hasta que conseguí serenarme, o al menos aparentarlo, porque dentro de mi cabeza tenía un huracán de pensamientos, casi todos negativos, que iban y venían sin descanso.

—Cuéntamelo, Bonnie —me pidió Fiona, agarrándome las manos.

El miedo a su rechazo hizo que me pensara unos segundos si contárselo o no, pero luego pensé que lo iba a saber de todas maneras en cuanto regresara Owen, así que lo mejor era que me fuera adelantando y la pusiera al día de todo lo que había pasado.

Cogí una bocanada de aire antes de hablar y empecé a contarle todo desde que Owen y yo llegamos de Inverness, minutos atrás.

Le conté cómo Rory estaba esperándonos muy enfadado, le expliqué cómo le había enseñado unas fotos a su padre en las que salíamos besándonos y abrazándonos, que también habían visto mi madre e Isobel. Cómo Owen le quitó el móvil para verlas nosotros, las acusaciones de venganza que vinieron después y cómo me había exigido que no me acercara a él ni le hablara nunca más. Cómo Owen le dijo que se estaba equivocando, pero ni siquiera le escuchó, y cómo también le pidió a él lo mismo: que no le hablara más.

—Fiona, de verdad que no tengo nada con Owen, solo somos amigos. Él lo único que ha hecho ha sido ayudarme y apoyarme —le dije mirándola a los ojos para que viera la verdad en ellos.

—Lo sé, quédate tranquila. Te conozco, Bonnie, y sé que serías incapaz de hacer algo así. Además, amas a Rory y nunca le engañarías.

Que me creyera y me lo dijera así, con esa seguridad, hizo que mis ojos se volvieran a llenar de lágrimas.

—Gracias por creerme, Fiona. Es muy importante para mí. Además, me sentiría fatal que por unas fotos sacadas de contexto, tu relación con Owen se resintiera; él te quiere.

—Yo también lo quiero a él. Ahora cuéntame por qué os besasteis, porque tiene que haber una razón muy poderosa para que eso pasara, o bien fue la efusividad del momento, o bien fue un mal cálculo —me dijo con mirada pícara.

Cogí mi bolso, que ella misma había dejado en el suelo a nuestro lado, y saqué las ecografías del sobre que me había dado la ginecóloga. Se las tendí con manos temblorosas antes de darle una explicación.

—Owen lo sospechaba porque vio que no bebí *whisky* ayer en la presentación. Cuando fui al gran árbol para descansar un poco de la gente, él me siguió porque estaba preocupado por mí. Acabé confesándole la verdad y, en la efusividad del momento, por la alegría que sintió, me besó.

»Creo que ni él mismo se dio cuenta de lo que hacía y yo no le di la mayor importancia. Esta mañana me ha llevado a Inverness a la cita que tenía con la ginecóloga. Quería estar segura de que todo estaba bien antes de contárselo a Rory y a los demás.

Vi la emoción en sus ojos al enterarse de que estaba embarazada. Ella, mejor que nadie, sabía lo que había supuesto para mí perder a mi bebé la otra vez, lo devastada que estaba y cómo, tras muchas sesiones, aunque no lo había superado, sí había conseguido vivir con esa pena.

—Bonnie, esto es maravilloso. Me alegro tanto por ti. No me extraña que Owen te besara… me estoy pensando si besarte hasta yo.

Su alegría y su risa al enterarse eran contagiosas y, aunque no me apetecía, acabé riéndome con ella.

—Veo que ya le has contado a mi chica la buena nueva. —Las palabras de Owen nos hicieron girarnos a las dos hacia él.

—Ay, cariño, estoy tan contenta… Bonnie se merece todo lo bueno que le pase. Pero, oye, tenemos que ponernos las pilas para no quedarnos atrás, yo también quiero un bebé —le dijo bromeando antes de levantarse y tirarse a sus brazos para besarle.

—Dos —le dijo Owen, y ella le miró con la boca abierta.

—¿Dos? ¿Son dos? —me preguntó a mí, mirándome con la cara desencajada.

Asentí para confirmárselo y el grito de alegría que pegó seguramente se habría oído hasta en Inverness.

—¿Has hablado con Rory? —le pregunté, ansiosa por saber qué había pasado en la destilería cuando fue a buscarle.

—Ni siquiera me ha dejado explicarle nada. Ha soltado muchísimas chorradas por la boca, estaba fuera de sí. No voy a contarte todo lo que me ha dicho, acusándonos a los dos de ser unos infieles. Ahora mismo está cegado por el dolor, Bonnie, y no atiende a razones.

—¿Le has dicho…? —Dejé la pregunta sin terminar, porque él ya sabía lo que quería decir.

—No. Eso te corresponde hacerlo a ti.

Le di las gracias con la mirada por seguir guardándome el secreto.

—¿Tu padre? —le pregunté con miedo.

—Mi padre se ha puesto de su lado. No ha querido escucharme tampoco —me contestó con dolor en los ojos, ese que sentí como mío propio.

—¿Quién le ha mandado las fotos? —preguntó Fiona.

—Lorna. Eso es lo único que he conseguido que me contara. Esa zorra… ya sabía yo que no dejaría las cosas estar e intentaría hacernos daño a todos. Solo espero que mi hermano no sea tan estúpido de volver a tener nada con ella, porque eso sí que no se lo perdonaría en la vida si te hace daño de esa manera.

El enfado de Owen al hablar de Lorna era impresionante. El asco con el que hablaba de ella era el mismo que yo estaba sintiendo en esos momentos.

Se abrió la puerta del salón y por ella entraron mi madre, Isobel y Gregory con más cara de preocupación que de enfado.

Empezaron a pedirnos explicaciones a Owen y a mí de por qué habíamos hecho una cosa tan horrible. Las recriminaciones aumentaron cuando lo negamos, porque ellos solo tenían en la cabeza las imágenes del teléfono de Rory, sin pararse a pensar, como había hecho Fiona, que podía haber una explicación.

—¡Basta! —gritó Fiona, haciendo que, con una sola palabra, se hiciera el silencio en ese salón que parecía más un campo de batalla.

—Bonnie, coge tu bolso. Vamos a tu casa a recoger tus cosas. Te vienes a Inverness conmigo; aquí no pienso dejar que te quedes —me dijo agarrándome del brazo.

—Y vosotros, parece mentira que estéis haciendo esto. Debería daros vergüenza. Os vais a arrepentir de tratarles así. Y Rory, el que más, ese se va a querer morir cuando sepa la verdad —les dijo antes de marcharnos.

Capítulo 27



Llevaba dos meses en casa de Fiona sin salir para absolutamente nada, solo para la cita con la ginecóloga el mes anterior. Habían vuelto a mí los días de oscuridad, aunque estuviera despierta. Estaba totalmente apática y muy decepcionada con todos.

Rory, por descontado, había cumplido su palabra y no había querido saber nada de mí. Al principio le había llamado decenas de veces, todas con el mismo resultado: no me contestó ni una sola. Lo había intentado también mandándole varios mensajes; a esos tampoco me contestó y, es más, después del sexto me bloqueó.

Lo que más rabia me daba de todo ya no era que a mí me hubiera dejado y que no quisiera saber nada de mí. Lo peor era que a Owen tampoco le hablaba más que lo justo, y solo cosas relacionadas con el trabajo. Owen decía que le daba igual, pero Fiona y yo sabíamos que no era verdad: lo estaba pasando mal, pero no quería decirlo para que no nos preocupáramos.

Owen venía a vernos casi todos los días cuando acababa sus tareas en la destilería y muchas noches se quedaba a dormir, sobre todo los fines de semana; de esos no había fallado ni uno. Los dos insistían mucho en que saliera con ellos algún día a tomar, aunque fuera un café, o a comer o cenar, pero me había cerrado en banda y no pudieron convencerme.

La relación de Owen con su padre también se había resentido. Que se pusiera de parte de Rory sin escucharle siquiera no le sentó nada bien y, pasados los días, cuando volvió a preguntarle por qué habíamos hecho las

cosas tan mal, directamente ni le contestó. Y así seguían: prácticamente sin hablarse.

Lo mismo pasaba con mi madre e Isobel. También me habían buscado para pedir explicaciones y tampoco se las había querido dar, reclamándoles que, si querían saber algo, a la que tenían que llamar era a mí. Pero eso no había pasado. Mi madre me había llamado en un par de ocasiones para saber si iba a volver y para decirme que no se esperaba una cosa así por mi parte; la segunda vez que me lo dijo, directamente le colgué el teléfono, y esa había sido la última vez que habíamos tenido contacto.

—¿Estás preparada, Bonnie? —Ese día me tocaba revisión con la ginecóloga y, como la vez anterior, era Fiona la que me acompañaría.

—Sí, solo me falta coger las gafas —le contesté, levantándome del sofá donde estaba sentada.

—Madre mía… Parece que esa barriga crece por días. ¿Tú estás segura de que solo hay dos ahí dentro? Mira que si hoy te dicen que hay otro que estaba camuflado por detrás —me dijo, mirándome alucinada, porque era verdad que tenía muchísima tripa. Nadie diría al verme que estaba embarazada de cuatro meses; parecía que estaba de muchísimo más.

—Calla, por Dios. Si con dos estoy muerta de miedo, no quiero ni imaginarme si vinieran tres. Cuando llegue el momento, ya me tiemblan las piernas solo de anticiparlo… Yo sola con dos hijos, Fiona —me lamenté.

»No sé ni cómo lo voy a hacer. Menos mal que por el trabajo, no tengo que preocuparme. Además, llevo días dándole vueltas a irme a casa de mi abuela; vosotros necesitáis intimidad y ya llevo aquí demasiado tiempo molestando. Tengo que seguir adelante y vosotros también.

—Primero, no estás sola. Owen y yo estamos contigo. Segundo, de aquí no te vas a marchar, por lo menos hasta que des a luz. Y tercero, como te vuelva a oír decir que nos molestas, te pego una colleja que te dejo el cuello como un tomate. —Se me llenaron los ojos de lágrimas al oírle decir todas esas cosas que me demostraban que no me dejarían sola, pasara lo que pasara.

—No sé qué haría sin vosotros, Fiona. De verdad que os estoy muy agradecida. Mis hijos no podrían tener mejores tíos que vosotros.

Nos abrazamos las dos y, al separarnos, estábamos llorando como dos tontas. Bueno, la verdad es que yo me pasaba los días así: entre las hormonas revolucionadas y la tristeza que arrastraba, había llorado más en esos dos meses que los dos años anteriores… y eso que en esos lloré lo mío y lo del vecino.

—Vamos, llorona, que al final llegaremos tarde y hoy es un día muy importante. Sabremos si son niños o niñas… o eso espero, porque lo mismo salen igual de cabezotas que el padre y solo por fastidiar nos enseñan el culo —me dijo bromeando para hacerme reír y lo medio consiguió, porque entre lágrimas también se me escapó una risita.

La consulta de la ginecóloga estaba solo a quince minutos andando de casa de Fiona, así que salimos con tiempo, como habíamos acordado, para ir dando un paseo. Fiona llevaba días diciéndome que lo del encierro se tenía que ir acabando, porque la ginecóloga me mandaría andar. Sabía que tenía razón, pero solo de pensarlo me ponía mala.

Ese día la consulta la tenía a última hora de la tarde. La había pedido así para que Fiona pudiera acompañarme. Owen nos dijo que él llegaría directamente desde Beauly y allí nos encontraría; no quería perderse el momento de saber cuál era el sexo de los bebés.

Apenas había ya nadie en la clínica cuando llegamos, solo un par de mujeres más que tenían cita con otro de los ginecólogos que había allí, así que a los pocos minutos de llegar me llamaron para que pasara.

Como las veces anteriores, la ginecóloga me trató con mucha amabilidad y me hizo las preguntas rutinarias: cómo me encontraba, si había notado algo raro, si estaba comiendo bien o si tenía molestias de cualquier tipo. Todas mis respuestas fueron positivas, porque tenía que dar gracias al cielo —o a mi ángel de la guarda, que era Shona— de que todo iba genial. Al menos en el embarazo, porque el resto de mi vida era un desastre.

Estaba tumbada en la camilla, con Fiona a mi lado, cuando llamaron a la puerta. La doctora dio paso y Owen asomó la cabeza, sonriendo.

—¿Llego a tiempo? —nos preguntó a las tres antes de ponerse al lado de Fiona.

—Justo a tiempo, vamos a ver a estos pequeños —le contestó la doctora antes de empezar a pasar el ecógrafo por mi barriga.

—Siguen siendo dos, ¿verdad? —le preguntó Fiona, riéndose.

—Sí —le contestó la doctora, riéndose también—. Y hoy, además, están en plan descarado, porque nos están enseñando sus partes muy bien. Queréis saber lo que son, ¿no?

—Sí —contestamos los tres, ansiosos, haciéndola reír más.

—Pues este —dijo señalando la pantalla a uno de los bebés, al que ya se le distinguían todas sus partes del cuerpo perfectamente— es un niño. Y la otra —señaló la otra parte de la pantalla— es una niña. Así que vas a tener la parejita, Bonnie.

Los tres nos miramos y por nuestros pensamientos pasó lo mismo: mis hijos iban a ser mellizos de ambos sexos, como lo eran sus tíos Shona y Owen.

Salimos de la consulta con las recomendaciones oportunas, entre las que estaba lo de que tenía que caminar a diario. Al oírlo, Fiona me miró con esa cara de «te lo dije» que me hizo poner los ojos en blanco, haciendo reír a todos los presentes.

—Esto hay que celebrarlo. Ni se te ocurra decir que te vas a casa. Hoy vamos a cenar un *fish and chips* con una buena cerveza —me dijo Owen, apuntándome con el dedo en plan mandón.

—Está bien —le contesté, aceptando.

Estaba tan contenta por saber que mis hijos estaban bien, y que serían un niño y una niña, que ese día no tenía ganas de discutir. Además, cuando dijo lo que cenaríamos, se me hizo la boca agua solo de pensarlo.

Llegamos a uno de los bares en los que sabíamos que ponían las mejores raciones de todo Inverness y, mientras ellos pedían la cena y las bebidas, yo me fui a buscar una mesa libre. No es que estuviera hasta los topes, pero sí lo bastante lleno como para que las mesas escasearan; era viernes y eso se notaba, la gente había empezado a disfrutar del fin de semana.

La cena estaba deliciosa, pero lo mejor de todo fue la compañía. Mientras comíamos y bebíamos, la charla fluyó sin más, como siempre que estábamos los tres juntos. Owen nos contó lo que había estado haciendo en la destilería, sin nombrar a su hermano ni a Lorna. Es verdad que eso no os lo había contado: la señorita había vuelto a trabajar allí un mes atrás.

Cuando Owen se enteró, puso el grito en el cielo, pero tanto su padre como Rory le dijeron que ella les había pedido disculpas por su comportamiento en la última reunión y que, además, había prometido no cambiar nada de la nueva página web. ¿Y cómo me sentí yo? Pues traicionada. Esa era la mejor palabra para describirlo. Y decepcionada también. A ella, a la primera de cambio, le habían dejado volver y a mí ni siquiera me habían dejado hablar.

Estábamos terminando de cenar cuando la puerta del bar se abrió y por ella aparecieron las dos personas que menos esperábamos encontrarnos allí esa noche. Lorna y Rory entraron hablando entre risas como si fueran dos buenos amigos o incluso una pareja. Se me revolvió la cena que acababa de comer y un regusto amargo se me instaló en la boca.

Si mi corazón no estaba ya roto del todo, verlos allí a los dos tan felices y cómplices hizo que el último trozo de este acabara estallando en mil pedazos.

—Bonnie, ¿qué te pasa? Te has puesto pálida. ¿Estás bien? ¿Son los niños? —Esas preguntas llegaron por parte de los dos, porque al estar de espaldas no habían visto quién acababa de entrar por la puerta.

—Lorna y Rory acaban de entrar. —Mi respuesta les hizo mirarme horrorizados y darse la vuelta rápidamente para comprobarlo.

Capítulo 28



La primera en vernos fue Lorna y no tardó ni un segundo en decírselo a Rory. Cuando centró su mirada en nosotros, la sonrisa con la que había entrado en el bar se le borró en el acto.

Lorna no se cortó ni un pelo y, como sabía que la estábamos viendo y quería dejarnos claro su triunfo, le susurró algo al oído que le hizo sonreír. Pero eso no fue lo que más me dolió, sino que, a continuación, le agarró del brazo y él tomó ese gesto como algo de lo más normal.

—Será desgraciada, encima se regodea —dijo Owen, apretando los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Owen, tranquilo. No podemos montar una escena. Sabes que a Bonnie no le viene bien alterarse ni llevarse disgustos, no es bueno ni para ella ni para los niños —le dijo Fiona, agarrándole las manos para que dejara de apretarlas.

—Lo sé, y solo por eso me estoy conteniendo. Si no, me levantaría y le daría un puñetazo, a ver si de una puta vez reacciona —contestó, apretando esta vez los dientes.

—Ya me he hecho a la idea de que estos niños no tendrán padre, al menos presente. Rory ya no me quiere y empiezo a dudar de si lo hizo alguna vez. No se le hace daño a la persona a la que amas, no se desconfía de ella a la primera de cambio y no la borras de tu vida con tanta facilidad como lo ha hecho él.

»Es la segunda vez que me aparta de su vida creyendo la versión de otras personas antes de escuchar siquiera la mía. Pues no va a tener la oportunidad

de hacerlo una tercera vez. Le amo con locura, eso no va a cambiar, pero mis hijos van por delante de él y de todos.

»No voy a permitir que nadie les haga daño y, si tengo que marcharme lejos para que ninguno de aquella casa les haga el más mínimo desprecio, lo haré.

—No digas tonterías. ¿Irte? Por encima de mi cadáver. Antes de que eso pase, monto un pollo en la casa grande y les canto a todos cuatro verdades que los dejo mudos de la impresión —me dijo Owen, enfadado, pero no conmigo, sino con todos ellos y con la situación que nos estaban haciendo vivir.

—Vienen hacia aquí —nos avisó Fiona, que por el rabillo del ojo vigilaba todos sus movimientos mientras Owen y yo hablábamos.

—Vaya, mirad a quién tenemos aquí. Fiona, me tienes asombrado. ¿Cómo puedes seguir tan bien con ellos? No me digas que ahora sois una pareja de esas que viven un poliamor. —Esas palabras no eran propias de Rory.

Jamás habría pensado algo así, al menos del Rory que yo conocía. Así que solo había dos opciones: o alguien le había metido esa idea en la cabeza o había cambiado tanto en dos meses que ya no era mi Rory.

—No se puede ser más gilipollas que tú. Se te tendría que caer la cara de vergüenza de estar paseándote con esta —dijo Fiona, señalando a Lorna con asco—, cuando es la culpable de todo lo que ha pasado. Parece que el refrán ese que dice que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra es cierto, y tú eres la prueba.

»Cuánto te vas a arrepentir cuando descubras la verdad. Voy a estar en primera fila para ver cómo te arrastras y pides perdón. Por escuchar a quien no debes, vas a perderlo todo, imbécil.

Las palabras de Fiona estaban cargadas de desprecio. Ante todo era mi amiga y la novia de su hermano, y ella también lo estaba pasando mal viéndonos sufrir.

—Él no ha escuchado nada, solo ha visto las pruebas de la traición. ¿O podéis negar que ese beso no pasó de verdad? Las imágenes hablan por sí solas. —En vez de contestar Rory, Lorna se adelantó, metiendo cizaña y recordando otra vez el puto beso.

—Claro que la besó, y yo también lo hice. Cuando te enteras de una noticia maravillosa, reaccionas en tal estado de euforia que algunas veces no sabes ni lo que haces —le contestó Fiona, cada vez más enfadada.

—Chicos, ¿podemos irnos? Necesito descansar —les pedí casi rogando, porque no quería seguir allí ni un minuto más.

Owen y Fiona se pusieron en pie los primeros y se colocaron las chaquetas.

—¿Y qué noticia era esa? —preguntó Rory a nadie en concreto.

—¿Qué más te da? Además, seguro que se lo están inventando. Cualquier cosa con tal de no reconocer la verdad —le dijo Lorna, pegándose más a él y empezando a acariciarle el brazo. Tuve que apartar la mirada; dolía demasiado ver cómo me había sustituido tan pronto.

—Por eso no te preocupes, Lorna. No es algo inventado y no hace falta ni decirlo, porque en unos segundos lo veréis con vuestros propios ojos de qué estamos hablando. Vamos, Bonnie, aquí ya se ha dicho suficiente esta noche. —Mientras Owen le contestaba, Fiona me ayudó a ponerme en pie.

Salí de detrás de la mesa y mi gran barriga quedó a la vista de los dos. Los ojos de Lorna se abrieron tanto que pensé que se le iban a salir de las órbitas. La mirada de Rory, en cambio, fue muy distinta: en ella había sorpresa y confusión. Noté cómo su mente trabajaba a toda velocidad, intentando encajar las piezas como si aquello fuera un puzle.

Pasamos por delante de ellos, que seguían pasmados, incapaces de decir una sola palabra, y caminamos hacia la salida con sus miradas clavadas en nuestras nucas.

Fuera hacía frío. Se notaba que el otoño había llegado a Inverness con fuerza, pero, aunque el termómetro hubiera marcado cuarenta grados, yo habría sentido el mismo frío recorriéndome el cuerpo. No venía del aire ni de la noche, sino de la ausencia. De su ausencia. La de Rory.

Ese vacío que había dejado en mí no podría llenarse con el calor de otros brazos, ni con los besos de otros labios, ni con el roce de otro cuerpo. Mi corazón tampoco se templaría con la presencia de nadie que no fuera él. Le

había entregado mi corazón y mi cuerpo, esos que ardían por él, y con su frialdad estaba consiguiendo algo que nunca pensé posible: apagarlos poco a poco, como una llama que se queda sin oxígeno.

No llegamos a dar ni veinte pasos por la acera, en dirección a casa, cuando oímos a alguien corriendo tras nosotros.

—Bonnie. —Su respiración estaba acelerada por la carrera y su mirada seguía igual de confusa.

—¿Qué quieres? —le contesté sin pararme.

—Necesito saber algo.

Ya me imaginaba qué quería preguntarme, así que me adelanté y le respondí.

—La respuesta es sí.

Me di la vuelta y seguí caminando junto a Owen y Fiona, a los que miré de reojo y vi sonreír.

—¿Por qué me dices que sí, si ni siquiera sabes lo que quiero preguntarte? —Alzó la voz para que le oyera bien, porque nosotros seguíamos avanzando y él se había quedado clavado en el mismo sitio.

—Porque sí sé cuál es tu pregunta, una que duele porque vuelves a dudar. Sí, eres el padre, aunque supongo que, como te lo digo yo, no te lo vas a creer. Ve con tu amiga, o lo que sea, y pregúntale a ella.

»Lo mismo te da una respuesta que te gusta más. Menos mal que era yo la que estaba ciega… pues creo que me has quitado el puesto.

Doblamos la esquina y no dije nada más.

Capítulo 29



Durante todo el camino hasta casa, ni Fiona ni Owen comentaron nada de lo que acababa de pasar. Me conocían lo suficiente para saber que necesitaba mi tiempo para digerirlo y poner en orden todos mis pensamientos.

Que Rory tuviera que hacerme la pregunta de si él era el padre de mis hijos… Bueno, él no sabía que eran dos, pero eso no era lo importante. Lo que sí lo era es que seguía dudando de todos mis actos, y eso dolía muchísimo.

Llegamos a casa y me metí en la habitación directamente. Yo necesitaba soledad en esos momentos y ellos privacidad, esa que yo les estaba robando por estar compartiendo su casa y sus vidas.

Cuando les había dicho que tenía pensamientos de marcharme, no había sido algo que me saliera por la boca así sin más. Lo había estado pensando mucho en los últimos días y, aunque no me iría lejos, porque no quería privar a mis amigos de ver crecer a mis hijos ni a mis hijos de tener a los mejores tíos del mundo, lo que sí podía hacer era irme a vivir a casa de mi abuela. Apenas estaba a diez minutos de la de Fiona y llevaba cerrada desde que murió. Esa casa era mía porque en su testamento me la había legado a mí y no a mi madre.

Ya tumbada en la cama, mientras pensaba en todo eso, decidí que en unos días les comunicaría a Owen y a Fiona mi decisión de irme a vivir allí.

El sonido del timbre me despertó, sobresaltándome. Me senté de golpe en la cama y miré el reloj que tenía en la mesilla: marcaba las ocho de la mañana.

¿Quién vendría tan temprano un sábado? *Lo mismo era alguien que se había equivocado o algún repartidor madrugador*, me dije.

Me levanté y, a la pata coja, llegué hasta el baño para hacer mis necesidades. Cuando salí para ir a la cama otra vez, pude oír varias voces que venían desde el salón de la casa. Agudicé el oído mientras me colocaba la prótesis y distinguí claramente de quiénes eran.

—Por favor, Fiona, solo queremos hablar con ella y saber qué está pasando —le pedía mi madre a mi amiga, rogando.

—¡Ahora! ¿Ahora queréis hablar y saber? Creo que llegáis dos meses tarde para querer escuchar.

—Solo queremos saber si está bien —añadió Gregory.

—Físicamente está muy bien. Emocionalmente, no tanto, y eso creo que os lo tenemos que agradecer a todos vosotros. Todo lo que habíamos conseguido que avanzara en el tiempo que estuvo en la finca, lo jodisteis de un plumazo, juzgándonos.

»Está otra vez en la casilla de salida, otra vez se autoimpuso el encierro. Solo sale, como ayer, para ir al médico, que es de donde veníamos cuando paramos a cenar después de mucho insistir —les explicó Owen, enfadado.

—Nunca me imaginé que pudiera estar embarazada. ¿Por qué no me dijo nada? —la carcajada de Owen y Fiona fue a la vez, como si estuvieran sincronizados al oír la pregunta de Rory.

—¿Que por qué no te dijo nada? ¿Es que acaso le diste la oportunidad de explicarse? ¿Le cogiste alguna de todas las llamadas que te hizo? ¿O le respondiste a alguno de los muchos mensajes que te mandó? No.

»Tú solo viste una mierda de fotos que te envió alguien que lo único que quería era separaros y hacer daño. Tú, que decías que la querías, la despreciaste y la echaste de tu vida a la primera dificultad, insultándola y acusándola de algo que nunca fue real.

»Y después de todo eso todavía tienes los santos cojones de preguntar por qué no te dijo nada.

—Mira, Rory, ya nos ha quedado claro a todos que no la amas, a la vista está lo rápido que le has buscado una sustituta. Así que te lo voy a pedir de buenas maneras y, por favor, déjala en paz. Bastante ha sufrido ya como para que la machaques más.

Mientras Owen hablaba, me había dado tiempo a ponerme ropa cómoda y salir silenciosamente hasta el salón. Me apoyé en la puerta para seguir escuchando sin que nadie se percatara de mi presencia.

—Y en cuanto a vosotros —dijo Owen, lamentándose, dirigiéndose a mi madre, a Isobel y a su padre—, lo vuestro sí que es vergonzoso. ¿Cómo habéis podido tratarla así? Habéis vivido de primera mano durante cinco años lo que le pasó, habéis visto todo lo que ha sufrido.

»La conocéis como es y también me conocéis a mí. Hicisteis lo mismo que Rory: en vez de querer saber la verdad, os fiasteis de unas imágenes en vez de fiaros de nuestra palabra. Bueno, la verdad es que ni eso, porque no nos dejasteis explicarnos.

—Es que parecía tan real el beso, que ya no vimos más allá… nos cegamos —dijo mi madre con lágrimas en los ojos, esas que parecían ser de arrepentimiento porque se había empezado a dar cuenta de que habían metido la pata todos hasta el fondo.

—Es que el beso sí fue real, sí que la besé, pero no por los motivos que vosotros creéis —le contestó Owen, y al oírle, la cara de todos fue un poema, porque no se esperaban que lo reconociera y hablara de ello como si fuera algo de lo más normal.

—No entiendo nada. Desde el principio has querido hacernos ver que esas fotos eran mentira y ahora dices tan alegremente que sí la besaste —le replicó Rory, enfadado.

—Yo en ningún momento he dicho que esas fotos fueran mentira, como tampoco he negado nunca que la besara. Lo que sí que intentamos explicaros, y ninguno de los cuatro quiso escuchar, era la razón por la que lo hice, que no tiene nada que ver con algo romántico ni sexual —le contestó en el mismo tono, enfadado.

—¿Y qué razón podría ser, si no? —le preguntó su padre.

—La felicidad que sentí en ese momento, en el cual me acababa de enterar de que mi mejor amiga iba a ser madre. Me sentí pletórico al saber que mi hermano y Bonnie me iban a hacer tío, sabiendo que para ella era algo muy importante y que nunca pensó que pudiera pasar.

»En esos momentos estaba tan emocionado y contento por ellos que ni pensé lo que hacía: la cogí en brazos, bailamos y reímos celebrándolo y, en un impulso, la besé, sí, pero te aseguro que si mi hermano hubiera estado allí, le habría besado a él también.

»Fiona lo entendió a la primera. No nos hicieron falta justificaciones con ella porque nos conoce a los dos. Y que los demás hayáis pensado que ella y yo teníamos un lío, sinceramente, es de tener unas mentes muy retorcidas. —Las caras de incredulidad y arrepentimiento de los cuatro cuando Owen terminó de hablar eran dignas de enmarcar; si no fuera porque era algo muy serio y no estaría bien hacerlo, hasta me habría reído.

—Primero te creíste las mentiras de Ellen y durante cinco años apartaste a Bonnie de tu vida. Ahora vuelves a hacer lo mismo creyéndote las mentiras de Lorna, porque todos sabemos que no solo estabas así aquel día por haber visto esas fotos; lo estabas porque ella te calentó la cabeza todo lo que pudo, inventándose vete tú a saber qué.

»Con ello mató tres pájaros de un tiro: sacó, o más bien hizo que sacaras, a Bonnie de tu vida; se quedó contigo, que siempre fue su objetivo, y se vengó de Owen, al que intentó seducir estando todavía casado y no la correspondió.

»Desde luego, se merece un aplauso, a manipuladora no le gana nadie. Y tú te mereces una patada en el culo por gilipollas. Sinceramente, creo que Bonnie está mejor sin ti, porque desde luego no te la mereces, como tampoco te mereces que te ame como lo hace, porque lo único que has hecho es despreciar ese amor.

Vaya repaso en dos minutos que le pegó Fiona a Rory. Si es que tenía un pico de oro la psicóloga.

Owen, cuando acabó de decirle todo eso a su hermano, la agarró de la cintura y le dio un beso en la cabeza, demostrándole que estaba totalmente de acuerdo con ella y que lo había explicado tan bien que se merecía su más completa admiración.

Se hizo tal silencio en el salón que era abrumador. Nadie era capaz de decir nada. Por parte de Owen y Fiona estaba todo dicho y, por parte de los demás, supuse que estaban tan avergonzados y desolados por lo injustos que habían sido con nosotros que no se atrevían a abrir la boca.

Un carraspeo por mi parte, anunciándoles a todos que estaba allí y que había sido testigo de toda la conversación, les hizo girarse hacia donde estaba, como si estuvieran totalmente sincronizados.

Mi madre e Isobel se llevaron las manos a la cara y se echaron a llorar cuando me vieron a mí y a mi gran barriga. Gregory se sentó en el sofá, totalmente abatido. Y Rory, ay… Rory. Su cara era la mejor: no sabía si echarse a llorar, tirarse de los pelos o caerse redondo allí mismo.

—Bonnie, hija, estás preciosa —me dijo mi madre desde la distancia, porque no se atrevía a acercarse.

—La que es guapa hasta un saco le sienta bien —añadió Isobel, sonriendo. No dijo esa frase por decir, sino porque sabía que las dos veces anteriores que la dijo fue en dos momentos clave.

—Bonnie, ¿estás bien? ¿Y el bebé está bien? —la pregunta de Gregory hizo que Owen, Fiona y yo nos miráramos cómplices, pero no dijimos nada.

—¿A qué ha venido esa mirada? ¿Le pasa algo al bebé o a ti? —me preguntó Rory, preocupado.

No quise seguir guardando el secreto. Total, al final, en poco tiempo, todos lo iban a saber, así que buena gana de esperar.

—Los tres estamos bien, podéis quedaros tranquilos.

Mi respuesta les hizo soltar el aire que estaban conteniendo, pero, segundos después, al procesar que había dicho tres y no dos, mi madre e Isobel soltaron un jadeo, Gregory se echó a llorar y Rory se tambaleó hacia atrás hasta pegarse a la pared que estaba a su espalda y deslizarse hasta sentarse en el suelo.

—Ya puestos, cuéntales lo mejor —me pidió Owen, riéndose.

—¿Lo mejor? ¿Qué puede ser mejor que saber que va a tener dos hijos y que los tres están bien? —preguntó Gregory, limpiándose las lágrimas que tenía en las mejillas.

—Que se van a llamar Owen y Shona, como sus tíos, porque son un niño y una niña —le contesté, sorprendiéndoles a todos, porque a mis amigos no les había dicho cómo había decidido llamar a mis hijos.

—Dios bendito —dijo mi madre, y esta vez sí vino hacia mí para abrazarme, al igual que hicieron Gregory e Isobel, envolviéndome los tres entre sus brazos.

Me soltaron de repente porque oímos cómo la puerta de la calle se había cerrado. Al girarnos, los tres vimos el hueco vacío en el suelo donde Rory había estado sentado momentos antes.

—¿Dónde ha ido? —preguntó Gregory, preocupado.

—A lamerse las heridas, supongo. Necesita estar solo para pensar en lo mucho que la ha cagado. Deberíais haber visto su cara antes de irse: era la de un hombre roto que sabe que ha perdido lo mejor que tenía en su vida. —La respuesta de Owen, que estaba emocionado, pensando seguramente en lo mal que estaba su hermano al haberse dado cuenta de cuánto había metido la pata y del daño sin motivo que me había hecho, hizo que se me encogiera el corazón. Pese a todo, lo seguía amando y no quería verlo mal.

El resto de la mañana, mientras Fiona sacaba café e infusiones para todos, acompañados de unos deliciosos dulces que había comprado el día anterior, la pasamos hablando todos sentados en el salón de su casa.

Mi madre, sobre todo, nos pidió llorando cientos de veces perdón por haber dudado de nosotros, y Gregory e Isobel hicieron un tanto de lo mismo. Eran mi familia, esa a la que quería con locura. ¿Cómo no les iba a perdonar? Todos tenemos derecho a equivocarnos y a cometer errores; lo importante es arrepentirse de ello y pedir perdón de corazón, como habían hecho ellos.

Owen, que tenía un corazón de oro, como había demostrado ya mil veces, les perdonó también, no sin soltar antes alguna pullita más que dijo que se merecían.

Se quedaron a comer con nosotros y hablamos mucho de todo lo que había pasado esos dos meses. Les enseñé las ecografías, con las que volvieron a llorar los tres, y me rogaron que volviera a casa con ellos, pero en eso sí que no cedí. No podía volver allí y ver a Rory con Lorna. Eso me haría sufrir, y estar en ese estado no era bueno ni para mí ni para mis hijos.

Capítulo 30



Después de un día lleno de emociones y de reconciliación, cuando llegó la hora de irme a la cama, tenía la cabeza llena de toda clase de pensamientos. Por una parte, estaba muy contenta de haber recuperado la relación con mi madre, Isobel y Gregory. Pero, por otra, entendía que a Rory le hubiera superado el momento en el que se enteró de la verdad, aunque marcharse así sin más me dolió. Que menos que haberse quedado y haberme dicho algo; no un te quiero, ni un perdón si no lo sentía, pero que menos que reconocer que se había equivocado.

Justo estaba pensando en todo eso, ya tumbada en la cama, a punto de caer en brazos de Morfeo, cuando mi móvil sonó anunciando un mensaje. Sonreí para mí misma, porque ya me imaginé que era otro mensaje de mi madre antes de acostarse. Desde que se habían marchado a mitad de la tarde, me había mandado al menos diez, preguntándome cómo estaba, si necesitaba algo o si podíamos vernos otra vez al día siguiente.

Cogí el móvil para contestarla, pero al mirar la pantalla me quedé congelada. El mensaje no era de mi madre, sino de Rory, que al parecer me había desbloqueado. Con las manos temblorosas y a tope de curiosidad y miedo, abrí el chat para ver qué era lo que me decía.

Rory: *Bonnie… siento molestarte a estas horas, pero no podía dejar que se acabara el día sin decírtelo. Te escribo sin saber si lo leerás, y la razón de hacerlo así es porque no me atrevo ni a mirarte a la cara.*

»LO SIENTO, lo siento muchísimo por todo: por no dejarte hablar, por despreciarte, por sacarte de mi vida una vez más, por no estar cuando debía

haberlo hecho… lo siento por tantas cosas que podría estar hasta mañana escribiendo, pero supongo que ya es tarde para pedir perdón, un perdón que sé que no me merezco y entiendo que no llegará.

»Solo quiero que sepas una cosa más, aunque sea demasiado tarde: TE AMO. Y a los pequeños también. Eso nunca cambiará. Nunca dejé de hacerlo; aunque estuviera enfadado, de mi corazón y mi cabeza no has salido nunca.

Releí el mensaje varias veces, llorando a más no poder. Owen tenía razón: Rory estaba roto. Yo conocía bien esa sensación; la había sentido durante tanto tiempo que no me hacía falta ponerme en su piel para saber cómo se sentía.

No le contesté al mensaje. Primero, porque prefería hablar con él cara a cara, y segundo, porque en un solo mensaje no podría escribir todo lo que sentía o lo que quería decirle. Con el móvil en la mano y su mensaje abierto, y con la cara llena de lágrimas, así fue como me quedé dormida.

Al día siguiente me levanté bastante tarde. No había pasado buena noche, me desperté bastantes veces sobresaltada por las pesadillas que tuve. Con mala cara me senté en la mesa de la cocina, donde estaban Fiona y Owen tomando un café. Cuando me vieron, los dos fruncieron el ceño antes de preguntarme.

—¿Mala noche? —me dijo Fiona, acercándome una tostada para que metiera algo más en el estómago que no solo la infusión que me había preparado.

—Regular, no he dormido muy bien —le contesté, dando un sorbo a mi taza.

—Demasiadas emociones ayer, ¿no? —me dijo Owen, sonriéndome comprensivo.

—Sí… y la mejor o la peor, eso según se mire, la última de la noche. —Mordí un trozo de la tostada que me había dado Fiona antes de seguir hablando, porque los dos se cruzaron de brazos esperando que continuara—. Rory me escribió un mensaje anoche.

Los dos me miraron con la boca abierta, sorprendidos.

—¿En serio? ¿Y qué quería? Mira que como te pusiera alguna chorrada o recriminación, voy ahora mismo hasta allí y le muelo a palos. —Las palabras de Owen me hicieron sonreír; siempre tan protector, siempre pensando en mi bienestar, como el buen amigo que era.

—Comprobadlo vosotros mismos —les dije, pasándoles el móvil con el mensaje abierto para que lo leyeran.

A Fiona se le llenaron los ojos de lágrimas. Si es que en el fondo era una sentimental, y por mucho que hubiera puesto a parir a Rory estos meses atrás, yo sabía que le tenía mucho aprecio. Owen, al acabar de leerlo por segunda vez para absorber todos los detalles, estaba más o menos como ella y soltó un suspiro cansado.

—¿No le contestaste? —me preguntó Owen, y yo negué con la cabeza a modo de respuesta.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Fiona, sabiendo ya mi respuesta de antemano, como la buena psicóloga y amiga que era.

—¿Por qué me preguntas eso si ya sabes la respuesta? —le contesté con otra pregunta para hacerla rabiar, porque sabía que era algo que odiaba.

—¿La sabes? —le preguntó Owen, mirándonos primero a mí y después a ella, que estaba sonriendo como yo.

—Le quiere, y está claro que él a ella. Aunque haya sido un gilipollas, se merecen su final feliz.

Yo también lo creía. Nos merecíamos, lo primero, una conversación sincera y, lo segundo, tener nuestro final feliz. Bastante habíamos pasado ya como para que un error provocado por una persona malintencionada nos robara nuestro futuro.

—¿Vas a ir a verle para hablar con él? Yo lo haré mañana cuando vaya a trabajar, también tenemos una conversación pendiente. Es mi hermano y no podemos seguir así.

—Sí, iré, pero aún no sé cuándo. Necesito poner mi cabeza en orden y pensar bien qué le voy a decir. —Mi corazón me decía que fuera en ese momento corriendo a sus brazos, pero mi cabeza, que era la que ganaba, me decía que esperara y no fuera impulsiva, y eso era lo que iba a hacer.

—Pues cuando lo tengas claro, dímelo y yo mismo te llevaré a casa —asentí, agradeciéndoselo.

—Además, también quiero ir a hablar con Shona. Hace mucho que no lo hago y tengo muchas cosas que contarle. —Cualquier persona se hubiera horrorizado porque dijera así, tan normal, que quería hablar con una persona muerta, pero ellos no. Sabían lo importante que eran para mí esos momentos y el bien que me hacían, así que lo veían como algo de lo más normal.

El resto del día lo pasé casi entero en mi habitación. Owen y Fiona me propusieron ir con ellos a comer fuera y después al cine, pero no me apetecía y, además, quise dejarles libres para que disfrutaran en pareja.

Aproveché el resto del día para adelantar trabajo. Fue un día muy productivo: terminé de reestructurar una página web completa y otra casi la terminé, y eso que tenía que crearla de nuevo.

Cuando Owen y Fiona volvieron a casa, ya estaba metida en la cama y desde allí les deseé buenas noches. Ese día fue tocar la almohada y caer dormida enseguida; mi cuerpo notó la falta de sueño de la noche anterior y necesitaba descanso.

Capítulo 31



Al día siguiente, Fiona y yo estábamos haciendo la cena cuando llegó Owen. Nada más verle la cara, ya supimos que algo había pasado en la destilería. Las dos dejamos lo que estábamos haciendo y nos acercamos, preocupadas y ansiosas por que nos lo contara todo.

—Owen, ¿qué ha pasado? Me traes una cara que parece que medio Inverness te debe dinero —le dijo Fiona antes de abrazarle y darle un beso.

—Ni os imagináis la que se ha liado en la destilería… y eso que el día empezó muy bien. Rory y yo hablamos largo y tendido y hemos arreglado todo.

—¿Entonces con qué se ha liado? —le pregunté yo, preocupada.

—Mi hermano me había dicho que cuando termináramos de hablar los dos, era su intención ir al despacho de Lorna y mandarla a la mierda, sin billete de vuelta, por cierto. Y antes de que se me olvide, Bonnie: no ha tenido nada con ella estos meses.

»El día que los vimos era la primera vez que iban juntos a tomar algo, y no porque hubieran quedado, sino porque se encontraron de casualidad aquí, en Inverness.

Saber eso me quitó un gran peso de encima. Era una de las cosas que más me rondaban por la cabeza; pensar que hubieran estado juntos… solo con pensarlo me entraban los siete males.

—Gracias por decírmelo. Solo de pensar en ellos dos juntos… —Dejé la frase sin terminar porque no hacía falta seguir; ellos me entendieron de sobra.

—Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Ha sido Lorna la que la ha liado cuando Rory la ha despachado con viento fresco por lianta y mentirosa? —le preguntó Fiona, adelantándose a mi siguiente pregunta, que era la misma. Sabiendo cómo era Lorna, las dos nos imaginamos lo mismo.

—Así es… pero lo peor es que cuando he acompañado a Rory al despacho, Lorna no estaba sola. Ellen estaba con ella y no veáis las cosas que estaban diciendo. Las hemos oído desde fuera los dos, sin que lo supieran. Las muy zorras lo prepararon todo juntas.

»El plan era sacar a Bonnie de la ecuación; que Lorna enredara a Rory hasta conseguir que le pusiera un anillo en el dedo, cosa que ya daba casi por hecho que conseguiría en poco tiempo.

»Lo de meterme a mí por medio y que me dejara de hablar con mi hermano y mi familia también era parte del plan, para que Ellen consiguiera su venganza personal contra mí por haberla jodido divorciándome de ella y que no pueda seguir viviendo como una reina.

Fiona y yo no dábamos crédito a lo que Owen estaba contando. ¿Cómo podían ser las dos tan malas y retorcidas? Nosotros pensábamos que lo de las fotos había sido una casualidad, que Lorna o alguien con quien ella tenía buena amistad nos había visto ese día y las hizo.

Pues al parecer no había sido así. Por lo que las escucharon hablar, las dos, por turnos, habían estado yendo a la finca para poder conseguir algo, lo que fuera, para hacer a Rory dudar de mí. Les salió la jugada redonda cuando fue precisamente con Owen cuando encontraron ese algo.

—¿Qué habéis hecho después? —le pregunté, preocupada, porque me estaba imaginando cómo se habría sentido Rory al escuchar todo eso: como un tonto al que habían engañado como a un niño.

—Yo, nada. Ni tiempo me ha dado a abrir la boca. Mi hermano se ha puesto que daba miedo, en la vida le había visto tan enfadado y fuera de sí. Él, que siempre es todo calma y contención, ha perdido los papeles totalmente. Las ha llamado a gritos de todo menos guapas.

»Las ha echado de la destilería sin dejarlas ni coger el bolso; ya me he encargado yo de dárselo, porque se lo ha tirado contra el coche, esparciendo todo lo que llevaban por el suelo.

»Los empleados primero han flipado en colores, pero cuando las dos ya estaban al lado del coche de Lorna y Rory seguía recriminándoles mil cosas, amenazándolas con que si volvían a acercarse a Bonnie o a alguien de su familia lo iban a pagar muy caro, todos los presentes se han puesto a aplaudirle.

»Ha sido brutal. No creo que le hayan quedado ganas a ninguna de las dos de dejarse ver por la destilería ni de volverse a acercar a ninguno de nosotros.

—Joder… y nos lo hemos perdido —se lamentó Fiona, riéndose al imaginarse la escena.

—¿Cómo se ha quedado Rory? ¿Estaba bien cuando te has venido? —Aunque yo también hubiera pagado por ver cómo ponía a esas dos víboras en su sitio, me preocupaba más en ese momento cómo se sentiría él al haber descubierto toda la trama.

—Nos ha costado calmarle. Tu madre e Isobel se lo llevaron a casa cuando las dos lagartas se marcharon, para darle una infusión. Después del subidón de adrenalina de la riña, ya cuando estaba en casa, se ha venido abajo y no dejaba de llorar, diciendo que había perdido a la mujer de su vida y a sus hijos por ser un idiota.

»Al menos cuando me he venido, ya no lloraba. Mi padre se ha quedado con él para hacerle compañía.

Saber que Rory estaba así de mal por haberme perdido hizo que se me erizaran todos los pelos del cuerpo. No podía consentir que siguiera pensando lo que no era ni un día más. En ese caso, la cabeza se quedó a un lado y actué como me dijo mi corazón que lo hiciera.

—Llévame a Beauly ahora, por favor —le pedí a Owen; o, más bien, se lo rogué.

—Tengo el coche en la puerta. Sabía que me lo pedirías cuando te contara el estado en el que está mi hermano —me dijo, sonriendo.

—Vete arrancando. En dos minutos salimos —le dijo Fiona, que por supuesto en casa no se iba a quedar.

La media hora que duraba el viaje hasta casa se me hizo eterna. Cuando llegamos, ya de noche. La única luz que estaba encendida era la de la cocina y allí fue donde nos dirigimos los tres nada más bajarnos del coche.

Cuando abrimos la puerta, mi madre, Isobel y Gregory, que estaban sentados en la mesa hablando, pegaron un bote en las sillas. No esperaban que viniera nadie a esas horas y, mucho menos, yo.

—Bonnie, hija… ¿estás bien? ¿Qué hacéis aquí los tres? ¿Los niños…? —Levanté la mano para parar a mi madre, que parecía una ametralladora soltando preguntas.

—¿Dónde está? —Al oír mi pregunta, los tres sonrieron al darse cuenta del motivo por el que estaba allí, que no era otro que Rory.

—En el gran árbol. Lleva allí más de una hora —me contestó Gregory, negando con la cabeza—. Bonnie, mi hijo no está bien y…

—Lo sé. Por eso he venido. No pienso consentir que el padre de mis hijos y el hombre al que amo lo esté pasando mal. —Al terminar mi frase, su padre me miró agradecido, dándose cuenta de que no venía a machacarle más, sino a apoyarle.

—Venga, ve a por tu chico, anda —me dijo Owen, abriendo la puerta de la cocina para que saliera en busca de Rory.

No tardé ni tres minutos en llegar al gran árbol. Rory ni siquiera me oyó llegar, ni tampoco me vio por la posición en la que estaba. Sentado contra el tronco, con las piernas dobladas contra el pecho y la cabeza metida entre ellas, se lamentaba murmurando palabras que fui capaz de distinguir porque lo que más se oía eran sus sollozos.

Me acerqué hasta ponerme justo a su lado y, muy despacio, me dejé deslizar por el tronco, sentándome a su lado.

—Creo que tendremos que plantearnos poner un banco aquí. Dentro de poco, si me siento en el suelo, después no podré levantarme —le dije riéndome, mientras con una mano le acariciaba el pelo.

Al oír mi voz y notar cómo le tocaba, levantó la cabeza tan rápido que pensé que se partiría el cuello. Se me quedó mirando como si fuera una aparición. Alargó la mano para tocarme la cara y cerciorarse de que lo que estaba viendo era real, pero en el último momento se lo pensó mejor y dejó la mano suspendida en el aire dos segundos antes de bajarla de nuevo.

Seguramente pensó que yo no quería que me tocara, pero estaba confundido. No es que quisiera; es que lo necesitaba.

Alargué mi mano hasta la suya y se la cogí para llevársela hasta mi cara. Primero la acerqué hasta mis labios y se la besé; después la llevé hasta mi mejilla, donde la puse para que viera que podía tocarme sin problemas.

—Bonnie… —Mi nombre salió de su boca como un lamento, mientras me acariciaba la cara suavemente—. Lo siento tanto —añadió sin dejar de llorar.

—Lo sé… yo también lo siento —le contesté, y me miró desconcertado porque no sabía a qué me estaba refiriendo.

—¿Lo sientes? ¿Por qué? Tú no hiciste nada. El único imbécil he sido yo.

—Lo siento por haber tardado dos días en venir a decirte que yo también te amo, que te perdono y que tú tampoco has salido ni de mi cabeza ni de mi corazón —le contesté antes de acercarme a él y darle un suave beso en los labios.

—Dios mío, Bonnie… te amo tanto que duele. Siempre ha sido así desde que era solo un crío. Voy a dedicar mi vida a hacerte feliz —me dijo mientras las lágrimas le seguían cayendo por las mejillas.

—Puedes empezar dándome un beso. Eso estaría realmente bien.

No tardó ni un segundo en darme lo que le pedí… y no fue un beso, fue un besazo.

Capítulo 32



La reconciliación de aquella noche fue épica. Después de la charla en el gran árbol, como hacía frío, Rory se levantó del suelo y, cogiéndome en brazos, me llevó hasta la casa de mi madre.

Primero tuvimos una larga charla en la que abrimos nuestros corazones al máximo y nos confesamos lo que sentíamos. También nos prometimos el uno al otro que no dejaríamos que nadie volviera a interponerse nunca más en nuestra relación y que, si alguna vez se presentaba una situación como la que acabábamos de vivir, lo primero que haríamos, antes de sacar conclusiones precipitadas, sería hablar entre nosotros.

Una vez todo aclarado y teniendo claro los dos todo en ese sentido, me preguntó todo lo relacionado con los niños. Quiso saber cómo había ido todo desde el principio. Le enseñé todas las ecografías que me habían hecho, porque tenía fotos en el móvil. Si en el gran árbol había llorado, en el momento en el que vio a sus hijos, el berrinche que cogió fue impresionante.

Después de todo eso, la noche que pasamos fue maravillosa. Hicimos el amor casi hasta el amanecer; la ternura y el cariño con el que me trató me desarmaron por completo. Me hizo sentir tan querida como nunca me había sentido en la vida. Pero lo mejor de todo para mí fue dormir abrazados: ese momento en el que me agarró por detrás, posando sus manos en mi barriga y acariciándome hasta que nos quedamos dormidos, fue el más especial de la noche.

Noté unos besos en el cuello y unas caricias en el vientre que me despertaron. Abrí los ojos poco a poco, temiendo que hubiera mucha claridad, pero Rory, desde la primera noche que dormimos juntos y le expliqué al levantarme lo que me pasaba con la luz, siempre se había preocupado de que la habitación estuviera en penumbra hasta que me levantara. En esa ocasión hizo lo mismo: la persiana estaba solo subida dos dedos, lo justo para poder ver sin que me molestara.

—Amor, es más de mediodía ya. Tienes que comer algo. Llevas demasiadas horas sin meter nada en el estómago. Los niños y tú necesitáis alimento.

Cuando me dijo eso, sin dejar de darme besos y caricias, se me escapó una risita porque se me vinieron a la cabeza las palabras que Owen me dijo tiempo atrás, cuando me avisó de que, cuando Rory se enterara de que estaba embarazada, no me iba a dejar ni ir a mear sola. No llegaría a esos extremos, o eso esperaba, pero sí que había empezado con sus cuidados.

La noche anterior me preguntó varias veces si estaba bien, si tenía alguna molestia cuando nos acostamos, si estaba cómoda. Otra en mi situación quizá se hubiera sentido agobiada por tantas atenciones, pero no fue mi caso; yo me sentí todo lo contrario. Me sentí muy protegida y querida por su manera de preocuparse por mí y por mis necesidades. Esa protección que desde fuera podía parecer agobiante formaba parte de la manera de ser de Rory hacia las personas que quería, y a mí me encantaba que fuera así, que demostrara ese amor que sentía hacia mí y hacia los demás de esa manera.

—¿Ya es tan tarde? —le pregunté, porque era verdad que nos habíamos quedado dormidos casi al alba, pero no pensé que dormiría más de un par de horas.

—Sí. Se te veía tan bien dormida que no he querido despertarte antes. Sé que necesitas descansar más que antes. Come algo y luego, si quieres, puedes volver a dormir.

—No, prefiero no dormir más; si no, esta noche no pegaré ojo. ¿Has ido a trabajar? —le pregunté al verle vestido con vaqueros y una camisa que no era la que llevaba el día anterior. En esa casa no tenía ropa, así que había ido a la casa grande a cambiarse.

—No. Hoy me he cogido el día libre. He ido a la casa grande a darme una ducha y a cambiarme y, ya de paso, he traído la comida que había preparado tu madre.

—¿Qué te han dicho los demás de que estemos aquí? —le pregunté, curiosa por saber si todos se alegraban por nuestra reconciliación.

—Les ha faltado recibirme con gaitas tocando. Y prepárate cuando te vean, porque a ti te van a hacer hasta una reverencia por perdonarme. Eso sí, también me han amenazado con hacerme varias cosas si vuelvo a hacerte daño; la más original ha sido la de que voy a acabar metido en una barrica en la destilería con la tapa bien sellada.

Solté una carcajada cuando dijo lo de la barrica; no me hizo falta saber quién era el artífice de tal idea —o, más bien, quiénes—, porque eso venía fijo de Owen y Fiona.

—Menos mal que sé que no vas a acabar en una barrica, porque si ahora hueles a *whisky*, metido ahí no me lo puedo ni imaginar —le contesté riéndome, haciéndole reír a él de paso.

—Bonnie, sé que anoche hablamos de muchas cosas, pero nos faltó tratar un tema que me preocupa bastante.

Le noté nervioso y me pude imaginar cuál era. Aun así, le pregunté para salir de dudas.

—¿Qué tema? Habla sin rodeos, Rory —le pedí, acariciándole la cara.

—¿Vas a seguir viviendo con Fiona? Es que no creo que pueda vivir ni un solo día más separado de ti. Bastante tiempo hemos estado separados por mi estupidez.

Las últimas palabras las dijo con dolor, porque, aunque sabía de sobra que le había perdonado, él no se había perdonado a sí mismo por dudar de mí, de su hermano y por haberme hecho daño.

—Volveré hoy mismo aquí a vivir contigo, con una condición.

—¿Cuál? Pide lo que quieras, cualquier cosa —me contestó desesperado.

—Que dejes de torturarte por dudar de mí, que hagamos borrón y cuenta nueva. Quiero que te perdones a ti mismo, Rory. Yo ya lo he hecho. Todo el mundo comete errores. Además, yo también tengo parte de culpa de que estos dos meses hayamos estado separados.

»Debería haber insistido más; podría haberme presentado aquí y no darte opción a no escucharme. Las cosas podrían haber sido distintas, pero no lo han sido. Creo que de esta mala experiencia también ha salido algo bueno, y es que nuestra relación ahora es más fuerte y será maravillosa a partir de aquí.

—Joder, cómo te amo. Por supuesto que será maravillosa. Me voy a dejar la piel para que así sea. Y lo que me pides lo haré por ti; haría cualquier cosa. No te digo que sea hoy, porque me va a costar un poquito, pero te prometo que lo haré.

—Con eso me vale. Sé que, si lo prometes, lo cumplirás.

Agarré su nuca para sellar esa promesa con un beso que, en un principio, iba a resultar inocente, pero poco a poco fue subiendo de intensidad, haciendo que los dos nos encendiéramos en cuestión de segundos.

—Bonnie… tienes que comer —me dijo con sus manos acariciándome los pechos. Eso me hizo jadear. Siempre había sido una parte de mi cuerpo que, cuando me la tocaban, me ponía a mil, pero ahora, que estaba embarazada, los tenía mucho más sensibles y esa sensación se multiplicaba.

—Ahora mismo te necesito más a ti, por favor… —le rogué, mientras mis manos ya estaban, una en su pecho y la otra tocándole por encima de los pantalones. Por el bulto que tenía debajo, noté que estaba tan excitado como yo.

—Dios, Bonnie… yo también te necesito.

Retiró las manos unos segundos para quitarse —o, más bien, arrancarse— la ropa. Desnudo del todo, se acercó otra vez y, antes de besarme de nuevo, me sacó la camiseta que me había puesto para dormir. Cuando me la quitó y se fijó en que no llevaba bragas, sus pupilas se dilataron al máximo y se relamió los labios, dándome una pista de lo que iba a pasar a continuación.

Primero me besó en los labios con tal pasión que pensé que, solo con ese beso —que fue todo lengua, dientes y saliva—, me correría sin que me tocara en otra parte de mi cuerpo. Abandonó mi boca para bajar por mi cuerpo, dejando pequeños besos, hasta que llegó a mis pechos. No dejó de lamer, morder y succionar mis pezones hasta que me oyó jadear más aceleradamente. Ya conocía de sobra todas mis reacciones en la cama y sabía que estaba a punto de dejarme ir.

Bajó su mano hasta mi centro y, con dos dedos, me pellizcó el clítoris. Ese fue el toque que me faltaba para que explotara.

Yo también quería hacerle disfrutar a él y darle placer, como acababa de hacer conmigo. Apoyé las manos en su pecho y le empujé hasta que se quedó tumbado en la cama. Empecé a besarle desde el pecho con besos cortos, mientras mi mano le acariciaba su miembro. Seguí bajando hasta que me coloqué entre sus piernas. Con la primera pasada de mi lengua por su glande ya le saqué el primer jadeo; a ese le siguieron muchos más cuando me metí su miembro entero en la boca y no le di tregua, haciendo movimientos profundos hasta llegar a mi garganta.

—Bon… Bonnie, para, para o acabaré en tu boca —me pidió, jadeando.

No paré. Seguí y seguí hasta que se derramó en mi boca, soltando a la vez un rugido que fue como música para mis oídos. Me encantaba saber que disfrutaba de todo lo que le hacía.

—Dios, Bonnie, ha sido maravilloso —me dijo, lanzándose a mis labios para besarme.

Un rato después, tras dedicarnos unos cuantos besos más, me cogió en brazos y me llevó a la ducha. Me enjabonó todo el cuerpo y hasta me lavó el pelo. Me trataba con tanta ternura en todo momento que me hacía hasta emocionarme, y no era solo porque tuviera las hormonas revolucionadas.

Capítulo 33



Salimos de la consulta de la ginecóloga. Era la primera vez que Rory me acompañaba y ver a sus hijos en la pantalla resultó impactante para él. Estaba tan nervioso cuando entramos que pensé que se desmayaría. Lloró en silencio todo el rato que duró la ecografía y, si lo hizo así, fue por la vergüenza de que la ginecóloga lo viera de ese modo. Si hubiéramos estado solos, estaba segura de que habría llorado a mares.

Hacía ya casi un mes de nuestra reconciliación y desde que volví a Beauly para vivir juntos. De momento, nos estábamos quedando en la casa que un día fue de mi madre y donde yo pasé toda mi vida hasta el día del accidente. Pero, aunque allí estábamos muy a gusto, los dos sabíamos que no era viable quedarnos cuando nacieran los bebés por la falta de espacio.

La casa solo tenía dos habitaciones y no demasiado grandes, así que, tras una larga charla entre todos en la que barajamos varias opciones —como construir una casa para nosotros en los terrenos—, finalmente Gregory y mi madre lograron convencernos de hacer un cambio con ellos. Nosotros viviríamos con los niños en la casa grande y ellos se mudarían a la otra. Según decían, ese espacio era más que suficiente para ellos, mientras que nosotros necesitaríamos mucho más. Isobel se quedaría con nosotros y me ayudaría con los niños; al fin y al cabo, ¿qué mejor niñera para nuestros hijos que la mujer que había sido la nuestra?

Después de mucho insistir por su parte, acabamos aceptando. No era que no quisiéramos vivir en la casa grande; lo que nos costaba era que, sobre todo Gregory, tuviera que abandonar la que había sido su casa durante toda la vida

para cedérnosla a nosotros y darnos la privacidad de pareja que necesitábamos. Cuando le explicamos el verdadero motivo de nuestras dudas, incluso se enfadó. Nos llamó tontos y nos dijo que, si no lo hacía por nosotros y por sus nietos, entonces, ¿por quién más iba a hacerlo?

Mi madre estuvo de acuerdo con él desde el primer momento y añadió, para rematar y terminar de convencernos, que se iba encantada a la que había sido su casa, que al ser más recogida, le parecía perfecta como nidito de amor para ellos.

Además, solo estaríamos solos por la noche, porque durante el día seguiríamos compartiendo desayunos y comidas todos juntos. Mi madre no quiso ni oír hablar de dejar de venir a cocinar para alimentarnos a todos, como había hecho durante toda nuestra vida.

El que sí había volado definitivamente de la casa era Owen. Desde que yo volví con Rory, a los pocos días nos anunció que se mudaba a casa de Fiona para vivir juntos. En realidad, no suponía un gran cambio respecto a lo que ya hacían, porque dormía allí la mayoría de las noches; solo le quedaba llevar sus cosas y hacerlo oficial.

Ella seguiría trabajando en su consulta y Owen vendría a la destilería los días en los que su trabajo lo requiriera; el resto del tiempo podría hacerlo desde casa o desplazarse desde Inverness, como había hecho siempre.

Cuando llegamos a casa, nuestros padres e Isobel ya nos estaban esperando en la puerta, visiblemente nerviosos por saber qué nos había dicho la doctora y si todo seguía marchando bien.

Me hizo gracia verlos a los tres allí, abrigados hasta las orejas, aguardándonos con impaciencia. Con el frío que hacía, bien podrían haber estado dentro, calentitos, tomando un té mientras llegábamos, pero estaba claro que los nervios y las ganas de saber pesaban más que el frío. Faltaban apenas dos semanas para Navidad y todo el terreno era un auténtico espectáculo para la vista: había estado nevando durante toda la noche y un manto blanco cubría los alrededores de la casa, dándole un aire precioso, casi mágico.

—¿Estáis locos? ¿Qué hacéis aquí fuera con el frío que hace? —les preguntó Rory, frotándose las manos al salir del coche, antes de dar la vuelta para ayudarme a bajar.

—Hemos oído el coche y no podíamos esperar para saber si todo está bien —le contestó su padre, preocupado y ansioso por que habláramos.

—Todo está muy bien, pero vamos dentro y os enseñamos las ecografías y os lo contamos con detalle. Porque si nos quedamos aquí y empieza a nevar, en cuanto me caigan encima cuatro copos, pareceré un muñeco de nieve —les contesté, haciéndoles reír a todos.

—Agarradla, no vaya a resbalar, por favor —le pidió Rory a su padre, ya a dos pasos de la puerta—. Ahora vuelvo, voy a llevar el coche al garaje.

Su padre y yo nos miramos y pusimos los ojos en blanco, pero le hicimos caso para que se quedara tranquilo. Desde que nos levantamos y vimos toda la nieve, llevaba de los nervios y ya me lo había dicho varias veces. No quería que anduviera sola, me dijo que la muleta, la barriga y la nieve no hacían buena combinación y que había que evitar cualquier situación que me pusiera en peligro a mí o a los niños.

Cuando me dijo eso, justo estaba Owen delante y el muy capullo apretó los dientes para no reírse delante de su hermano, pero a mí me miró y puso esa cara de te lo dije que ponía siempre que Rory me sobreprotegía.

Entramos los cuatro dentro de la casa y, madre mía, qué maravilla fue sentir el calorcito. Al llegar a la cocina, solté un gemido de gusto al oler el chocolate que mi madre tenía preparado para todos y que había dejado a fuego bajo para que, cuando entráramos, siguiera calentito.

—Para mí una taza grande, mamá, que mis hijos también quieren —le pedí, sentándome en la mesa.

—Tendrás morro… «que sus hijos también quieren», dice —añadió Isobel, haciéndonos reír.

—Y un trocito de ese bizcocho tan rico que haces para acompañarlo estaría muy bien —añadí, acariciándome la barriga y relamiéndome los labios.

—¿Ya estás pidiendo goloseo? —me preguntó Rory desde la puerta de la cocina.

—Solo un poco, amor. Y no lo pido yo, son tus hijos los que lo quieren —le contesté, encogiéndome de hombros.

Gregory, al oírme, estalló en carcajadas y negó varias veces con la cabeza. Rory me miró con la ceja alzada, como diciéndome: ¿en serio?, ¿me estás vacilando?

—Anda, toma —me dijo mi madre, dándome todo lo que le había pedido —. No se puede ser más zalamera que tú —añadió, riéndose.

La siguiente media hora todos disfrutamos del chocolate y el bizcocho mientras Rory y yo les contábamos con todo detalle lo que nos había dicho la ginecóloga: las medidas de los niños, el peso aproximado y la posición en la que estaban. Con esto último se rieron muchísimo, porque nuestra pequeña ya apuntaba maneras y tenía toda la pinta de que iba a ser un trasto de cuidado, como lo fue su tía Shona de pequeña.

En una de las ecografías que les enseñamos, la niña estaba agarrando el pie de su hermano y tenía el dedo gordo metido en la boca. Las risas que se echaron todos al verlo fueron impresionantes, pero estuvimos de acuerdo en que al que queríamos ver la cara cuando lo viera era a Owen. Y no tardaríamos mucho, porque esa misma noche él y Fiona vendrían a cenar.

—¿Has terminado? —me preguntó Rory.

—Sí. ¿Por qué?

—Toma, abrígate bien. Quiero que salgamos un momento, tengo algo que enseñarte —me dijo misterioso, ayudándome a ponerme el abrigo y el gorro.

Salimos y, menos mal, en ese momento no nevaba. Aunque hacía mucho frío, entre el abrigo y el cuerpo de Rory rodeándome por la cintura, no se estaba tan mal. Solo habíamos dado unos pocos pasos cuando se paró y sacó algo del bolsillo de su abrigo: un fular negro bastante tupido.

Me hizo girarme un poco y me lo puso en la cara, privándome totalmente de la visión.

—Serán solo unos minutos, hasta que lleguemos donde está lo que quiero enseñarte. Tranquila, yo te voy guiando. Por nada del mundo dejaría que te cayeras. —Besó mi cabeza antes de agarrarme por la cintura, sin hacer fuerza, pero con firmeza.

Como me había anticipado, llegamos enseguida. Me colocó en la posición que él quería y se situó a mi espalda. Noté cómo subía las manos hasta la parte de atrás de mi cabeza para deshacer el nudo del fular.

—¿Preparada? —asentí, porque de lo nerviosa que estaba no me salían ni las palabras—. Espero que te guste.

Me quitó el fular y enseguida reconocí el lugar. Cómo no hacerlo si era mi favorito. Delante de mí estaba el gran árbol, pero ese día había algo más que lo hacía distinto. A un lado del tronco había un balancín de dos plazas, con un techo de tela para protegerse del sol.

Era precioso. Pero para mí lo realmente bonito fue el gesto que Rory había tenido al poner eso allí. Se me vino a la mente la conversación del día que volví y fui a buscarle precisamente a ese lugar, cuando le dije que en poco tiempo necesitaría un banquito porque me sería imposible sentarme en el suelo. Él había cumplido mi petición.

Los ojos se me llenaron de lágrimas: de emoción, de agradecimiento, pero sobre todo de amor hacia el hombre de mi vida. Me giré para darle las gracias y fue entonces cuando me llevé la segunda sorpresa del día.

Rory estaba arrodillado delante de mí, con una cajita negra en la mano. Os juro que, si no hubiera tenido la muleta para sostenerme, me habría caído redonda del temblor que me recorrió las piernas.

—Bonnie, hemos pasado por mucho juntos, cosas buenas y cosas malas. Pero, a pesar de todo, aquí estamos. Llevo soñando con hacer esto desde que era un crío y tú apenas una niña, porque desde siempre supe que eras la mujer de mi vida.

»Por eso no quiero esperar ni un día más para pedirte que te cases conmigo, que me dejes amarte toda nuestra vida y que me permitas hacerte tan feliz como tú me haces a mí. Bonnie, ¿quieres ser mi esposa?

Desde la primera palabra mis ojos ya eran dos cascadas. Al terminar, los suyos estaban igual.

—Sí, claro que quiero ser tu esposa. Tú también eres el hombre de mi vida y me encantaría pasar todo lo que nos queda juntos, a tu lado. Te amo, Rory, tanto que duele.

—Yo sí que te amo, tanto que ni con palabras se puede explicar.

Epílogo



Diez años después…

—Shona, te lo digo de verdad, esta niña cada día se parece más a ti. Tiene cada idea que te juro que a tu hermano cualquier día le da un chungo. Encima tiene un pico de oro que, con cuatro palabras, enreda a los demás, que la siguen como si fueran ovejas detrás de un pastor.

Como podéis ver, las buenas costumbres no se pierden y sí, es lo que estáis pensando: después de quince años desde que mi amiga nos dejó, yo seguía, como había hecho durante los últimos diez, viniendo al gran árbol a contarle mis cosas. En esos momentos estaba sentada en el balancín que Rory puso para mí hacía ya tantos años y en el que me sentaba muy a menudo a hablar un ratito con ella.

Desde donde estaba podía vigilar a mis hijos y a mis sobrinos, que en esos momentos estaban en un gran claro del terreno haciendo algo que, cuando vinieran mi marido y mi cuñado y los vieran, se iban a tirar de los pelos.

Mientras los esperamos, que están al caer, os voy a poner un poco al día de lo que ha pasado estos últimos años.

Como sabéis, en el mismo sitio en el que ahora estoy sentada, Rory me pidió matrimonio hace ya diez años. Como estaba embarazada de los mellizos y parecía una mesa camilla, decidimos esperar a que nacieran para darnos el «sí, quiero». Eso pasó cuando los niños tenían tres meses; ninguno de los dos quiso esperar más, así que nos casamos aquí mismo, en las tierras de los

Fraser, concretamente en el mismo jardín donde se hacían las presentaciones de los whiskies.

Decir que fue una boda preciosa es quedarme corta. A ella no asistió mucha gente, solo nuestras familias, algunos amigos y los empleados de la destilería. Mi marido siempre había sido guapo, pero el día de la boda estaba para ponerlo en un museo, con su *kilt* impecable y esa mirada que me dedicó durante todo el día, llena de tanto amor, que me hizo derretirme. Bueno, para no mentir, era la misma mirada con la que me miraba siempre, así que estaba derretida todos los días.

Owen y Fiona se casaron un año después que nosotros y lo celebraron de la misma manera. Les gustó tanto nuestra boda que quisieron repetir la experiencia casi al detalle. Ya no vivían en Inverness; hacía exactamente ocho años que se habían mudado con nosotros a la casa grande, donde convivíamos todos juntos. El motivo de aquello os lo contaré unas líneas más abajo… y sí, vais a flipar.

Y ahí llegamos a los niños. Os voy a contar cuántos tenemos, que no son pocos. Como ya comenté en una ocasión, Fiona siempre había querido tener una familia numerosa y, desde luego, lo había conseguido… igual que yo, claro.

Empecemos con los míos. Como sabéis, estaba embarazada de mellizos: un niño y una niña a los que, como siempre tuve claro, les pusimos Shona y Owen, en honor a sus tíos. Ya tenían diez años y eran un calco físico de su padre, los dos con el mismo pelo pelirrojo y esos ojos negros tan intensos. De mí habían sacado poco, la verdad, porque en carácter parecían más hijos de sus tíos que nuestros.

Shona era como su tocaya: alegre, cabezota y una lianta de cuidado, pero con un corazón enorme, igual que el que tenía su homónima. Owen, por su parte, era como su tío: bromista, parlanchín y un torbellino que seguía a su hermana en todas y cada una de las locuras que se le ocurrieran.

Al parecer, mi marido no sabe hacer las cosas de una en una, porque un año después de tener a los mellizos volví a quedarme embarazada… otra vez de mellizos. El día que estábamos en la consulta y nos lo dijeron, si Rory no hubiera estado sentado, se habría caído redondo al suelo, os lo aseguro. En esa

ocasión también llegaron un niño y una niña, a los que llamamos Ava y Cameron. Con dos pares de mellizos, los dos tuvimos claro que hasta ahí llegábamos y así fue como cerramos el círculo de seis que formaba nuestra propia familia.

Owen y Fiona, a los que les ocurrió algo parecido a nosotros y tuvieron que esperar para casarse hasta que ella diera a luz, tenían una niña de nueve años llamada Isobel, como nuestra querida niñera. Cuando supieron que en su embarazo solo venía un bebé y que en el mío —que me quedé embarazada antes de que mi sobrina naciera— venían dos, Owen se estuvo cachondeando de su hermano todo lo que quiso y más, viéndolo de nuevo tan agobiado ante la idea de otro embarazo múltiple.

Pero para que veáis que el karma existe —y en este caso hasta se pasó de cabrón—, cuando mi sobrina tenía apenas tres meses, Fiona, en un descuido, volvió a quedarse embarazada y… ¡sorpresa! No llegaron dos bebés, sino tres. Cuando mi cuñada nos contó que Owen se desmayó en la consulta de la ginecóloga al oír que venían trillizos, llegó entonces la venganza por parte de Rory, que se estuvo descojonando de la risa a su costa durante años. Bueno, la verdad es que todavía lo hacía de vez en cuando, solo para hacerlo rabiar un poco.

Mis sobrinos trillizos eran tres niños, o mejor dicho, tres demonios, apodados en la destilería como el trío del terror, igual que a nosotros nos llamaron una vez hacía ya muchos años. Tenían ocho años, la misma edad que mis hijos, y se llamaban Rory, Ewan y Angus.

Después de aquel susto mayúsculo, mi cuñado dejó claro que ni un hijo más, porque si en el siguiente embarazo volvían a venir dos o tres, juró que se metía en una tinaja de *whisky* y no salía hasta que todos se hubieran ido de casa. Así que mis cuñados también acabaron formando una familia de seis, igual que nosotros.

Ya solo me queda hablaros de mi madre, de Gregory y, cómo no, de mi querida Isobel, o mejor dicho, bendita Isobel, a la que en más de una ocasión —tanto nosotros como mis cuñados— le dijimos que le íbamos a poner un monumento en medio del jardín. La razón era sencilla: su infinita paciencia con todos los pequeños y la ayuda incansable que nos prestó a Fiona y a mí desde el mismo momento en que nacieron.

Mi madre y Gregory no se quedaban atrás, porque también nos ayudaban muchísimo, aunque al vivir en la casa pequeña se libraron desde el principio de las largas noches de llantos y desvelos. Y es que uno de los grandes problemas de tener tantos hijos, y además tan seguidos en edad, era que cuando no lloraba uno, lo hacía otro y, si no, había contagio general y acababan llorando todos a la vez.

Los primeros años, tengo que reconocerlo, fueron una auténtica locura, con ocho bebés que apenas se llevaban dos años entre los mayores y los más pequeños. Mi cuñada y yo tuvimos que dejar nuestros trabajos para cuidar de tantos niños, pero no nos arrepentimos ni lo más mínimo. Eran nuestra vida y, junto a nuestros maridos, no podíamos ser más felices.

—¿Qué cojones están haciendo? —preguntó Owen, que se había sentado a mi lado derrotado, viendo lo que estaban liando los niños.

—¿Lo que lleva puesto Shona es mi *kilt*? —me preguntó horrorizado mi marido, dejándose caer a mi otro lado en el balancín.

—Shona lleva el tuyo e Isobel el de Owen. Son las que van abriendo la marcha por ser las mayores, por eso van vestidas tan elegantes. —Tuve que contener la risa al oírlos resoplar a los dos.

—La madre que los parió a todos, te juro que los meto en las tinajas —dijo Owen tapándose los oídos al escuchar el sonido de las gaitas que empezaron a tocar los ocho niños a la vez.

—Ve y dale las gracias a tu padre por regalarles en Navidad las jodidas gaitas. No podía regalarles un puzle o un juego de mesa, noooo. Ocho gaitas, porque oye, es bueno que desarrollen su talento musical y qué mejor instrumento que el que más se asocia a los escoceses, claro —le contestó Rory, haciéndome reír con su ironía.

—Voy a buscarlo para que oiga el maravilloso concierto que sus nietos, con atuendos típicos incluidos, han organizado. —Owen se levantó de un salto, haciéndonos reír, y fue con rapidez a buscar a mi suegro.

—Me voy a quedar calvo en breve por la ansiedad que me provocan con sus trastadas, pero cómo los quiero a los capullos. Son, junto a ti, la luz de mi

mundo —me dijo mirándolos con cariño antes de volverse hacia mí para darme un beso que logró encenderme en segundos, como me pasaba siempre que me tocaba.

—Tú fuiste mi luz. Me sacaste de la oscuridad en la que estaba con tu amor. Te amo, para siempre.

—Para siempre —me contestó antes de volver a besarme con pasión.

Mis redes sociales:

Facebook: Marta Flores
Instagram: martaflores_escritora
